

**UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PATAGONIA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES
SEDE TRELEW**

Tesis de Licenciatura en Historia:

**“Vamos Marchando a través del hermoso día...”:
Experiencias de lucha de las trabajadoras de
Confecciones Patagónicas (1997)**



**Estudiante: Débora Saso
Directora: Dra. Andrea Andújar
Co-Directora: Dra. Paz Escobar**

Año 2019

Resumen

La presente investigación se propone analizar la huelga llevada adelante por las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, un taller textil dependiente de la firma Manufacturas Textiles Patagónicas (MATEPA) entre febrero y mayo de 1997.

Si bien el análisis se encuentra fijado en esta huelga en particular, este trabajo entiende que la misma se inserta en un contexto de importante conflictividad que buscó resistir a las políticas neoliberales llevadas adelante por el gobierno nacional y provincial, durante los años que ocupan la década de 1990.

Situado en la historia social del trabajo con perspectiva de género y retomando los aportes de la historia oral, este estudio se propone comprender la experiencia de las trabajadoras en tanto experiencia sexuada, mediada por relaciones de género que marcan jerarquías y posiciones diferenciadas para varones, mujeres y géneros no binarios respecto al trabajo, a la protesta y a la organización sindical, y sobre las cuales existen -como afirma Catherine Hall-, modos diferenciados de significación.

En suma, se trata de realizar un abordaje sobre la clase obrera en tanto sujeto que ha protagonizado la historia de la región patagónica, integrando asimismo el análisis acerca del rol de las relaciones de género como un elemento constitutivo en constante tensión que marca, en el caso de las mujeres obreras, que su historia es del mismo modo también la historia de la clase.

Índice

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN 1

1. Marco teórico
2. Antecedentes
3. Actividades y metodología

CAPÍTULO 1: Mujeres, trabajo y protesta social 21

1. Argentina está de novia: El contexto neoliberal
2. “*Parecía que éramos las peores*”: La toma de MATEPA
 - 2.1 Mujeres y sindicato: ¿un matrimonio “mal avenido”?
3. Entrelazando historias
4. “*Trelew, un pueblo que lucha...*”

CAPÍTULO 2: Haciendo camino al andar: mujeres y experiencia obrera 48

1. Dime con quién luchas y te diré quién eres: relaciones sociales y político-afectivas
2. “*(...) lo que nunca se imaginaron es que íbamos a luchar*”: crónica de una toma inesperada
3. ¿Qué ves cuando me ves?: miradas sobre el conflicto, tensiones y alianzas
 - 3.1 El bien y el mal definen por penal

CAPÍTULO 3: Memorias en disputa 75

1. Una fábrica tomada... ¿y los platos quién los lava?
 - 1.1 Mujeres que golpean con un solo puño
2. Sobre el contexto de las entrevistas

CONCLUSIONES 95

BIBLIOGRAFÍA 99

Agradecimientos

Esta tesis fue posible gracias al aporte de muchas personas que me acompañaron, alentaron y orientaron en este trayecto.

Agradezco inmensamente a mi directora, Andrea Andújar por su cariño, generosidad y compromiso con esta investigación, que no hubiese sido la misma sin su guía, sus ideas y su enorme entusiasmo. También le estoy muy agradecida a mi co-directora, Paz Escobar por sus valiosas observaciones, su lectura siempre atenta y sus consejos afectuosos. Ambas realizaron aportes invaluable desde lo académico y lo humano para que este trabajo haya sido posible.

En mi paso por la universidad también conocí a docentes a quienes les doy las gracias por su apoyo y sus enseñanzas, en especial a Susana López, por haberme invitado por primera vez a realizar entrevistas, a escribir trabajos y asistir a congresos de historia, pero además por su enorme cariño. Hacia ella va mi afecto y admiración. También agradezco a Mónica Gatica y a Gonzalo Pérez Álvarez, por sus aportes y el constante aliento para investigar y escribir. A Raquel Caprano y a Cecilia Oyarzábal, también por animarme a continuar y finalizar este trabajo.

En estos años también he conocido a compañeras y compañeros de estudio y de militancia dentro y fuera de la universidad, además de muy buenas amistades. Paula Brain sin dudas ha sido una de ellas, simplemente agradezco haberme encontrado con ella y su familia, Felipe, Valentín y Azul. Su amistad es un gran tesoro para mí.

Rebeca Sotelo, Fany Escobar, Agustina Torne, Andrea Leonett, Yamila Garipe y Lorena Naón también son amigas-compañeras a quienes les guardo una enorme gratitud y cariño. Agradezco también a Adriana Chein por su acompañamiento aún en las recientes distancias y por ser ejemplo de lucha y de fortaleza.

A mis amigas de siempre, Mela y Anita, por los encuentros y reencuentros.

A las compañeras y compañeros del FUICH, agrupación en la que crecí y que estaré orgullosa siempre de haber formado parte, por la convicción

irrenunciable de que otra realidad es posible, por la defensa de la universidad pública, gratuita y al servicio del pueblo.

A las compañeras de la Cátedra Abierta de Género, pues esta tesis también es fruto de los debates feministas, de las marchas, de las actividades, de todas las iniciativas que colectiva y hermanadamente hemos impulsado.

A las trabajadoras de Confecciones Patagónicas a quienes pude entrevistar, por haberme contado sus historias de vida y sus experiencias. No habrá palabras suficientes para expresar mi gratitud, pues sin sus recuerdos este trabajo no existiría.

Qué decir de mi familia, a la que estoy más que agradecida, por el amor incondicional que nos une. A Analía y Laura, por su amor infinito. A mi papá, y a Eli, su compañera, también por su enorme cariño y apoyo. A mi abuelo Héctor, por todo, pues no encuentro mejor modo de resumir la ternura de una vida entera. A mi abuela “Chiquita” y a mi abuela “Jota”, que aunque no estén, igual de alguna manera están. A mi hermana Ana Laura, mi hermano Lautaro y a mi ahijada Clarita, porque les amo. A Sergio, por el acompañamiento, el afecto y el entusiasmo porque termine la carrera.

A Mario, mi compañero. Por su lectura atenta, su ayuda cuando las ideas no salían, por su amor “profundo y contradictorio”, porque junto a él la vida es mucho más bella. También agradezco a su familia, que por suerte también es la mía, a Katty y a Boni, a Esteban “el Negro”, a Malén, a Yasmín y mis sobrinas Celeste y Eloísa.

Finalmente, esta tesis está dedicada a Patricia, mi mamá. Porque su ser siempre estará presente en mi memoria.

Introducción

Para subalternos y subalternas, oprimidos y oprimidas, el pasado no es jamás la ancha avenida de la historia, sino una serie de senderos inconclusos, de caminos bifurcados, de sendas perdidas, fragmentos de acciones colectivas, fracasos, derrotas y alguna luminosa victoria, reunidos con dificultad.
(Alejandra Ciriza, 2002:237)

El 17 de febrero de 1997 un grupo de trabajadoras tomó la fábrica textil Manufacturas Textiles Patagónicas (MATEPA), situada en el parque industrial “complementario” de la ciudad de Trelew.

Con el título “La planta de MATEPA fue ocupada por las obreras” y una pequeña fotografía de una bandera con la consigna “Hambre no!!, Trabajo Si...” un periódico local anunció al día siguiente en su tapa la noticia.

Las mujeres que decidieron realizar esta acción de protesta que se extendió durante casi tres meses, lo hicieron luego de numerosos reclamos hacia la empresa, por el pago de sus indemnizaciones y meses de sueldo adeudados, pero también por la promesa de una salida laboral alternativa.

Empleadas por un taller textil dependiente de MATEPA denominado Confecciones Patagónicas, las obreras no tenían claridad respecto de su situación contractual desde mediados del año 1996, hasta que se produjo el cierre de dicho taller en enero de 1997. En su mayoría eran mujeres que tenían hijos e hijas pequeñas, que tenían familias, que habitaban los barrios denominados “periféricos” de la ciudad de Trelew, y que, como muchísimas trabajadoras, dependían de su trabajo para mantener a sus familias, a veces con sus maridos y a veces como único sostén.

Desde esa denominada “periferia” de las barriadas populares de Trelew, estas mujeres caminaron a diario para cumplir sus turnos durante el tiempo que duró la toma de la fábrica, igual que como lo habían hecho para dirigirse a sus puestos de trabajo.

Esta investigación se ocupa de ellas, de sus experiencias, las tensiones y conflictos que por su clase y por su género dieron lugar y se plasmaron en esa huelga. En este sentido, de lo que se trata es de aportar a una historia “desde abajo”, en la que son relevantes las vivencias de las oprimidas y oprimidos.

Desde una perspectiva situada en el cruce de la historia social marxista con los estudios de género, este trabajo se detiene en el estudio de dicha huelga persiguiendo un

doble objetivo. Por un lado, procura reconstruir la experiencia de las mujeres que dinamizaron la protesta examinando para tal fin las demandas principales que expresaron en ella, los modos en que se construyeron las mismas, y las nociones específicas de derechos que las orientaron. Por el otro, busca comprender cómo significaron sus acciones, indagando en sus trayectorias individuales y colectivas, y las relaciones que construyeron entre sí dentro y fuera de la fábrica. De ello se desprenden interrogantes acerca de sus experiencias políticas y organizativas previas y las características del proceso de discusión que desembocó en la huelga, si éste involucró o no a sus familias o personas cercanas; además, se interesa por las relaciones entabladas con otros sectores y las repercusiones sociales de la huelga.

En suma, se trata de abordar la experiencia de las trabajadoras en tanto experiencia sexuada, mediada por relaciones de género que marcan jerarquías y posiciones diferenciadas para varones, mujeres y otras identidades sexuales respecto al trabajo, a la protesta y a la organización sindical, y sobre las cuales existen -como afirma Catherine Hall-, modos diferenciados de significación.

La huelga llevada adelante por las trabajadoras del taller Confecciones Patagónicas se inserta en un contexto de importante conflictividad que buscó resistir a las políticas neoliberales llevadas adelante por el gobierno nacional y provincial, durante los años que ocupan la década de 1990. Tal entramado explica tanto como debe ser explicado pues, en definitiva, está marcado por el proceso de conflicto, lo nutre y también es modificado por él. En él se produjo la confluencia de múltiples reclamos de parte de trabajadores/as de diferentes sectores dando lugar desarrollo de un proceso de acumulación de experiencias de lucha que influyeron luego en las protestas desarrolladas durante el 2001 y en los años siguientes. Puntualmente en la ciudad de Trelew, el cierre de muchas fábricas alimentó una situación de gran inestabilidad para los trabajadores/as debido a la pérdida de puestos de trabajo y la reconfiguración de las relaciones laborales.

Esta investigación invita a analizar cómo esas mujeres actuaron en ese duro momento, tensionaron, construyeron intereses colectivos, se reunieron, organizaron y demandaron en pos lo que consideraban justo para sus vidas y parte de sus derechos, en un período escasamente visitado por la historia social del trabajo con perspectiva de género. En tal sentido, divide su análisis en tres capítulos. El primero, se ocupa de analizar el contexto histórico y social en el que se enmarca el conflicto a estudiar

buscando enlazar esta experiencia con otras similares que, en otras provincias argentinas durante el mismo período, fueron relevantes por la participación y visibilidad de las mujeres, u otras que, en el marco local y en el sector textil, impulsaron huelgas fabriles y su relación con la intervención sindical.

El segundo capítulo se centra en analizar las relaciones de sociabilidad construidas por las trabajadoras, sus vínculos, las alianzas generadas con otros sectores durante el conflicto y las tensiones con aquellos que se opusieron al mismo, a partir de una mirada atravesada por las relaciones de género.

Por último, el tercer capítulo se ocupa de examinar en base a los testimonios de las personas entrevistadas, las diferentes formas de recordar los hechos y las implicancias de ello en base a la intersección entre clase y género.

1. Marco Teórico

Este trabajo se inscribe en el campo de la historia social puesto que su objetivo central es analizar el conflicto de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas partiendo de comprenderlas en base a su propia agencia en tanto sujetos. De tal modo, su enfoque es tributario de la perspectiva de la historia social marxista británica, en particular de las nociones planteadas por E.P. Thompson en torno a la clase y la experiencia. A ello se indexan los aportes brindados por la historiografía feminista y los estudios de género.

Según Thompson, la clase obrera no nació solamente como producto de los cambios en la estructura económica, sino que “se hizo a sí misma tanto como la hicieron otros” (Thompson, 1989: 204), en la medida en que desarrolló una conciencia de clase y construyó tradiciones políticas propias, anteriores aún a la propia Revolución Industrial. Por supuesto que, según esta perspectiva, las condiciones materiales de existencia son fundamentales, pero no menos que los modos en que los sujetos experimentan histórica, social y culturalmente dichas condiciones.¹

¹ Sobre este tema resulta interesante el análisis realizado por Ellen Meiksins Wood (1983), en el cual sugirió: “El proyecto histórico de Thompson presupone que las relaciones de producción distribuyen a la gente en situaciones de clase, que estas situaciones llevan consigo antagonismos objetivos esenciales y conflictos de intereses, y que por consiguiente crean condiciones de lucha. Las formaciones de clase y el descubrimiento de la conciencia de clase surgen del proceso de la lucha, a medida que la gente ‘experimenta’ y ‘maneja’ sus situaciones de clase. En este sentido es que la lucha de clases precede a las clases. Decir que la explotación es “experimentada en forma de clase y sólo luego da origen a las formaciones de clase” es decir precisamente que las condiciones de explotación, las relaciones de producción, están objetivamente allí para ser experimentadas”.

En cuanto a la experiencia, dirá el marxista inglés que “(...) incluye la respuesta mental y emocional, ya sea de un individuo o un grupo social, a una pluralidad de acontecimientos relacionados entre sí o a muchas repeticiones del mismo tipo de acontecimiento (...)” (Thompson, 1981:12), la cual da lugar al desarrollo de la conciencia social en tanto que constituye el punto de partida para la elaboración intelectual y sistematización que se cristaliza en dicha conciencia social.²

En este sentido, existe lo que llama un “diálogo” entre el ser y la conciencia social, de modo que

la conciencia, bajo la forma que sea -como cultura no autoconsciente, como mito, como ciencia, como ley o como ideología articulada- ejerce a su vez una acción retroactiva sobre el ser: del mismo modo que el ser es pensado, el pensamiento es vivido; los seres humanos, dentro de ciertos límites, pueden *vivir* las expectativas sociales o sexuales que las categorías conceptuales dominantes les imponen (Thompson, 1981: 14)

Estas mismas expectativas obviamente no son ahistóricas, por lo tanto, son resignificadas y redefinidas en función de las prácticas sociales y experiencias, que a su vez entendemos como experiencias sexuadas, atravesadas por relaciones específicas que tienen que ver con el género y la clase.

Tal como plantea Catherine Hall (2013), se puede suponer que la identidad es significada de manera diferente por hombres, mujeres y géneros no binarios acorde con las jerarquías y la división sexual imbricadas en las relaciones de género. Del mismo modo, Andrea Andújar (2014) señala a la noción thompsoniana de experiencia como un modo de estudiar a la clase obrera en base a agencia de los sujetos que la componen, pero teniendo en cuenta que esa experiencia no se encuentra desprovista de tensiones relativas a las “implicancias de la diferencia sexual”.

Esta perspectiva tiene el propósito de profundizar el análisis e historizar las implicancias que tiene el género en términos de las relaciones sociales y de producción.

En este punto nos resulta útil el análisis propuesto por la socióloga y filósofa alemana Frigga Haug, quien desde el marxismo y el feminismo realizó una revisión crítica de las nociones de Marx y Engels respecto de las relaciones de género y la

² Resulta de igual utilidad la interpretación propuesta por Meiksins Wood (1983) en relación a la experiencia en Thompson, sobre la cual planteó lo siguiente: “El concepto de ‘experiencia’ (...), significa precisamente que las ‘estructuras objetivas’ hacen algo a las vidas de las personas, y que por eso es que, por ejemplo, tenemos clases y no sólo relaciones de producción. La tarea de los historiadores y los sociólogos es explorar qué es lo que estas ‘estructuras’ hacen a las vidas de las personas, cómo lo hacen y qué es lo que las personas hacen acerca de ello; o, como diría Thompson, cómo las presiones determinantes de los procesos estructurados son experimentadas y manejadas por las personas.”

opresión de las mujeres en el capitalismo. En su perspectiva, “las relaciones de género *son* relaciones de producción” (Haug, 2006:335), afirmación que esgrime como clave analítica para pensar los modos de producción y la moldura que sobre ellos ejercen las relaciones de género. Las relaciones de producción deben ser estudiadas en base a la vinculación de la *producción de la vida* (la reproducción, tarea socialmente asignada a las mujeres) con la de los *medios de vida*, vinculación que trae implicada la construcción social de las nociones de masculinidad y feminidad, la división sexual del trabajo, la dominación de género y las regulaciones de la sexualidad en función del mercado. En este sentido, la vinculación entre clase y género es clave para pensar los procesos históricos y sociales y constituye un análisis que orienta a esta investigación.

A su vez, este enfoque se relaciona con las nociones desarrolladas por Gisela Bock (1991: 15) en torno a la significación histórica de la categoría de género, según la cual toda historia de las mujeres y del género es en sí misma historia social, teniendo en cuenta el carácter relacional e histórico del sexo y el género.

El análisis propuesto por este trabajo se basa también en esta visión, según la cual el género refiere a “un conjunto complejo de relaciones y procesos” que interviene en el plano de realidades culturales específicas, implicando además un estudio de las relaciones “entre” y “dentro” de los sexos, teniendo en cuenta que las nociones de “hombre” o “mujer” no aluden a términos homogéneos (Bock, 1991: 20). De igual modo, adhiere a las nociones planteadas por Andrea Andújar (2014: 21) respecto de la heterogeneidad que caracteriza a las mujeres, plasmada en los “entrecruzamientos” de las pertenencias de clase y étnicas respecto de las construcciones sociales en torno al género y los modelos establecidos de masculinidad y feminidad.

Y dado que se trata de una historia que reflexiona e indaga acerca de las relaciones sociales y por tanto la agencia de los sujetos en la dinámica de dichas relaciones, es que este aporte resulta fundamental para analizar las diferentes acciones llevadas a cabo por los sujetos en los que se basa este trabajo.

El análisis del rol de las mujeres y sobre todo de las relaciones de género no es en este sentido un “capítulo aparte” de la “historia” (de los hombres), sino un elemento constitutivo en constante tensión que nos marca en el caso de las mujeres obreras, que su historia es del mismo modo también la historia de la clase. Desde esta perspectiva, es necesario plantear que, dentro de la corriente de la historia social, los debates en torno a la categoría de género significaron la posibilidad de indagar y de conceptualizar la

historia de las clases subalternas³ desde otra mirada crítica, capaz de problematizar las temáticas y las fuentes de la Historia y de revisar la visión universal masculina respecto de los procesos que son o no relevantes para ella.⁴

Por otro lado, esta investigación se inscribe en la denominada historia reciente, y en ese sentido retoma algunos de los aportes de la Historia oral. Según Cristina Viano, la memoria y la historia oral proporcionan herramientas específicas a la Historia Reciente, en tanto estudio de procesos que, aún en curso se presentan como “inacabados pero inteligibles” (Viano, 2012: 120), cuya proximidad con el presente debe aportar al compromiso de la historia con el futuro. Siguiendo este planteo, este trabajo busca recuperar el valor histórico de la memoria en tanto fuente que, lejos de cumplir con los parámetros “tradicionales”, resulta imprescindible para indagar acerca de las experiencias de las oprimidas y oprimidos.

En tanto este trabajo recurre a la Historia oral como metodología de investigación, se propone examinar a la memoria como su principal fuente. Según Andrea Andújar, la memoria no es un reflejo exacto de lo vivido, sino que se edifica y es

(...) un proceso creador de significados, una forma de armar la trama de la experiencia vital donde aquello que se recuerda -o que se olvida- involucra no sólo el impacto provocado por una época pasada en la vida de una persona sino también sus relaciones y espacios sociales de pertenencia, y su situación presente (Andújar, 2014: 28).

El género es tal como plantea esta autora, un elemento central en la construcción de esa memoria, por lo que su vínculo con la memoria y la historia es nodal en función de que, “(...) toda memoria está atravesada por la construcción sociocultural de la diferencia sexual y las relaciones de poder articuladas en torno a ella” (Ibíd.).

El vínculo entre género y memoria también ha sido abordado por Mónica Gatica

³ En relación a la noción de subalterno, este trabajo adscribe a la conceptualización de Antonio Gramsci, para quien las clases subalternas deben pensarse en permanente contradicción dialéctica con las clases dominantes. La subalternidad es en este sentido, una relación histórica entre ambas, que como tal no es estática y puede transformarse, y para ello, los grupos subalternos deben superar la subordinación mediante un proceso revolucionario capaz de quebrar la iniciativa de los grupos dominantes y construir una perspectiva independiente. En este sentido, el estudio de las iniciativas autónomas de los mismos -parte de una historia “disgregada y episódica”, es de gran importancia (Gramsci, 2010:493).

⁴ Sobre este aspecto han sido significativos los aportes de Scott (2008) y su análisis pionero respecto de la utilización del género como categoría útil para el análisis histórico, y su visión crítica de la obra de Thompson (1989) respecto de la ausencia de las mujeres y por ende de la representación de la clase obrera como un sujeto masculino; Andújar (2012) y su estudio sobre el surgimiento de la historia de las mujeres como corriente dentro de la historia social, la incorporación del género y su intersección con la clase; Cerio (2012) y el análisis que propone respecto de la historia social marxista británica, sus principales conceptos teóricos y discusiones en torno a principalmente la clase, estructura, subjetividad y experiencia.

(2013), quien analiza la experiencia de exilio de trabajadoras y trabajadores chilenos en el noreste de Chubut y a partir de pensar la memoria en relación a este proceso, incorpora la mirada de género. En este sentido, según Gatica, la incorporación de las vivencias de las mujeres obreras implica una democratización de los estudios de la memoria, en tanto las mismas cuentan con ámbitos más reducidos para darse a conocer y son en función de la diferencia sexual, social y culturalmente disímiles respecto de las de los varones.

2. Antecedentes

Ante todo, es preciso mencionar que el período estudiado en esta tesis ha sido escasamente visitado por los historiadores e historiadoras sociales y, menos aún, por aquellos/as que investigan desde una perspectiva de género. En este sentido, para abordar la producción historiográfica sobre el tema que se propone aquí, se tendrán en cuenta trabajos que, desde la historia social del trabajo con perspectiva de género se han detenido en experiencias situadas en este período. Luego se incluirán trabajos que, más allá de la dimensión espacio-temporal, formulan diferentes problemas e interrogantes que aportan insumos teóricos y metodológicos propios del enfoque en el cual se inscribe esta investigación.

Por otro lado, se retomarán algunos estudios sobre el período en el que se sitúa el conflicto a abordar. Si bien no se han ocupado específicamente sobre la intersección entre clase y género, han analizado distintos aspectos, tales como los impactos de las políticas neoliberales en la clase trabajadora, los cambios y continuidades en el carácter de la protesta social, el surgimiento de los movimientos piqueteros y la conflictividad obrera durante la década de 1990 y los años siguientes.

En primer lugar, es pertinente retomar el aporte de Dora Barrancos (2010), quien en su libro *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, dedica un capítulo a describir la situación de las mujeres en la transición democrática y en la década de los años noventa, poniendo énfasis en lo que la autora entiende como una influencia de la perspectiva de género en las instituciones desde las cuales se plantearon políticas públicas y programas relacionados a las mujeres.

Por otra parte, aborda la situación social de las mujeres durante el período, a partir de un análisis cuantitativo respecto del trabajo femenino y el desempleo, además de la pobreza y exclusión social y su impacto en la vida de las mujeres. La participación de

las mujeres en los denominados movimientos sociales constituye otro eje que se desprende del análisis mencionado, en el cual la autora aborda brevemente la intervención femenina en procesos de lucha acontecidos durante los años noventa y con posterioridad al 2001, en diferentes lugares del país.

Se trata de un estudio introductorio que se propone analizar esta presencia en las principales transformaciones históricas y sociales desde el período colonial hasta las últimas décadas del siglo XX, proponiendo en su mirada, la incorporación de los aportes de la historia de las mujeres al estudio del pasado. Si bien no toda la obra se centra en un estudio específico sobre el período que interesa a este trabajo, sí plantea algunos ejes que luego han sido retomados y profundizados por otras historiadoras.

Tal es el caso de Andrea Andújar (2008, 2014) y sus estudios sobre el rol de las mujeres en los cortes de ruta y protestas en las provincias de Neuquén (Cutral-Có y Plaza Huincul) y Salta (Mosconi y Tartagal). Los aspectos más interesantes de estos trabajos tienen que ver, por un lado, con su análisis sobre las formas diferenciadas de experimentar los procesos, asimilarlos y articular respuestas frente a ellos por parte de varones y mujeres. Al indagar acerca de estas diferenciaciones, es posible reflexionar sobre las relaciones entabladas entre estos sujetos, pero también en torno a las representaciones y significados específicos construidos en base a los hechos del pasado en términos de lo que la autora define como el “género de la memoria”.

Por otro lado, la autora reconstruye las experiencias de lucha, poniéndolas en diálogo con otras en las que las mujeres también irrumpieron en los ámbitos públicos, tomando la iniciativa y tensionando muchos aspectos relativos a los roles tradicionales de género, desafiando a la represión estatal y cumpliendo un rol organizativo muy importante en las asambleas y los piquetes. La experiencia es un aquí un concepto central y el cruce necesario de éste con la perspectiva de género es un valioso aporte para nuestra investigación.

En este punto, es posible retomar las investigaciones realizadas por Florencia Partenio sobre la generización de la organización del trabajo en fábricas recuperadas en Argentina durante los años posteriores al auge del neoliberalismo y a la crisis de 2001. En uno de sus estudios sobre la recuperación y cooperativización de una fábrica textil situada en la provincia de Buenos Aires, plantea interrogantes acerca del rol que cumplieron las relaciones de género en la organización de la producción y en la división de tareas (Partenio, 2010). Analizando los cambios y las continuidades respecto del

trabajo en la fábrica bajo el régimen patronal y luego con la organización de una cooperativa, indaga en qué medida la asignación de funciones y la segregación de espacios fue reforzada o modificada de acuerdo a la diferencia sexual y las representaciones de género que operaron entre los trabajadores y las trabajadoras. Esto se evidencia según la autora, en las “(...) estrategias de justificación a las que cada trabajador/a recurrió y recurre para acreditar su lugar”, en las cuales “(...) se jugaron tensiones, expresiones e imágenes de las propias trabajadoras y trabajadores, adquiriendo significaciones diferenciadas según la condición de género” (Partenio, 2010:104). Estas tensiones y disputas en torno a la división sexual y genérica del trabajo sirvieron para cuestionar y modificar o para reactualizar jerarquías y separación de tareas “masculinas” y “femeninas” existentes previo a la recuperación de las fábricas (Partenio, 2013)

Asimismo, podemos mencionar otros trabajos que, en el marco de las I Jornadas Patagónicas de estudios de las mujeres y género, han planteado la relación de las mujeres con el “mundo del trabajo”. Si bien en desacuerdo con esta definición entendemos a la clase en términos más integrales a partir de una noción marxista de la experiencia, retomaremos algunos elementos de análisis. En primer lugar, resulta interesante el planteo de Mariana de Dios Herrero (2010) en su artículo “El empleo doméstico. Continuidades y cambios en el mundo actual del trabajo”. En el mismo se plantean preguntas en base a la perspectiva de las propias trabajadoras en relación a las representaciones y significados por ellas elaborados sobre su propio trabajo, pero también sobre sus diferentes trayectorias laborales y la repercusión en sus vidas cotidianas de los cambios en las relaciones laborales operados en base a las pautas de las políticas neoliberales.

En otro plano, el trabajo de Bernardita Weisser Soto (2010), plantea una discusión interesante acerca de si la creciente inserción laboral de las mujeres en el marco del modelo neoliberal contribuye a mejorar su posición, o si por el contrario no significa una mayor carga para las mismas. Esto tiene que ver con otras dos cuestiones, la “doble jornada” que combina tareas domésticas con el trabajo fuera del hogar de las mujeres y el hecho de que el mayor acceso al trabajo en términos cuantitativos, no implica un mayor acceso a mejores puestos, sino por el contrario, continúa en la lógica de la precarización laboral.

Este trabajo dialoga también con investigaciones que pese a la distancia espacio-

temporal de sus trabajos, aportan en cuanto a sus interrogantes y perspectivas, además de centrar sus indagaciones en las mujeres trabajadoras.

En este marco situamos el estudio de Mónica Gatica (2000) acerca de las trabajadoras de la fábrica textil Inteco en Trelew, durante la década de 1970, en la cual da cuenta del carácter desigual de la relación con los medios de producción y podríamos agregar, con el ámbito de lo “público” existente entre unos y otras. El diálogo con esta investigación será profundizado a lo largo de este trabajo, pues se trata de un aporte clave para el mismo y para la historia de la región, mediante el cual es posible cruzar la categoría de género y clase y las diferencias en el modo en que la misma opera en hombres y mujeres.

A partir de esto, interesa también discutir acerca de las mediaciones y tensiones en la intervención de las mujeres en espacios que les han sido socialmente “vedados” y analizar las diferentes acciones desarrolladas en la medida que pudieron resignificar, reforzar o renegociar los roles tradicionales de género. Es importante retomar el trabajo de Mirta Lobato (2007) *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, en el cual realiza un análisis del trabajo femenino desde una perspectiva de larga duración, dando cuenta de las principales ramas en las que se insertaron las mujeres, su participación en las huelgas, organizaciones y sindicatos y las representaciones y sentidos construidos sobre las mujeres trabajadoras.

La noción dominante sobre el trabajo de las mujeres se insertó en lo que la autora explica como un proceso de construcción de un “patrón de desigualdad”, “(...) basado en la descalificación y una valoración distinta de sus habilidades y destrezas” (Lobato, 2007:325) y evidenciado en la división sexual del trabajo en las fábricas y otros espacios laborales, la percepción de menores salarios por parte de las mujeres (basada en la “complementariedad” del salario femenino) y en la subordinación en los espacios de representación de la clase. Este proceso habilitó un “lenguaje laboral generizado” (Lobato, 2007: 330) que sirvió para consolidar una oposición entre trabajadora y ama de casa, es decir, entre el espacio público (destinado a los hombres, en los que las mujeres sólo participan de manera “excepcional”) y privado (destinado a las mujeres en tanto cuidadoras del hogar). Pero la construcción de estos sentidos no estuvo exenta de contradicciones y tensiones, las cuales forman parte integral de la experiencia de la clase trabajadora argentina.

Por otro lado, resulta sumamente interesante para nuestro trabajo el aporte de Ann

Farnsworth-Alvear (1996) quien en su artículo “El misterioso caso de los hombres desaparecidos...”, analiza las diferentes imágenes construidas sobre un grupo de trabajadoras en huelga en Medellín en 1920, formulando interrogantes acerca de los modos de representación que pesaron sobre ellas, pero también aquellos que las mismas resignificaron en su favor o los que desafiaron a través de su accionar. En este estudio es central la intervención de la prensa en la construcción de imágenes y estereotipos, elemento que abre otra posibilidad para realizar futuras preguntas que servirán para ampliar y profundizar nuestro trabajo.

En cuanto a las formas de interacción de las mujeres fuera del ámbito de trabajo, éstas constituyen un elemento de importancia que ha sido desarrollado por Silvana Palermo (2007) en su análisis sobre el rol de las mujeres en las protestas ferroviarias de 1917 en Rosario. Si bien los reclamos que llevaron a esta huelga tenían que ver con la mano de obra masculina, la autora analiza de qué manera esta situación afectó al hogar proletario y llevó a las mujeres -que eran en mayor medida excluidas del mercado de trabajo- a organizar las diferentes formas de protesta, las cuales sin embargo sirvieron para defender ese hogar y consolidar el ideal del varón obrero como su proveedor.

Sin embargo, la defensa del hogar proletario no necesariamente implicaba la aceptación sin mediaciones de los roles tradicionales de género, sino que más bien daba cuenta de las tensiones en torno a los mismos, desarrollada en base a su deseo de intervenir en asuntos políticos. En este sentido, los interrogantes de este trabajo nos abren la posibilidad de indagar acerca de las formas de interacción y socialización por fuera del ámbito laboral que pudieron existir entre las trabajadoras de Confecciones Patagónicas con sus diferentes entornos inquiriendo así por: cómo se construyeron esos vínculos y qué carácter desarrollaron (si estuvieron o no marcados por tensiones, conflictos, negociaciones o lazos de solidaridad, etc.).

Las nociones respecto a la justicia y los derechos, son elementos que se ponen también en juego en este trabajo en diálogo con la serie de investigaciones que compila la obra *Vivir con lo justo...* (Andújar [et.al.], 2016a). En la misma, el eje articulador de los artículos que allí se reúnen, tiene que ver con qué nociones respecto de aquello que es justo desarrollaron los trabajadores y las trabajadoras en diferentes contextos históricos y de qué modo se relacionaron con las percepciones construidas en la experiencia colectiva respecto de los roles tradicionales de masculinidad y feminidad. Otro aspecto interesante abarca cómo estos roles contribuyeron a articular demandas

obreras en defensa no sólo de la propia subsistencia, sino también de la agencia política de quienes protagonizaron los procesos de lucha estudiados dentro y fuera de los ámbitos de trabajo, sobre todo en el análisis de las acciones llevadas adelante por las mujeres aún en contextos con una mano de obra predominantemente masculina, de la construcción de los roles de género y los modelos dominantes de masculinidad.

Tal es el caso del análisis realizado por Laura Caruso en torno a los trabajadores marítimos durante las primeras décadas del siglo XX y la construcción de un modelo de masculinidad basado en la disciplina, la lealtad, la obediencia y el respeto de las jerarquías en la organización del trabajo a bordo, en la cual el gremio (Federación Obrera Marítima) tenía una gran influencia (Caruso, 2016:63-80).

Por su parte, Florencia Gutiérrez aborda desde esta perspectiva a los trabajadores azucareros de Tucumán durante el primer gobierno peronista, entre quienes existía una jerarquía entre los trabajadores calificados y los que no lo estaban, pero también entre los jornaleros y los trabajadores “golondrina”, quienes no trabajaban solos, sino que lo hacían en conjunto con el trabajo invisibilizado de sus esposas e hijos. Esto profundizaba según la autora, las relaciones de dominación hacia las mujeres, tanto por parte de la patronal como dentro de sus hogares, reforzando su dependencia respecto del ámbito doméstico (Gutiérrez, 2016:143).

La exclusión laboral de las mujeres en comunidades obreras masculinas no necesariamente ha implicado que las mismas se encontraran del mismo modo ausentes en los procesos de lucha, tal como lo ha abordado Andrea Andújar en su estudio sobre las huelgas petroleras en Comodoro Rivadavia en el año 1932. Recuperamos este análisis en tanto toma en cuenta la importancia de los ámbitos de socialización y las relaciones sociales fuera del ámbito de trabajo que dieron lugar a la formulación de demandas y a la intervención de las mujeres en las mismas. Por otro lado, habla de qué modos éstas si bien siguieron aceptando sus roles tradicionales de madres y esposas, sí cuestionaron aquello que era esperable de ellas al irrumpir en el espacio público, llevando adelante reclamos políticos en base a sus nociones de justicia y derechos. En coincidencia con el estudio antes reseñado de Palermo, las demandas llevadas adelante en las huelgas petroleras, se orientaban a “la defensa del hogar proletario, el control por parte de los trabajadores del tiempo de labor y del tiempo libre, y el reconocimiento de la organización obrera” (Andújar, 2016b:129).

En suma, a pesar de la diferencia de temporalidades, estos estudios nutren la

posibilidad de advertir dimensiones relevantes a esta investigación, como la problematización respecto de los roles tradicionales de género, los modelos de masculinidad y feminidad y su cuestionamiento o reafirmación, las relaciones de sociabilidad dentro y fuera del ámbito de trabajo, la defensa de las condiciones familiares de vida y los diversos modos de significación de las experiencias pasadas en el presente por parte de los sujetos.

Pasamos a mencionar ahora los estudios que sin recurrir a una perspectiva que considere el análisis de la experiencia en clave de género, han abordado aspectos del neoliberalismo y la historia reciente de la clase obrera argentina.

En este grupo se sitúan trabajos como el de Nicolás Iñigo Carrera y María Celia Cotarelo (2006), quienes analizan la conflictividad social en Argentina a partir de un relevamiento y análisis de los conflictos desarrollados durante la década de 1990 en diferentes provincias del país tomando como fuente principal periódicos bonaerenses de tirada nacional. De este estudio se desprende una conceptualización que define los hechos de diciembre de 2001 en tanto culminación -o síntesis- de un ciclo de rebelión cuyo inicio fijan en 1993 con el hito marcado por el motín desarrollado en Santiago del Estero.

Durante este proceso diferentes sectores conformaron una fuerza social, de cuyo estudio en mayor profundidad se encargó María Celia Cotarelo (2016) en un trabajo posterior. En dicha investigación la autora estudió el proceso de formación de esta fuerza social, a la que define como popular, nacional y democrática cuya expresión política se cristalizó con el ascenso del kirchnerismo en el 2003, en contraposición a otra, antidemocrática y antipopular. En la misma línea de otros trabajos de PIMSA sobre el período, se abordan los conflictos más importantes a partir del relevamiento de fuentes periodísticas, realizando un análisis en torno a la cantidad de conflictos, los sectores intervinientes, sus demandas y objetivos.

Los hechos de rebelión se incrementaron desde 1993 hasta el 2001, con momentos -como señala la autora-, ascendentes y descendentes, teniendo como objetivo principal la resistencia hacia las políticas neoliberales y su impacto sobre las condiciones sociales y laborales de los explotados y explotadas. En estas instancias fue central la participación de los trabajadores y trabajadoras asalariados, ocupados y desocupados, que además adquirieron un mayor peso y fortalecieron su organización (Cotarelo, 2016:411).

Encontramos en este punto, coincidencias con el análisis de Daniel Campione y Beatriz Rajland (2006) en base a la consideración de que en este período se dio un salto cualitativo en la intervención política de las masas, caracterizando que en la segunda mitad de la década de 1990 existió una revalorización de las acciones colectivas luego de la dictadura. En este aspecto se destaca también la presencia de sectores organizados y de un mayor grado de conciencia forjado en las diferentes luchas anteriores.

Por otro lado, es importante señalar la centralidad otorgada a la explotación del trabajo asalariado en marco del capitalismo. Esto no se modificó con el aumento de la desocupación, sino que en todo caso dió cuenta de una mayor concentración a partir de la sobreexplotación de la clase trabajadora ocupada, presionada por la existencia de “población sobrante” para el capital. Coincidimos con estos estudios en contraposición con aquellos que restan importancia a esta dimensión, asumiendo que la lucha de clases no es una herramienta de análisis para la historia.

Nos referiremos en este marco a aquellos trabajos que se enmarcan en la perspectiva de los “movimientos sociales” y la teoría de la “acción colectiva” para abordar las movilizaciones sociales durante los años noventa y el surgimiento de organizaciones piqueteras y territoriales.

Si bien no es el objetivo de esta investigación reflejar estos debates en toda su complejidad, sí resulta importante marcar esta diferenciación, teniendo en cuenta que se trata de formas diferentes de comprender el conflicto social, una basada en la “conjunción entre sistema social e individualismo metodológico” (Galafassi, 2017:14); y otra tendiente a considerar la conflictividad enmarcándola en la dialéctica de clases/lucha de clases.

Teniendo en cuenta esta distinción, retomaremos algunos estudios que sin embargo realizaron aportes al estudio del período, sobre los cuales realizaremos una mención crítica.

Situamos en este grupo al trabajo realizado por Mirta Lobato y Juan Suriano (2003), respecto de los cambios y continuidades en el carácter de la protesta social a lo largo del siglo XX. En su perspectiva, durante la década de 1990 en particular, la protesta social se transformó en la misma medida en que lo hizo la sociedad argentina con la implementación de las políticas neoliberales de los gobiernos de Menem y De La Rúa, de manera tal que se sumaron “(...) una amplia gama de actores y recursos que se expresaron con nuevos repertorios de confrontación” (Lobato y Suriano, 2003:115).

La protesta social, según estos autores, se diversificó en detrimento de las formas “tradicionales” de protesta obrera (en referencia al movimiento obrero organizado en sus estructuras sindicales), para articular “nuevas” formas de lucha llevadas adelante por “nuevos” “actores” sociales surgidos en este contexto signado por la crisis social y la crisis política de los partidos tradicionales. En este sentido, la movilización de los trabajadores ocupados fue perdiendo peso durante el menemismo, a partir del debilitamiento de su poder de negociación y movilización debido a la precarización laboral y la desocupación, además de las limitaciones de las dirigencias de los gremios más importantes (Lobato y Suriano, 2003: 143).

Las políticas neoliberales generaron una atomización de los conflictos además de una fragmentación de los actores sociales, lo que derivó en una gran heterogeneidad de formas de protesta y demandas específicas. Según Lobato y Suriano, en este entramado se dio una convergencia de experiencias acumuladas en las últimas décadas, en la cual convivieron “(...) elementos residuales de la lucha obrera y los nuevos repertorios de acción colectiva”, resultantes de lo que definen como un “(...) complejo cuadro de los cambios estructurales, de las acciones gubernamentales y de las prácticas sociales de sus protagonistas” (Lobato y Suriano, 2003:153).

Si bien este trabajo representa un aporte para complejizar la comprensión de la protesta social, además de contar con un interesante análisis del impacto de las políticas neoliberales en la clase trabajadora, es necesario remarcar nuevamente que en la perspectiva de la presente investigación, la clase obrera es el sujeto central de análisis, en la cual se incluye a los trabajadores y trabajadoras desocupadas.

Por otro lado, incluimos el estudio realizado por Orietta Favaro y Graciela Iuorno (2008), quienes analizan el impacto de las políticas neoliberales con el aumento de la desocupación, el ajuste fiscal y la reforma del Estado en la región Patagónica, incluyendo un panorama general de todas las provincias que la componen. Según estas autoras, durante los años noventa se profundizó la política de centralización en el Estado nacional, acentuando la dependencia de las provincias respecto del mismo, en las cuales además la crisis tuvo un impacto desigual. En relación a la protesta social en la región abordada, al referirse también a “nuevos” y “viejos sectores” sectores, sugieren que los sectores de trabajadores y “ex trabajadores” tuvieron un rol de mayor importancia, pero que se complementaron con otros sujetos y movimientos de resistencia (Favaro e Iuorno, 2008: 333).

En este conjunto de estudios situamos también a Mónica Gordillo (2010) y su investigación sobre el ciclo de protestas que derivó en el “argentinazo” de 2001. Según esta autora, existió de igual modo un impacto diferencial de la implementación de políticas neoliberales de ajuste por parte del Estado nacional en cada provincia, durante el período que abarca desde 1989 hasta el 2001. En su análisis, la situación fue variando de acuerdo a las características de las economías provinciales y, en base a ello, el impacto de las reformas, ligado también a los grados de dependencia respecto del Estado nacional (Gordillo, 2010).

En este sentido la autora señala que “(...) la aplicación de las reformas no siguió el mismo ritmo en todo el país y en todas las esferas de la vida social” (Gordillo, 2010:30). Si bien algunas provincias, de acuerdo a la extracción política de sus gobernadores y las características antes mencionadas, aplicaron o resistieron las políticas de ajuste durante los primeros años de la década de 1990, la autora señala que de igual modo en todas se produjeron crisis, aunque las mismas tuvieron diferentes niveles de intensidad y se desarrollaron en momentos diferentes (Gordillo, 2010).

Por otro lado, plantea que las movilizaciones sociales desarrolladas entre 1989-2001 forman parte de un proceso que tiene su explicación histórica en la medida en que se sitúa a los participantes de dichas movilizaciones como actores sociales miembros de una comunidad política otorgadora de derechos. En este sentido, los “actores” que intervinieron lo hicieron a través de demandas hacia el Estado respecto a derechos perdidos, pero fundamentalmente en torno a la necesidad de verse integrados en una “comunidad política” de la que corrían peligro de ser excluidos (Gordillo, 2010). A su vez, inscribe a las diferentes demandas articuladas en este período en la noción de “acción colectiva” y desde esta perspectiva teórica plantea demostrar que la ruptura del “contrato social” generó que distintos sectores pasaran a estar “disponibles” para luchar. Además, “(...) las demandas no respondidas profundizaron las divisorias, articulando un polo opositor entre sectores sumamente heterogéneos” (Gordillo, 2010:110).

Con diferentes modos de abordaje y conceptualización, los estudios citados coinciden un aspecto, relacionado a la extensión a nivel nacional del proceso de conflictividad de la década de 1990, que derivó en la rebelión popular del 2001. Existe entre los y las autoras un acuerdo al respecto, sin embargo, diferentes modos de comprender dicha extensión.

Para la comprensión del contexto político y la conflictividad social en el plano

local situando la mirada en el noreste de Chubut, tomamos como referencia a estudios como el realizado por Gonzalo Pérez Álvarez (2013). El autor señala que las protestas y luchas llevadas adelante por la clase obrera en la región del Noreste del Chubut durante la década del noventa, forman parte de un proceso nacional que se caracterizó por el avance del programa del capital financiero y el desarrollo de un ciclo de rebelión que luego se sintetizó en las jornadas de diciembre de 2001 y las posteriores protestas y movilizaciones durante 2002.

Un aspecto importante que toma en cuenta es la inserción de la región patagónica en el marco de las relaciones de producción capitalistas a nivel nacional a través de un modelo de desarrollo industrial de “polos de desarrollo”, a través del cual se implementó una política de promoción industrial, que planteó la apertura de fábricas en las principales ciudades de la región durante los años setenta.

La ciudad de Trelew fue en este primer período uno de esos denominados “polos”, ya que en la misma se instalaron numerosas fábricas en las que se incorporó a trabajar un sector importante de la población.

Nos remitimos en este aspecto también a otro estudio realizado por Gatica, López Monedero y Pérez Álvarez (2005), en el cual se especifican y problematizan los datos acerca del desarrollo económico y social de la región a través de este plan y las implicancias posteriores de su interrupción basadas en el cierre de fábricas y la pérdida de puestos de trabajo.

De igual modo, Horacio Ibarra y Carlos Hernández analizan las transformaciones en la estructura económica de la región, y en particular de la ciudad de Trelew, a partir de la interrupción de las políticas de promoción enmarcadas en un proceso por estos autores conceptualizado como de “industrialización asistida” (Ibarra y Hernández, 2016).

Retomaremos estos análisis más adelante para examinar la situación contextual de la provincia de Chubut durante el período a ser abordado.

3. Actividades y Metodología

Esta investigación recurre a la revisión de fuentes tanto orales como escritas. Las primeras son de suma importancia pues posibilitan indagar acerca de los significados construidos por las obreras de Confecciones Patagónicas alrededor de los hechos. Partiendo de conceptos desarrollados por autores como Alessandro Portelli y Luisa

Passerini, se puede señalar que la historia oral aporta elementos de análisis sumamente relevantes para este trabajo, puesto que destaca la subjetividad interviniente en las dinámicas de construcción de las memorias colectivas, además de indagar acerca de la cultura y la historia de la clase obrera.

Las fuentes orales son cardinales porque como afirma Portelli:

Informan no sólo los hechos, sino lo que éstos significaron para quien los vivió y los relata; no sólo respecto de lo que las personas han hecho; sino sobre lo que querían hacer, lo que creían hacer, o lo que creían haber hecho; sobre las motivaciones; sus reflexiones, sus juicios y racionalizaciones (Portelli, 2016: 23).

La trascendencia de los testimonios entonces reside en estos aspectos y no en su descripción “verdadera” de los hechos, tal como este autor problematiza en su investigación acerca de las interpretaciones y significados construidos por un grupo de obreros en la Italia de la segunda posguerra, acerca de la muerte de su compañero Luigi Trastulli. En este estudio tienen relevancia las diferentes “reconstrucciones imaginarias” sobre este hecho en la larga duración más allá de la “veracidad” de los relatos sobre el mismo.

La historia oral es de igual modo para este autor, “condición no suficiente pero necesaria para la historia de las clases no hegemónicas” (Portelli, 2016:30), pues su propósito es reconstruir las memorias de quienes llevaron adelante los hechos desde una perspectiva no institucional. Sin embargo, cuando plantea que es necesaria pero insuficiente, habla de que la historia oral tampoco significa la recuperación sin mediaciones de esos relatos, ya que en el mismo proceso de transcripción y de jerarquización, es el historiador o la historiadora quien está interviniendo y hasta co-construyendo la fuente oral.

Por otro lado, retomamos el aporte de Luisa Passerini (1991) en relación a la subjetividad y la conciencia, dado que, en esta perspectiva, ambos conceptos son históricos y por tanto cambiantes a partir de la lucha.

Desde esta óptica se abordan las entrevistas a las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, en las cuales se priorizan según el análisis propuesto y coherente con los objetivos de este trabajo, la reconstrucción de las historias personales de las entrevistadas, las diferentes formas de recordar los hechos y los olvidos e inconsistencias como elementos específicos del relato a ser analizados e interpretados. Los testimonios analizados son los de Isabel Sosa, Carmen Alvarado, Liliana Lagos y Beatriz Tellería, cuatro de las trabajadoras que participaron de la toma y ocupación de

MATEPA. Las entrevistas con ellas se realizaron en sus domicilios y lugares de trabajo actuales, una en 2011 junto a la docente Susana López, y el resto entre los años 2015 y 2018.

También se cuenta con material de entrevistas realizadas a otras personas relacionadas con el conflicto, en particular a Hernán Góngora, quien durante el conflicto era estudiante y presidente de la Federación Universitaria Patagónica, en su actual lugar de trabajo en octubre de 2016; y a Sergio Cárdenas, quien fuera delegado de MATEPA al momento de la toma y que en la actualidad es Secretario Gremial de la Asociación Obrera Textil (AOT), en la sede de dicha institución en mayo de 2017.

Por otro lado, orienta de igual modo a este trabajo la noción de que “la memoria no es una entelequia sin género en cuanto que ningún recuerdo tiene existencia por fuera de las relaciones en las que se construye y emerge” (Andújar, 2014:70). Tal como referimos a la experiencia como experiencia sexuada, atravesada por los cruces entre la clase y el género, de igual modo pensamos en la memoria sobre dichas experiencias como una memoria que no es abstracta, sino que es definida y disputada a partir de estos dos conceptos.

En cuanto a las fuentes escritas, se revisaron los periódicos comerciales de tirada provincial El Chubut y Jornada del año 1997 y uno de alcance nacional, Clarín, de los meses de enero a mayo de 1997.

Teniendo en cuenta que se trata de fuentes también producidas por sujetos históricos y no “reflejos” objetivos de la realidad -como las pensaría la historiografía positivista-, las fuentes escritas adquieren relevancia para este trabajo en la medida en que permiten triangular con los testimonios orales, contrastar y examinar aspectos que pueden no ser conocidos por las personas entrevistadas y viceversa: es decir, aspectos escasamente señalados por las fuentes escritas pueden profundizarse a partir de los relatos orales.

Además, se consultaron datos estadísticos relevados y publicados por el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) y la Dirección Provincial de Estadística y Censos de la provincia de Chubut (DGEyC). Particularmente se consultaron el Censo Nacional de población de 1991, la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) de 1994 del conglomerado Rawson-Trelew y el Programa de Información Estadística y Apoyo a los Municipios (PRINEM) del INDEC, en base a datos del Censo Nacional Económico 1994. En relación a la EPH, es necesario aclarar que para Rawson-Trelew sólo se

encuentra disponible para el año 1994, debido a que recién en el 2003 se comenzó a realizar de forma sistemática en este conglomerado.

Capítulo 1

Mujeres, trabajo y protesta social

El propósito central de este capítulo es reconstruir el contexto general en el que se desarrolló la huelga de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, situando esta experiencia de clase en el marco general de conflictividad social que tuvo lugar durante la década de 1990 en Argentina. En correlato con la perspectiva teórica adoptada por esta investigación, se buscará reflexionar acerca de las posibles conexiones con procesos de lucha que, tanto a nivel regional como nacional, involucraron a las mujeres particularmente de acuerdo a sus experiencias de clase y de género. En este recorrido a desarrollar, presentará su examen en tres apartados.

El primer apartado se detendrá en el análisis de la fábrica textil y el Parque Industrial de Trelew, recuperando una serie de trabajos que han indagado el desarrollo industrial y las dinámicas de la clase trabajadora en la región patagónica, e incorporando algunos elementos para examinar el trabajo femenino. Por otro lado, fijará su mirada en el avance del neoliberalismo en Argentina durante los años noventa, para luego concentrar su estudio en el contexto local y su inserción en el marco general de las políticas económicas y sociales del Estado nacional.

El segundo apartado abordará la descripción y análisis de la toma y ocupación de MATEPA realizada por las trabajadoras, dando cuenta de las acciones llevadas a cabo por ellas vinculadas a los debates y confrontaciones con algunos de los funcionarios intervinientes durante el conflicto. También se interesará por el sindicato textil y su intervención durante la toma, las tensiones internas preexistentes y aquellas que se manifestaron a partir de la misma.

El tercer apartado sitúa el conflicto en un marco más amplio de experiencias de lucha protagonizadas por mujeres en la década de 1990. Por un lado, se detendrá en experiencias situadas en otras regiones como las correspondientes a las del Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha y las de las mujeres piqueteras en Neuquén y Salta, repasando los reclamos que entraron en juego en estas experiencias y las nociones e ideales que las orientaron. Por el otro, vuelve su mirada a Trelew para dar cuenta de otras movilizaciones ocurridas en la ciudad durante el año en que se desarrolló la toma, buscando advertir de ese modo situación política y social en que se enmarcó el

conflicto.

1. Argentina está de novia: El contexto neoliberal

“(…) nosotros nos ocupamos de trabajar y los que saben se ocuparán de un mayor control, a ver qué es lo que va a ser de nosotras. Simplemente queremos trabajar. (...) el otro día el señor intendente nos decía que tenemos que cuidar el trabajo. El trabajo lo cuidamos, lo que pasa es que no nos pagan. ¿Sabe cómo se cuida el trabajo? Trabajando sábado a la tarde simple, el domingo simple, eso es cuidar el trabajo. Hasta a la noche las mujeres trabajaban y eso que está prohibido por ley”⁵

El 22 de enero de 1997 las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, junto a los trabajadores de MATEPA, se reunieron con el gobernador Carlos Maestro para plantear su situación laboral.

En esta reunión, poco menos de un mes antes de iniciar la toma y ocupación de MATEPA, las obreras de Confecciones Patagónicas declararon a través de una de sus voceras, Nery Elsa Jerez, la frase con que se inicia este capítulo. En ella se condensan una serie de presupuestos propios del clima que reinó durante la década de 1990, es decir, un clima de precarización laboral, despidos y ajuste.

Trabajar bajo cualquier circunstancia, en condiciones inadecuadas, trabajar horas extras no remuneradas y percibir un salario inferior al necesario para vivir dignamente, era una realidad ya prácticamente naturalizada ante el temor a la pérdida de la fuente de trabajo y las escasas o casi nulas posibilidades de lograr insertarse en otro empleo.

¿Qué implicaba ser obrera textil en Trelew durante los años '90? Sin dudas es una pregunta que nos lleva a analizar esta situación concreta y las experiencias de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, quienes enfrentaron la amenaza de la pérdida de derechos contenida por la profundización del neoliberalismo de diversas maneras.

Según los testimonios de sus protagonistas, la toma y ocupación de MATEPA se extendió durante 100 días y, a partir de la información volcada en la prensa, podemos situar su inicio el 17 de febrero de 1997 y su finalización el 28 de mayo del mismo año. Esta medida de lucha era una de las tantas que se pusieron en práctica para enfrentar la crisis del Parque Industrial, que llevaba más de 20 años de existencia en Trelew.

El Parque Industrial de Trelew (PIT) se creó en el año 1971 como resultado de políticas que, durante los años previos habían fomentado la instalación de fábricas en la

⁵Nery Elsa Jerez, trabajadora de Confecciones Patagónicas, Diario *El Chubut*, 23/01/97

Patagonia con el apoyo del Estado a través de la exención impositiva, la concreción de obras de infraestructura por cuenta del mismo y el otorgamiento de créditos para la instalación de empresas, las cuales obtuvieron importantes ganancias.⁶

El desarrollo del PIT fue muy importante hasta el año 1985 y potenció también el crecimiento de la ciudad, la cual cuadruplicó su población y se convirtió en un centro industrial de importancia a nivel nacional en el que se generaron más de 6000 puestos de trabajo (Pérez Álvarez, 2013:25; Gatica, López, Monedero y Pérez Álvarez, 2005:64; Ibarra y Hernández, 2016:106).

En este contexto se produjo la apertura de la fábrica MATEPA, entre otras empresas textiles en la ciudad. La misma fue beneficiaria de las políticas de promoción industrial y posteriormente, de un crédito del Fondo Financiero Permanente (FFP), organismo provincial creado en 1994 para otorgar créditos a las empresas destinados a desarrollo productivo, a partir de recursos provenientes de la privatización de YPF (Pérez Álvarez, 2013: 111).

La empresa, contaba con un directorio radicado en la ciudad de Buenos Aires y su titular era Analía Inocenti, aunque el mismo estaba compuesto por otros accionistas, siendo el socio mayoritario un empresario llamado Simón Ripp.

El trabajo de la confección se realizaba en otro espacio dependiente de MATEPA, situado en un lugar alejado de la empresa y del Parque Industrial. Se trataba de Confecciones Patagónicas, un taller instalado posteriormente en el predio urbano de Trelew que, según los testimonios, funcionó entre 1994 y 1996.

MATEPA fabricaba las telas y empleaba a mayoría de obreros varones. Confecciones Patagónicas, por su parte, realizaba la tarea de fabricación de prendas y empleaba a trabajadoras mujeres, cuyo número llegaba a 140 empleadas (*Jornada*, 16/02/97).

Esa división del trabajo no parece casual, sino que corresponde a una división basada en el género y en las habilidades que se presupone tienen las mujeres para trabajos manuales y los varones para tareas “pesadas”, las cuales además involucran

⁶ El Producto Bruto Industrial Provincial aumentó hasta cuadruplicarse y se duplicó su participación en el Producto Bruto Geográfico de un 14,3% al 29,6%, “ocupando el primer lugar en el ranking provincial de actividades económicas”. A su vez, las empresas locales alcanzaron una productividad relativa superior a los promedios nacionales en la rama textil entre otras actividades y se triplicó la participación provincial en el Producto Bruto Industrial nacional. Por otra parte, las plantas aumentaron su tamaño promedio hasta 1986, siendo fundamental en todos estos factores la promoción industrial. (Ibarra y Hernández, 2016:106-107)

conocimientos vedados a las mujeres (Lobato, 2000). Pero incluso, la situación de los varones era mejor debido a que la empresa MATEPA reconocía su condición de empleadora en tanto quienes trabajaban en ella estaban encuadrados en una reconocida relación de dependencia y asistidos por derechos comprendidos en el convenio colectivo de trabajo textil. Confecciones Patagónicas, en cambio, era un taller nombrado incluso como “cooperativa” en distintas fuentes, aunque las mujeres trabajaran de igual modo para un jefe, con un régimen de trabajo y horarios preestablecidos, en los que ellas no tenían ningún tipo de decisión. En este sentido, su trabajo era precarizado puesto que, bajo la figura de “cooperativa”, se encontraba desprovisto de formalidad y por tanto, de derechos para las trabajadoras, tales como la contratación efectiva por tiempo indeterminado y la indemnización por despido (*Jornada*, 09/01/97; *El Chubut*, 25/02/97).

Esta situación particular formaba parte del panorama general de restricción de derechos laborales y sociales en el marco del proceso de consolidación del modelo neoliberal en Argentina, que tuvo lugar desde el retorno de la democracia en 1983, pero fundamentalmente con los dos mandatos presidenciales llevados a cabo por Carlos Menem, desde 1989 hasta 1999.

La crisis hiperinflacionaria y la revuelta popular (Iñigo Carrera y Cotarelo, 1997) dieron un final anticipado al gobierno de Raúl Alfonsín. La hiperinflación fue una de las bases sobre las cuales se asentó la reestructuración capitalista consolidada por el gobierno neoliberal de Menem, pero también de la construcción de su hegemonía durante los años posteriores en un proceso de recomposición del poder del Estado a través del plan de convertibilidad desde 1991 (Bonnet, 2008).

La hiperinflación implicó según Bonnet, una “expropiación extraordinaria” masiva del conjunto de la sociedad por parte de sectores minoritarios de grandes capitalistas. Esto llevó a una “profunda modificación de las relaciones económicas y sociales de fuerza en desmedro de los trabajadores, que impuso las condiciones de posibilidad de la hegemonía menemista” (Bonnet, 2008: 195).

En esta misma línea de análisis, Adrián Piva (2017) caracteriza este proceso en términos de “hegemonía débil”, ya que el consenso -negativo- en torno al programa neoliberal dependía de la amenaza de una nueva crisis hiperinflacionaria, el aumento del desempleo y el subempleo y de la fragmentación de la clase obrera para su implementación.

La aplicación y consolidación de este modelo neoliberal implicó el avance del capital sobre las condiciones de vida de los trabajadores y las trabajadoras. La flexibilización laboral⁷ incluyó una serie de reformas parciales que implicaron la restricción de derechos tales como el de la indemnización, o la extensión de los períodos de prueba y la implementación de contratos “basura” por tiempo determinado, es decir, la precarización y sobreexplotación laboral.

Esta política de eliminación o restricción de conquistas laborales tuvo como objetivo principal debilitar el poder de negociación de la clase trabajadora para aumentar la tasa de ganancia capitalista. Implementado desde el Rodrigazo (1975), durante la dictadura (1976-1983) y profundizado por el menemismo (1989-1998), este proceso resultó en una transferencia de ingresos del salario a la ganancia, obtenida a partir de un consenso generado por la desocupación masiva (Gambina, 2004).

La reestructuración del Estado fue otro de los aspectos que acompañó este conjunto de reformas, e implicó el despido y los recortes salariales de los empleados y empleadas en la administración pública y en las empresas públicas que fueron privatizadas. Estas reformas de “primera generación” así como las de “segunda generación (como la reforma judicial o la desregulación de las obras sociales), no implicaron como plantea Julio Gambina (2004), una “reducción” o un “achicamiento del estado”, sino una funcionalidad diferente en el mismo, cuyo presupuesto creció, pero fue utilizado en gran parte para el pago de intereses de deuda externa entre otros gastos, recortando aquellos destinados a salud, educación y seguridad social.

La región patagónica y Trelew en particular, no se encontraban por fuera de esta situación. Como afirma Gonzalo Pérez Álvarez, los cambios en la región se produjeron en correlato con el resto del país, a través de la “(...) centralización y concentración de la riqueza y la propiedad, proletarización y pauperización de importantes masas de la población y el incremento de la productividad global en función del gran capital concentrado” (Pérez Álvarez, 2013:98).

En este proceso, demuestra que no hubo “desindustrialización” sino que se trató de la instalación de un régimen con mayor concentración de menor cantidad de mano de obra en menos empresas, con el consecuente aumento de la explotación de la clase

⁷ Si bien la Ley de Reforma Laboral N° 25.250/00 (primera normativa general) fue aprobada durante el gobierno de la Alianza (1999-2001), la flexibilización laboral de hecho fue un aspecto central de la política menemista.

trabajadora (2013:99).

Este análisis se aplica a la situación del PIT durante la década de 1990, ya que generó el cierre de muchas de las empresas instaladas y el cese de la promoción a nuevos emprendimientos. Según un informe realizado por el gobierno provincial y publicado en febrero de 1997, de las 46 fábricas que se habían instalado durante la década de los años '70, sólo quedaban 25 (*Jornada*, 16/02/97).

En materia de puestos de trabajo, el personal empleado en el parque de Trelew pasó de unos 4.200 empleados de planta en 1974 a alrededor de 5.500 en 1985, 2.400 en 1993, 1.700 hacia mediados de los noventa y unos 1.200 para el 2002 (Pérez Álvarez, 2013:125).

Mientras tanto, un informe difundido por la CGT Regional del Valle de Chubut sostenía que a principios de 1997 ya había 31.211 personas desocupadas, ubicando a la provincia en el séptimo lugar en el país, y el primer lugar en la Patagonia (*Jornada*, 03/01/97).

Con el aumento de la desocupación también se incrementó la explotación de la fuerza de trabajo, con el despido de personal más antiguo y el ingreso de nuevos trabajadores y trabajadoras a las plantas en condiciones más precarias y con mayor carga horaria y de trabajo (Pérez Álvarez, 2013:126), además de la tercerización laboral, la expansión de la subocupación, “changas”, el empleo transitorio, en negro, etc (Ibarra, 2015:127).

La crisis también se reflejaba en la baja producción textil, puesto que las empresas que quedaron en funcionamiento, sólo se sostuvieron produciendo por debajo de su capacidad y con menos personal, cerrando y reabriendo de acuerdo a la coyuntura económica (Pérez Álvarez, 2013:126), o siendo relocalizadas en Buenos Aires o en las provincias beneficiadas por el Acta de Reparación Histórica⁸ (Ibarra y Hernández, 2016:125). Otras empresas, ante el cese de las políticas de promoción industrial buscaron encuadrarse en la figura de Pymes o informar al gobierno provincial una situación de crisis, con el objetivo de obtener subsidios y/o reducir “costos laborales” despidiendo personal y suprimiendo al mínimo posible el pago de sus indemnizaciones (Gutiérrez, 2013).

⁸ Catamarca, La Rioja, San Luis y San Juan, las cuales habían sido beneficiadas por leyes de promoción industrial y exención impositiva a partir de la firma de un acta-acuerdo entre el estado nacional y dichas provincias en agosto de 1973. Ver: Gatica, López, Monedero y Pérez Álvarez (2005)

El impacto de esta situación fue diferente para las mujeres, quienes ocupaban un lugar subordinado en el mercado laboral formal. En 1994, las mujeres ocupaban un 23,22% de los puestos de trabajo en la industria manufacturera en Trelew, contra un 76,78% ocupado por varones.⁹ Además, la desocupación afectó más a las mujeres en ese mismo año, puesto que respecto del total de la Población Económicamente Activa (PEA), un porcentaje mayor de población femenina se encontraba en situación de desocupación durante más de 3 meses, frente a la población masculina (34,9% mujeres; 23,9% varones).¹⁰ Eran además, las mujeres quienes usualmente trabajaban en condiciones de mayor precarización, ya sea en talleres, cooperativas o incluso realizando trabajo a domicilio.

En particular, MATEPA y Confecciones Patagónicas se encontraban en crisis a raíz de la apertura de importaciones de productos textiles a precios de *dumping* y luego de la interrupción de la promoción industrial desde 1986-87 (Gatica, López, Monedero y Pérez Álvarez, 2005:66). Desde fines de 1996, ambos establecimientos tenían irregularidades en el pago de los salarios y en la situación de los trabajadores y las trabajadoras. Las trabajadoras de Confecciones Patagónicas no tenían un contrato formal, hasta que a principios de 1997 se enteraron al presentarse a trabajar que el taller estaba cerrado y ellas, despedidas.

En MATEPA, primero comenzaron las suspensiones, hasta llegar a los despidos definitivos de casi la totalidad de los empleados. La empresa había despedido a 34 trabajadores en noviembre de 1996, y mantenía con suspensiones a los restantes empleados con el cobro de un 82% de sus salarios. Ya en enero de 1997 no se habían pagado ni el sueldo de diciembre, ni el aguinaldo ni las vacaciones.

La titular de la compañía, Analía Inocenti, propuso a los trabajadores dos opciones, o bien aceptar una licencia sin goce de haberes o ser despedidos y luego reincorporados en marzo. Sin embargo, el 7 de enero de 1997 comunicó de forma unilateral los despidos de otros 29 trabajadores.

Por otro lado, a mediados de enero de ese año, trascendió a través de la prensa local que la empresa sería vendida a una firma uruguaya. Esto fue un hecho que agravó

⁹ Fuente: Programa de Información Estadística y Apoyo a los Municipios (PRINEM) del INDEC, en base a datos del Censo Nacional Económico 1994

¹⁰ Fuente: Encuesta Permanente de Hogares, Trelew-Rawson, INDEC, 1994. Ministerio de Economía y Obras y Servicios Públicos. Secretaría de Programación Económica

la situación y que llamó la atención del gobierno provincial, el cual frenó esta operación que calificaba como fraudulenta, por haber sido realizada sin su autorización y manteniendo una deuda ante el Estado por los créditos anteriormente otorgados.

Las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y los trabajadores de MATEPA comenzaron a encontrarse en asambleas en la sede gremial de la Asociación Obrera Textil (AOT) en Trelew, en las cuales plantearon sus conflictos y discutieron posibles vías de acción para resolverlos. En una primera etapa, ambos sectores llevaron adelante movilizaciones por las calles de Trelew y Rawson, pero esa unidad sólo persistió hasta la toma de la planta de MATEPA, momento en el cual se puso en discusión qué medida era o no legítima, quiénes debían o podían realizarla y con qué objetivos. Volveremos sobre esto más adelante, ya que los acuerdos parciales y las tensiones entre las trabajadoras y los trabajadores fueron un aspecto importante en el desarrollo del conflicto y en las vidas de unas y otros.

2. “Parecía que éramos las peores”: La toma de MATEPA

Como mencionamos en el apartado anterior, la toma y ocupación de MATEPA comenzó a mediados de febrero de 1997, luego de un proceso previo en el que las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, junto a los trabajadores de esta planta llevaron adelante movilizaciones, asambleas y reuniones de negociación con distintos sectores.

El día 10 de enero en una de las primeras asambleas posteriores a la comunicación de sus despidos, los trabajadores de MATEPA debatieron acerca de la posibilidad de la ocupación de la planta, aunque no llegaron a un acuerdo al respecto. También plantearon la solidaridad con las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y las invitaron a una nueva reunión convocada para el día siguiente en la que discutirían realizar una movilización que se concretó el 13 de enero de 1997 (*El Chubut*, 10/01/97).

En esa oportunidad, marcharon por las calles de Trelew desde la sede gremial de la AOT hasta la delegación de la Secretaría de Trabajo y luego se dirigieron a Rawson, ciudad en la cual también se manifestaron quemando cubiertas y bloqueando el puente de acceso a la misma durante unos minutos. Luego recorrieron la zona céntrica pasando por la Casa de gobierno y se dirigieron hacia el Ministerio de la Producción. Allí continuaron realizando la quema de cubiertas y otros elementos afuera del edificio, hasta ser recibidas y recibidos por el ministro Lorenzo Soriano, después de unos

minutos de espera.

La reunión transcurrió adentro del Ministerio y es posible que haya estado atravesada por la tensión entre las diferentes visiones e intereses que los trabajadores y trabajadoras, la dirigencia sindical y el funcionario gubernamental tenían sobre la empresa. Mientras a los obreros y las obreras les preocupaba su fuente de trabajo, el cobro de sus indemnizaciones y su futuro laboral ante la incertidumbre generada por la crisis en la empresa, la atención del ministro Soriano estaba centrada en la venta de la misma.

En dicha instancia, las trabajadoras denunciaron la irregularidad de su situación laboral, puesto que desde julio de 1996 no se les había renovado el contrato, y sus despidos no estaban formalizados. Pero el único compromiso asumido por el Ministerio de la Producción fue el pedido de explicaciones a la titular de la empresa, Analía Inocenti.

Finalizada la reunión, las trabajadoras y trabajadores se dirigieron marchando a la Casa de gobierno, donde se reunieron con el Subsecretario de Trabajo Luciano Vernetti, quien según se difundió en la prensa, reconoció la condición laboral de las mujeres, consideró válido el monto total de lo reclamado tanto por ellas como por los trabajadores de MATEPA y les ofreció asesoramiento legal desde la Subsecretaría a su cargo para llevar adelante los reclamos ante la justicia laboral.

Luego de estas reuniones, las obreras y obreros decidieron suspender otra manifestación que habían previsto con anterioridad para el 14 de enero en virtud del inicio del diálogo con el gobierno provincial. Sin embargo, pronto volvieron a movilizarse, ya que el día 15 se dirigieron al municipio de Trelew cortando las calles donde se encuentra ubicado e ingresando al edificio. En el interior del mismo, esperaron durante una hora para luego reunirse con el entonces intendente, Gustavo Di Benedetto, y realizaron un petitorio que incluía una reunión con el gobernador Carlos Maestro y la obtención de ayuda alimentaria por parte del municipio.

¿Por qué, luego de haber dialogado con un ministro del gobierno provincial, fueron a solicitar al intendente de Trelew que gestionara una reunión con el gobernador?: Lorenzo Soriano, ministro de la producción del gobierno provincial, era un funcionario proveniente del ámbito empresarial.¹¹ Dueño de una empresa extractora y

¹¹ Según dos notas periodísticas publicadas por *El Chubut* del 25/06/15 y *Jornada* del 22/06/16, Lorenzo Soriano fue fundador de la sede en Chubut de la Unión Industrial Argentina (UIA). Se trata de un dato interesante para profundizar en otras investigaciones, que podría revelar otro aspecto sobre su

procesadora de algas, fue también director del Banco del Chubut. Advirtiendo que de lo que se trataba era de voluntad y decisión política, la táctica empleada por las trabajadoras y los trabajadores para volcar a su favor la situación bien pudo ser la de interpelar y recurrir a todos los interlocutores posibles para llevar adelante la negociación, entendiendo este contrapeso entre un empresario local, devenido en funcionario gubernamental como Soriano y el intendente de una de las ciudades más importantes en términos de disputa política de los partidos dominantes.

Dirigente de la UCR, Gustavo Di Benedetto había llegado a la intendencia de Trelew en 1986 para finalizar el mandato de Alfredo García tras la elección de éste como senador; luego había sido diputado provincial hasta ganar la intendencia en 1991, cargo en el que fue reelegido en 1995 y 1999, aunque no finalizó este último mandato para pasar a desempeñarse como diputado nacional desde el 2001, abandonando la intendencia en el marco de la profunda crisis económica y social imperante. Integrante del mismo partido político que el gobernador, Di Benedetto parecía ser la figura indicada para acceder, por su intermedio, a la negociación con el gobierno provincial.

Veremos que dicha negociación existió y en ella el gobernador Carlos Maestro planteó como resolución la prórroga de la promoción industrial (*Jornada*, 18/02/97), para la cual se encontraba realizando negociaciones con el gobierno nacional. Sin embargo, esto no implicaba que el gobierno se planteara seriamente dar una solución para las trabajadoras y trabajadores ante el vaciamiento del PIT, sino que su proyecto era afín con la implementación del plan general de ajuste neoliberal en la provincia.

Ejerciendo el cargo de gobernador desde su primera elección en 1991 y su reelección en 1995, Maestro era una figura política importante. El triunfo electoral que derivó en su primer mandato fue uno de los saldos políticos del proceso de movilización popular conocido como el “chubutazo”, que en el año 1990 había sido, paradójicamente, una de las primeras manifestaciones de resistencia contra el neoliberalismo en Argentina. Protagonizado por varios sectores -principalmente de trabajadores/as estatales-, el chubutazo articuló el descontento social ante la crisis con el rechazo a un programa de reducción del gasto fiscal impulsado por el gobierno. El entonces

intervención en tanto funcionario provincial y empresario. A fines de la década de 1950, la UIA fue un organismo que se posicionó en contra de las políticas de promoción industrial en la región patagónica de parte del Estado, en una clara confrontación con empresarios nucleados en la Unión Industrial Patagónica (UIP), beneficiados por las medidas de dicha promoción. Sobre las disputas políticas y judiciales entre ambos sectores y las implicancias sociales de las mismas, ver: Pérez Álvarez (2017)

governador Nestor Perl,¹² se vio forzado a renunciar debido a la presión social y en su lugar asumió el vice-governador Fernando Cosentino hasta finalizar el mandato (Gatica, López, Monedero y Pérez Álvarez, 2005:67). Las trabajadoras y trabajadores textiles durante este proceso generaron conflictos, pero los mismos no se acoplaron a los acontecimientos del chubutazo, en los que predominó la movilización de docentes y trabajadores/as estatales en general (Pérez Álvarez, 2013: 195).

Sin embargo, es posible que este proceso haya permeado las experiencias de los trabajadores y trabajadoras textiles, ya que durante el proceso de lucha de MATEPA y Confecciones Patagónicas, se evidenció la práctica asamblearia (aunque ésta siempre controlada por las dirigencias sindicales) y el conocimiento de las lógicas tanto de los sectores empresarios como del ámbito político local. Aquí además podemos situar las trayectorias de las trabajadoras de Confecciones, quienes se habían desempeñado en otras fábricas textiles y en función de ello se puede inferir que habían acumulado conocimientos, pero también las de los trabajadores de MATEPA y los representantes de AOT y SETIA, habituados a realizar negociaciones con el gobierno y las patronales, desde los inicios de la crisis en el PIT.

Ahora bien, en forma casi simultánea a la realización de la manifestación en el municipio de Trelew, el ministro Soriano informó mediante la prensa sobre la convocatoria a una reunión con la empresaria Analía Inocenti para solicitarle documentación y explicaciones respecto de la situación de MATEPA, incluyendo su venta. En esta instancia, también participarían la Secretaría de Industria, integrantes del Comité Ejecutivo del Fondo Financiero Permanente, asesores legales y representantes de los sindicatos AOT y el Sindicato de Empleados Textiles de la Industria y Afines (SETIA). Este último, es el sindicato que agrupa al personal técnico y jerárquico de las empresas textiles (a diferencia de la AOT, que nuclea a los operarios y operarias). Como entidad gremial encabezó junto a la AOT las gestiones con el gobierno provincial por la prórroga de la promoción industrial desde principios de los años noventa, planteando una línea de conciliación con sectores empresariales para reactivar el PIT.

A su vez, tuvo un rol importante en el conflicto de MATEPA y Confecciones Patagónicas por varios motivos: el primero, tiene que ver con la disposición de su sede gremial para la realización de asambleas a las y los trabajadores. El segundo motivo es

¹² Miembro del Partido Justicialista, ocupaba el cargo de gobernador desde 1987

que Juan Paris, su secretario general, también era representante de la CGT regional (al igual que Sergio Cardoso por la AOT), central que luego ofreció representación a las trabajadoras de Confecciones Patagónicas por “no tener gremio”. Mientras que un tercer motivo radica en que, asociado con MATEPA, este sindicato junto a la AOT había impulsado la constitución de ese taller bajo el formato de cooperativa (Gutiérrez, 2013).

Luego del encuentro antes mencionado, la empresaria Analía Inocenti se reunió particularmente con alrededor de 60 obreros y obreras de MATEPA y Confecciones Patagónicas en la sede de la AOT. Allí le expresaron reclamos y duras críticas, en un encuentro signado por la tensión y el descontento, que tuvo como resultado una nueva promesa: el pago de los aguinaldos adeudados a las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, la cual no se concretaría.

El 19 de enero los obreros y obreras realizaron una asamblea en la que definieron convocar a una nueva movilización y nombraron una comisión compuesta por representantes de ambas fábricas, los delegados de MATEPA y dirigentes sindicales, para reunirse posteriormente con el intendente de Trelew.

Tres días después, los obreros de MATEPA y las obreras de Confecciones Patagónicas, junto a dirigentes de SETIA y AOT, lograron ser recibidos/as por el gobernador Maestro en el municipio de Trelew, para tener una reunión en la que solicitaron una fuente de trabajo alternativa para las personas despedidas.

Previo al encuentro se habían movilizadopor las calles de Trelew, realizando la quema simbólica de un féretro y una muñeca de papel que representaban respectivamente a MATEPA y a Analía Inocenti, acompañado de una persona vestida de negro con la inscripción “FFP”, representando a la muerte. Impulsado por los trabajadores de MATEPA, este acto buscó visibilizar el conflicto entre el resto de la sociedad y de tal manera, imprimir una mayor presión a los funcionarios que participarían en la reunión posterior. No parece casual además, que se haya centrado en la figura de una empresaria mujer, y resulta llamativo que más de un mes después del hecho las obreras de Confecciones Patagónicas se desligaran expresamente del mismo, aduciendo que ellas sólo habían acompañado la movilización y responsabilizando de la quema puntualmente al delegado de MATEPA Sergio Cárdenas (*El Chubut*, 25/02/97). Las imágenes publicadas por la prensa local de esta movilización, de las reuniones y asambleas conjuntas demuestran que las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y los trabajadores de MATEPA tuvieron niveles de unidad en la acción en estos momentos

iniciales, aunque esta alianza se iría resquebrajando durante el decurso del conflicto.

Ya para ese momento se comenzaba a barajar la posibilidad de que el gobierno provincial comprara prendas a la empresa, con el objetivo de utilizar ese dinero para el pago de las indemnizaciones. Esa resolución, concretada muchos meses después de iniciado el conflicto, permitió que los trabajadores y las trabajadoras cobraran una parte del monto adeudado por la empresa.

El gobernador Maestro en esa instancia reconoció que: “la situación central por la cual MATEPA está mal; es porque no puede vender su producción” y que, en ese contexto, estaba dispuesto a “hacer un esfuerzo”, “dentro de parámetros lógicos” para solucionar la situación, pero se debía contar además con “buena voluntad” de parte de la empresa (*Jornada*, 23/01/97).

El 17 de febrero las obreras de Confecciones Patagónicas tomaron la planta de MATEPA, en reclamo por el pago de sus indemnizaciones y sueldos adeudados, y por una salida laboral alternativa. También exigieron nuevamente la presencia del gobernador Carlos Maestro y del ministro de Gobierno, Trabajo y Justicia, José Luis Lizurume.

Los principales dirigentes de la CGT regional asumieron la representación sindical de las trabajadoras ante la empresa, debido a que como ellas no contaban con un contrato formal de trabajo, la AOT se negaba a representarlas. En esa instancia, Sergio Cardoso declaró ante este diario local que en tanto dirigente de la AOT continuaría bregando por el cobro de las indemnizaciones de los trabajadores de MATEPA, mientras que en su carácter de Secretario Gremial de la CGT, asumiría la representación de “trabajadores que no tienen gremio” (*El Chubut*, 19/02/97). No resulta claro por qué las trabajadoras de Confecciones Patagónicas no estaban sindicalizadas, aunque es posible que su afiliación a la AOT implicara una superposición de roles en tanto parte empleadora (recordemos que el taller Confecciones Patagónicas tenía como “socios” de MATEPA a representantes de SETIA y AOT) y parte gremial.

Desde este momento inicial en adelante, la relación de las trabajadoras con el sindicato fue compleja y estuvo marcada por las tensiones existentes en el interior de su conducción. Estas tensiones existían previamente, pero se profundizaron a partir de la toma de MATEPA, hecho que dividió al sindicato, entre quienes la apoyaban -al menos discursivamente- y quienes no. En este sentido, la situación de la AOT durante los años

noventa forma parte del entramado en el que se sitúan las experiencias de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, en la medida en que sus acciones influyeron a la vez que estuvieron atravesadas por las disputas suscitadas en el plano gremial.

2.1 Mujeres y sindicato: ¿un matrimonio “mal avenida”?

Como mencionamos en el apartado anterior, los trabajadores y trabajadoras textiles del PIT se nuclean en dos sindicatos: el personal técnico y jerárquico afiliado a SETIA; y el personal operativo afiliado a la AOT.¹³ Ambas entidades apoyaron el régimen de promoción industrial y ante la crisis en el PIT durante los años '90, plantearon como una de sus principales vías de acción la unidad con sectores empresarios para reclamar la continuidad de la promoción, promoviendo mesas de concertación y “treguas sociales”, o circunscribiendo los reclamos obreros al pago de las indemnizaciones, en lo posible, a través de vías “legales” (Pérez Álvarez, 2013; Gatica, 2000). A su vez, es necesario mencionar que responden al modelo clásico de estructura sindical argentina, con dirigencias sumamente centralizadas -y podríamos añadir patriarcales- caracterizadas por priorizar la supuesta “comunidad” de intereses con las patronales y limitar las iniciativas de los trabajadores y trabajadoras al mínimo posible, buscando direccionar los reclamos por vías institucionales (Pérez Álvarez, 2013: 291).

Estas características moldearon la intervención sindical en el PIT y en particular en el conflicto de MATEPA. Debido a la importancia de la actuación de la AOT en esta huelga, el análisis se detendrá en la dinámica interna de este sindicato. Según el trabajo de Manuel Gutiérrez (2013), desde principios de la década de 1990 la AOT a nivel nacional se encontraba atravesada por una disputa entre dos líneas, una oficialista encabezada por su Secretario General, Pedro Goyeneche, y otra opositora liderada por José Luis Pirraglia, entre las cuales la discusión pasaba por el alineamiento con el gobierno de Menem.

En Trelew, el Consejo Directivo local respondía verticalmente a la conducción

¹³ Cabe mencionar que en el caso de las costureras, durante los años '60 y '70, habían estado afiliadas a la Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido y Afines (FONIVA). No existe información en nuestras fuentes sobre esta entidad gremial, que aparece en la investigación realizada por Mónica Gatica (2000) sobre las trabajadoras de Inteco S.A. Estas obreras eran afiliadas de FONIVA, pero no contamos con más datos acerca de hasta cuándo funcionó este sindicato, si nucleaba a trabajadoras de otras fábricas y si es que continuó existiendo en Chubut en los años posteriores al cierre de Inteco S.A.

nacional de Goyeneche, la cual era afín al proyecto político menemista. Durante los años '90 esta seccional fue intervenida en tres oportunidades, hasta las elecciones realizadas en 1998.

Al explicar estas intervenciones, Gutiérrez señala que la metodología utilizada consistía en suspender las elecciones y prorrogar los mandatos de las conducciones afines a la línea oficialista nacional con el objetivo de conservar las distintas seccionales ante la posibilidad de perder las elecciones frente a agrupaciones opositoras. Una vez extendidos los mandatos, los miembros de esas conducciones locales renunciaban a la mayoría de los cargos dando lugar a la intervención.

La primera intervención, ocurrida en 1992, se produjo de esa manera puesto que se suspendió el proceso electoral previsto para septiembre de ese año y se prorrogó el mandato de los dirigentes oficialistas que se desempeñaban hasta el momento. En dichas elecciones se habían conformado tres listas, la oficialista "15 de Mayo", alineada con la lista de Goyeneche; "Unidad y Lucha", alineada con la lista opositora de Pirraglia y "Honestidad y Trabajo", que no apoyaba a ninguna lista nacional. Ante la denuncia de irregularidades efectuada por la lista "Unidad y Lucha" en el Ministerio de Trabajo, las elecciones fueron suspendidas a nivel local (no así en las elecciones nacionales, que en esta región dieron como resultado el triunfo de la lista opositora de Pirraglia).

Debido a tal suspensión, el mandato de la conducción saliente fue extendido y, a principios de 1993 los integrantes de la misma presentaron su renuncia designándose a un delegado normalizador, Miguel Llouful. Ese mismo año se realizó una reforma en el estatuto sindical que estableció el voto indirecto a través de los delegados de fábrica, y que, puesta en vigencia en una nueva elección realizada en 1994, dio como resultado el triunfo de la lista encabezada por Miguel Llouful como candidato a Secretario General.

Llouful ejerció este cargo hasta 1996, año en el que el Consejo Directivo Nacional dictó una nueva intervención conformada por distintos sectores, designando como autoridades a Sergio Cardoso (integrante de una agrupación denominada "1° de mayo", que había apoyado al sector oficialista en las elecciones fallidas de 1992), Abel Briones (integrante de la lista opositora a Louful en las elecciones de 1994) y Roberto Jiménez (referente local de la lista opositora nacional encabezada por Pirraglia).

En 1997 se realizó la tercera intervención de la AOT. La misma estuvo vinculada con el conflicto de MATEPA y Confecciones Patagónicas, ya que éste profundizó las disputas dentro del sindicato entre sectores que acompañaban a la conducción nacional

y los opositores.

Si bien las trabajadoras de Confecciones Patagónicas no contaban con el apoyo de la AOT, Sergio Cardoso, en referencia al conflicto de MATEPA señaló ante la prensa que el gobierno provincial debía hacerse responsable y que desde el sindicato proponía continuar el diálogo con la empresaria Inocenti a fin de que se concretara el pago de las indemnizaciones (*Jornada*, 19/02/97).

Este acercamiento de parte de Cardoso (quien ya lo había hecho en nombre de la CGT) hacia las trabajadoras hizo que fuera acusado por los trabajadores de MATEPA de incentivar la toma de la fábrica y perjudicarlos en sus negociaciones, ya que, según su mirada, lejos de ser una decisión legítima de parte de ellas, constituía una “maniobra” para imposibilitar el acuerdo con la patronal.

Como se analizará en el capítulo siguiente, el carácter de género fue un elemento disruptivo que definió a este conflicto. Es preciso preguntarse, en tal sentido, por qué este grupo de mujeres fue señalado como instrumento de una maniobra, a quiénes se creía que la misma beneficiaba y con qué objetivos supuestamente se realizaba.

A raíz de esta discusión, el 20 de febrero (tres días posteriores a iniciada la toma de la fábrica) los obreros despedidos de MATEPA tomaron la sede de AOT y desalojaron a Sergio Cardoso por acusarlo de ser responsable de la ocupación de MATEPA.

La toma de la AOT duró casi un mes, hasta que Vicente Raudino, representante de la conducción nacional del sindicato viajó hacia la delegación de Trelew y comenzó un nuevo proceso de normalización que se cerró casi un año después, con las elecciones realizadas en enero de 1998 en las que triunfó una lista de oposición a la comisión normalizadora de Cardoso, Briones y Jiménez. Este agrupamiento no apoyaba en sus inicios a ninguna facción nacional, pero luego se alineó con la conducción de Goyeneche y continuó hasta la actualidad al frente del gremio. Compuesto en su totalidad por varones, el espacio estaba integrado entre otros por Sergio Cárdenas, delegado de MATEPA, quien accedió en ese momento al cargo de Secretario Gremial.

La composición de género de este sindicato es también un aspecto a tener en cuenta. Se trata de una asociación gremial que representaba durante el momento del conflicto, a 1800 trabajadores y trabajadoras textiles de Trelew, Puerto Madryn, Esquel, Gaiman y Dolavon. De las dos listas que participaron en las elecciones de 1998, sólo una de ellas incluía a dos mujeres, pero no en los principales cargos (*El Chubut*,

28/01/97).

Esto no quiere decir que la presencia de mujeres en cargos de dirección gremial podría necesariamente cambiar el rumbo de sus políticas, o que automáticamente incorporarían, una perspectiva antipatriarcal; sin embargo, su ausencia en estos espacios sí nos permite interrogar, por un lado, sobre sus niveles de participación y, por el otro, acerca de las posibilidades reales de acceso existentes para ellas a estas instancias históricamente vedadas a la participación femenina.

Excluidas de la participación gremial, más allá de las primeras asambleas en las que habían podido intervenir, y enfrentadas a los delegados de MATEPA, las trabajadoras de Confecciones Patagónicas decidieron continuar sosteniendo la toma hasta que se diera una respuesta a sus reclamos. Una de las mujeres que participó, Rosa Carrasco, declaró lo siguiente: “nos quedaremos aquí hasta que paguen y que haya novedades respecto de las fuentes de trabajo que ofreció el gobernador Carlos Maestro”; “vamos a mantenernos acá hasta las últimas consecuencias y nos jugaremos el todo por el todo” (*Jornada*, 18/02/97).

¿Qué significado tenía esta afirmación para este grupo de mujeres? Una interpretación posible es que, habiendo perdido su fuente de trabajo y en muchos casos de sustento de sus familias, consideraban que no tenían más nada que perder y estaban dispuestas a desafiar todos los obstáculos que tenían por delante, entre ellos, la mirada de los dirigentes sindicales, de los trabajadores varones que se oponían y de la patronal, que las había denunciado ante la justicia por “usurpación”.

Frente a la sospecha de que las máquinas con las que ellas trabajaban a diario se encontraban en la planta de MATEPA y con el temor de que las mismas fueran trasladadas hacia otra provincia, las trabajadoras de Confecciones Patagónicas se presentaron en el lugar de la fábrica, lugar en el que decidieron realizar la toma, para cobrar las indemnizaciones que les correspondían y custodiar sus elementos de trabajo.

La toma comenzó con efectivos policiales custodiando las instalaciones de la planta, sin baños ni calefacción y con una sola garrafa de gas (*Jornada* 19/02/97). Esos primeros días y durante todo el tiempo que permanecieron en la fábrica, lograron sostener la medida a partir de una comisión encargada de recorrer negocios e instituciones para solicitar donaciones. Entre las integrantes de esa comisión se encontraba Liliana, una mujer nacida en la localidad de Gaiman y residente desde hace más de 30 años en Trelew, ciudad en la que formó su familia y desarrolló su oficio de

costurera. Según nos comentó en una entrevista: “(...) Para sostener a las familias que quedaron sin nada nos empezamos a dirigir a los supermercados. Después logramos conseguir subsidios. El último subsidio que conseguimos fue a fin de año, justo antes de que cobráramos lo que nos correspondía”.¹⁴ En esta tarea es posible observar la iniciativa de estas mujeres, quienes buscaron generar lazos con la comunidad, lo que les permitió sostener la toma durante el tiempo en el que lo hicieron.

3. Entrelazando historias

El análisis de los procesos de lucha en los que las mujeres tuvieron protagonismo viene de la mano de la indagación acerca del vínculo históricamente construido entre mujeres y trabajo, el cual, más allá de la posición de las mismas frente a los medios de producción, se ha configurado de un modo específico que tiene que ver con las relaciones de género y los roles asociados a varones y mujeres.

En relación al ámbito de las fábricas, la incorporación de las mujeres al trabajo industrial se produjo a lo largo del siglo XX, siendo predominante su presencia en las ramas textil y de producción de alimentos principalmente, y en áreas de servicios con tareas consideradas poco calificadas, como el servicio doméstico (Lobato, 2007:58).

Como ya hemos citado en la introducción de este trabajo, según Mirta Lobato durante la primera mitad del siglo XX la industria textil fue una de las ramas que más creció e incorporó a la mayor parte de la población asalariada femenina, aunque con una clara división del trabajo, siendo las mujeres mayoritariamente ocupadas en la confección de prendas femeninas, lencería, corsetería y casas de modas (Lobato, 2007:54). En su estudio, también indaga acerca de la construcción histórica de un “lenguaje laboral generizado” que, en la larga duración, consolidó la subordinación femenina en el ámbito fabril y fuera de éste, a partir de la escasa valoración del trabajo de las mujeres y de las aptitudes a ellas asociadas, mediante la calificación del mismo como “auxiliar” o “complementario” respecto del trabajo masculino y como secundario frente a la maternidad y el trabajo doméstico (Lobato, 2000; 2007).

Esta noción de “complementariedad”, junto a las de “naturalización” (es decir, la atribución de tareas diferenciales para mujeres y varones de acuerdo a las habilidades “naturales” de unas y otros) y “participación y representación subordinada”, imprimieron al trabajo femenino un carácter inferior, en oposición al trabajo principal

¹⁴ Entrevista realizada por la autora a Liliana Lagos, Trelew, 12/05/2017

de los varones, en la medida en que, desde fines del siglo XIX y principios del XX, “(...) se delinearon los ideales de domesticidad femenina y de producción y poder masculino”, los cuales se aplicaron a los espacios de trabajo, como a todos los otros ámbitos de la vida social (Lobato, 2007:325-326).

Durante las décadas siguientes la proporción de trabajo femenino fue aumentando, sin embargo, eso no implicó una modificación en su carácter subordinado en el largo plazo. Según Silva Pelossi (2006), a diferencia de los varones, la participación económica de las mujeres se encuentra en mayor medida condicionada por otros factores, como la edad, el estado civil, cantidad de hijos/as, etc. A pesar de ello, la proporción femenina en la PEA se fue incrementando en 1947 y lo hizo de forma más abrupta a partir de 1960, pasando de un 20% en 1947 a un 24% en 1960, a un 25% en 1970, a un 27% en 1980 y a un 31,9% en 1997 (Silva Pelossi, 2006: 23-28).

La autora además señala que, desde 1980 en adelante, el ascenso de la PEA femenina estuvo marcado por el ingreso masivo de mujeres de “sectores populares” al mercado laboral, mientras que la PEA masculina se mantuvo estable y hasta descendió mínimamente entre 1980 y 1997. Esto no quiere decir que la desocupación durante los años noventa no haya perjudicado a la población femenina, sino que ésta se vio afectada de modo diferente por el aumento en la oferta más que por la disminución de la demanda de fuerza de trabajo. En cuanto a la subocupación, éste fue un factor que atravesó mayormente a las mujeres, quienes durante las últimas décadas tuvieron mayor presencia en puestos de trabajo precarizados o no registrados, en áreas de servicios (principalmente servicio doméstico) o industrias dedicadas a alimentos, bebidas y tabaco, o textiles, confecciones y calzado (Alías Lahittette, 2006:35). Es decir, que el aumento de la actividad laboral femenina desde las décadas de 1980 y 1990 estuvo asociada a puestos de trabajo informales y, “(...) frente al escenario del presente histórico, caracterizado por crisis “productivas” cíclicas y el aumento del desempleo consiguiente, las trabajadoras debieron *malvender su fuerza laboral en el mercado*, compitiendo con la población activa del género masculino” (Halperin Weisburd, 2009:64).

Otro señalamiento importante es que la mayor desocupación se extendió entre las mujeres durante los ciclos de crecimiento económico-productivo, mientras que, en las instancias de gran recesión, aumentó la eliminación de puestos de trabajo en sectores y ramas de actividad económica con mayor inserción ocupacional masculina -es decir, en

los sectores productivos industriales- (Halperin Weisburd, 2009: 31). En este sentido, “...la crisis reforzó los rasgos de largo plazo del mercado de trabajo femenino” (Silva Pelossi, 2006: 59), en la medida en que aumentó la restricción en el acceso a mejores puestos de trabajo para las mujeres con menores ingresos. En este contexto, se produjo un aumento en la actividad extradoméstica de estas mujeres, pero bajo peores condiciones, en un mercado laboral flexibilizado por las políticas neoliberales y sosteniendo una “(...) matriz de segmentación ocupacional que confina masivamente a las mujeres a empleos inferiormente valorizados socioeconómicamente” (Halperin Weisburd, 2009: 41).

En el contexto de crisis de los años noventa, las mujeres que se insertaron en el mercado de trabajo, lo hicieron en un claro retroceso de la disponibilidad y de las condiciones laborales. En este proceso y ante la pérdida de derechos marcada por la retracción de la economía y las políticas neoliberales, fueron las mujeres de la clase trabajadora quienes además tuvieron una participación relevante en las expresiones de resistencia durante esos años.

Relegadas en los ámbitos de trabajo y de representación sindical, las mujeres sin embargo protagonizaron procesos de lucha en los cuales intervinieron en favor de sus derechos y en tanto garantes de la supervivencia de sus familias. La construcción histórica de un “lenguaje laboral generizado” que las asocia principalmente al ámbito doméstico y a las tareas de cuidados (independientemente de si fueran o no trabajadoras asalariadas), operó en este sentido como eje aglutinante en tanto configuró las experiencias de clase de estas mujeres. Ellas, en diferentes instancias, validaron sus intervenciones en el espacio público al referenciarse y auto-reconocerse como madres que luchaban para sustentar sus hogares y cumplir con las tareas que la sociedad esperaba de sí mismas.

Si bien en múltiples instancias las mujeres partieron de aceptar los roles de género tradicionalmente a ellas asignados, las acciones que llevaron a cabo para defender sus hogares fortalecieron su presencia en el ámbito público, en espacios socialmente vedados a la presencia femenina. En este sentido, como afirma Andrea Andújar,

Así y en tanto el género ha naturalizado el rol de garantes de la reproducción de la comunidad como interés central de la existencia femenina, las demandas sociales y políticas engarzadas con el cumplimiento efectivo de ese rol en este contexto de desarticulación social, se volvieron confrontaciones donde la presencia femenina adquirió un protagonismo disruptivo y conmovedor del orden social vigente (...) (Andújar, 2014:116)

De este modo, la articulación de escenarios de lucha que tuvieron como protagonistas a las mujeres en diferentes latitudes forma parte del análisis propuesto por este apartado, en el cual se busca entrelazar algunas de sus experiencias con la de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, cuyas acciones estuvieron situadas en un contexto de movilización que tuvo una importante presencia e intervención femenina.

Así, es posible pensar la conexión con otro tipo de procesos que involucraron a las mujeres durante la década de 1990 y principios de los años 2000. Uno de ellos tiene que ver con la toma y recuperación de la fábrica textil Brukman por parte de las obreras que allí trabajaban, en un proceso que si bien posterior, guarda coincidencias con el de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas. Por otra parte, se abordarán las protestas de las mujeres nucleadas en el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha y de las mujeres piqueteras en Neuquén y Salta.

Comenzaremos con las trabajadoras de la fábrica textil Brukman. Ubicada en Capital Federal, esta empresa de confección de trajes tenía más de 50 años de existencia cuando, al promediar los años noventa comenzó a reducir los salarios y los beneficios sociales hasta que cerró sus puertas a fines del año 2001 en pleno auge de la conflictividad social en todo el país. Ante tal situación, las trabajadoras de Brukman tomaron la fábrica, reactivaron la producción y comenzaron a transitar una experiencia de recuperación bajo gestión obrera. En abril de 2003 fueron reprimidas y desalojadas de sus instalaciones, hecho que despertó un repudio masivo y la solidaridad de diversos sectores que acompañaron su lucha, hasta que a fines de ese mismo año lograron su expropiación legal y paso a las trabajadoras. El apoyo de sectores ligados al arte y la cultura hizo que la lucha de estas trabajadoras cobrara visibilidad a nivel nacional, manifestándose en contra de la represión estatal y, como afirma Silvia Elizalde (2006), evidenciando el carácter capitalista y androcéntrico de la división sexual del trabajo. Este conflicto además, según esta autora se constituyó como una disputa política en contra de la exclusión, “por el derecho a trabajar” y que articuló política e históricamente la condición de clase y de género (Elizalde, 2006: 164).

Desarrollada con posterioridad, la experiencia de lucha de las trabajadoras de Brukman es la única que encontramos en este período que haya sido protagonizada por mujeres, que particularmente fueran costureras y que las mismas llevaran a cabo la toma de una fábrica, rasgos que también comparte con las trabajadoras de Confecciones

Patagónicas.

En otro orden, situamos las protestas llevadas a cabo por el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MMAL), una agrupación que, nacida en 1995 en La Pampa se organizó para impedir remates de los campos de pequeñas y medianas productoras y productores rurales por deudas bancarias, en el marco de concentración de la propiedad rural que tuvo lugar durante las últimas décadas.¹⁵

A partir de la indagación acerca de por qué fueron las mujeres quienes tomaron la iniciativa en esta lucha, Karina Felitti plantea como una posible clave interpretativa la noción de “conciencia femenina” formulada por Temma Kaplan. En este sentido, “(...) la modalidad de lucha tenía que ver con una construcción de género; peleaban como mujeres dando un nuevo significado a los atributos que el patriarcado les había asignado, transformando su “pasividad” en ágil respuesta” (Felitti, 1999: 4).

Según esta mirada, al aceptar la división sexual del trabajo, las mujeres con conciencia femenina exigen los derechos negados cuando no logran disponer de los medios para conservar la vida. En ese punto, las acciones desarrolladas por esas mujeres son centrales en la medida que “politizan las redes de relaciones de la vida cotidiana” (Kaplan, 1990).

En ambos casos, su forma de justificar y dar sentido a sus luchas tenía que ver con su condición de madres y de garantes de los cuidados para sus familias y comunidades. Desde una mirada reduccionista se podría pensar que se trataba de mujeres que simplemente “reproducían” los roles tradicionales que las situaban como madres, esposas y cuidadoras, entre quienes pesaba más la condición de clase que la de género, tal como propone Roxana Telechea (2009). Sin embargo, desde otra perspectiva es posible problematizar los lugares y los sentidos por los cuales las mujeres desarrollaron determinadas prácticas, por qué se organizaron de determinadas formas y cómo resignificaron aquellos roles tradicionales a ellas asignados.

Por otro lado, en el desarrollo de la conciencia femenina también opera la “politización de la maternidad”, para transformar el rol de madres en una herramienta de lucha, en tanto permite rebasar los límites de la domesticidad para posicionar a las

¹⁵ La primera reunión en La Pampa fue realizada en mayo de 1995 y en septiembre de ese mismo año se realizó la primera asamblea nacional en la que se decidió el nombre de la organización y se designó como presidenta a Lucy de Cornelis, una agricultora de la localidad de Winifreda. En 1996 se constituyó una delegación en Buenos Aires, y el 1998 otra en Neuquén y Río Negro. Para profundizar sobre este tema, ver: Felitti (1999); Giarraca (2001); Bidaseca (2004), Telechea (2009).

mujeres de manera disruptiva en el ámbito público (Felitti, 1999; Andújar, 2014). Este es un concepto a su vez articulador con las experiencias de las mujeres piqueteras en Neuquén y Salta, quienes se formaron políticamente, desarrollaron formas de organización y de lucha, además de adquirir y hacer valer conocimientos y trayectorias particulares en situaciones de confrontación durante la segunda mitad de la década de 1990. Al analizar las experiencias de estos colectivos de mujeres y sus formas de intervención, Andrea Andújar las comprende en esta clave atendiendo a que las demandas encarnadas por las mujeres relacionadas con el cumplimiento de su rol de garantes de la reproducción, otorgaron el puntapié para que su presencia en las rutas y otros espacios públicos fuera disruptiva respecto a las actitudes esperables de parte de las mujeres y al orden social vigente en general.

Con diferentes metodologías, provenientes de diferentes fracciones de la clase trabajadora, las agricultoras y pequeñas propietarias que conformaron el MMAL, las mujeres piqueteras de Neuquén y Salta y las trabajadoras de Confecciones Patagónicas tuvieron un sustrato común en sus luchas: en pos de defender los derechos asociados a sus roles de madres y cuidadoras, desplegaron métodos de protesta y comportamientos que, en sus formas no eran socialmente esperables de ellas, pero sí en su contenido. Mientras que con un desenlace distinto, las trabajadoras de Brukman una huelga similar en la medida en que procuraron defender sus fuentes de trabajo, impugnando en el camino la lógica patriarcal de las relaciones laborales y cuestionando atribuciones a ellas asignadas por su género.

Las trabajadoras de Confecciones Patagónicas entonces, protagonizaron una protesta que fue parte de un entramado de conflictos donde la presencia femenina fue nodal y en los que se pusieron en escena diversas formas de lucha que comprendieron piquetes, huelgas, ollas populares, asambleas, “tractorazos” y manifestaciones callejeras. A su vez, como en esas otras latitudes, Trelew fue parte de este contexto de movilización social que incluyó la toma de MATEPA y sobre el cual abordará el siguiente apartado.

4. “Trelew, un pueblo que lucha...”

Hacia 1997, se desarrollaron distintas movilizaciones y procesos de lucha que se enmarcaron en un contexto de resistencia al neoliberalismo. Un proceso de movilización importante a nivel nacional fue el desarrollado en la provincia de Neuquén, al que

pensamos en diálogo con la experiencia de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas en lo que respecta a la intervención de las mujeres. Pero este diálogo también puede ubicarse en la repercusión social y política que tuvieron las manifestaciones y la represión en esa provincia en todo el país, puntualmente en relación al asesinato de Teresa Rodríguez en Neuquén en abril de 1997, que desencadenó un repudio masivo. Puntualmente en Trelew, diferentes agrupaciones, partidos políticos y sindicatos declararon públicamente este rechazo a la represión y convocaron a una movilización de solidaridad en la que participaron alrededor de 1700 personas (*Jornada, 15/04/97*).

La marcha realizada el 14 de abril recorrió las calles céntricas de la ciudad, e incluyó un acto en el que se leyó un comunicado de repudio a la represión y la solidaridad con los trabajadores y trabajadoras de Neuquén, remarcando que la crisis económica y social, el hambre y la desesperación continuaban extendiéndose en todo el territorio nacional. Según se mencionaba, “no es posible ni serio alardear de una provincia exitosa (...). Aunque la propaganda oficial quiera pintar otra situación, estamos mucho más cerca del Neuquén que los kilómetros que nos separan” (*Jornada, 15/04/97*).

En una concentración masiva para la ciudad de Trelew, el repudio a la represión de las fuerzas de seguridad neuquinas fue el tema central, sin embargo, un eje importante también fue la denuncia respecto de la situación en Chubut. Esta “cercanía”, se asociaba a la situación compleja que se desprendía de la pérdida de fuentes de trabajo y de la prosperidad que en tiempos anteriores se había generado alrededor de YPF y el PIT. A su vez, otro rasgo para pensar esta proximidad, tiene que ver con la presencia y visibilidad de las mujeres en los procesos de lucha y resistencia durante estos años de crisis, evidenciando la relevancia de la intervención femenina en los espacios de organización colectiva, al frente de diversos reclamos.

Por otro lado, durante el resto del año en el que se desarrolló la toma de MATEPA, existieron otras instancias en las que las mujeres intervinieron en el ámbito público en Trelew. A principios de junio, docentes de la ciudad realizaron ayunos y movilizaciones en reclamo por la Ley de Financiamiento Educativo, en el marco de planes de lucha impulsados a nivel nacional.

Por otro lado, las primeras manifestaciones de un movimiento piquetero que comenzaba a organizarse también tuvieron lugar en estos momentos, y el 8 de junio se

realizó un corte de ruta, en el que participaron personas desocupadas de diferentes barrios de Trelew, cortando la ruta 3, en reclamo de fuentes de trabajo estables y no soluciones consideradas parciales e insuficientes, como las bolsas de alimentos y los planes sociales.

Y fue la de una mujer una de las voces que se oyó y plasmó en declaraciones ante la prensa, Yolanda Huenequeo, quien se encontraba cortando la ruta junto a su marido, afirmó que vivían de “changas y eso no es trabajo. Trabajo significa empleo digno y que a fin de mes se cobre un sueldo y salario familiar” (*Jornada*, 10/06/97).

Las mujeres, como señalamos anteriormente, no sólo formaban parte sino que protagonizaron estos conflictos, como trabajadoras organizadas, desocupadas o “vecinas”, garantes de la satisfacción de las necesidades de sus familias y hogares.

Tal es el caso, por ejemplo, de un grupo de mujeres residentes del barrio Inta de Trelew, quienes el 14 de junio tomaron la municipalidad en reclamo de inmediata ayuda social por la situación que estaban viviendo tras un fuerte temporal de lluvia, que había provocado inundaciones e incluso que un gran número de familias tuvieran que ser evacuadas en distintos barrios de la ciudad.

Reclamaron que la ayuda de parte del municipio era sumamente escasa o inexistente, y se retiraron del lugar sólo cuando llegó un vehículo con elementos de primera necesidad y las transportó hacia sus domicilios (*Jornada*, 15/06/97). Reunidas por un reclamo particular en una situación de emergencia que requería la rápida intervención de parte del Estado, estas mujeres activaron redes de relaciones dentro de su barrio para exigir una inmediata solución, asumiendo de manera activa su responsabilidad de garantizar la supervivencia de sus familias.

Se trata de mujeres, que al igual que las trabajadoras de Confecciones Patagónicas vivenciaron la falta de recursos para sus familias, que enfrentaron dificultades similares y que ante ellas pusieron en práctica diferentes modos de organización para resolverlas. Mujeres que en los momentos de crisis buscaron alternativas para garantizar la subsistencia y que, si bien aceptaron el ideal de domesticidad social y culturalmente a ellas asignado, lo hicieron desde un lugar que cuestionó la pasividad asociada a las mujeres y trasvasaron la falsa separación entre lo público y lo privado, entre la casa y la fábrica.

Por otro lado, en un clima de descontento debido a la crisis económica y social, durante los años noventa se desarrollaron diversos conflictos y movilizaciones en todo

el país, con características y niveles de intensidad diferentes según las provincias en las que se desarrollaron. Como mencionamos en la introducción de este trabajo, desde el año 1990 en Chubut se desarrollaron movilizaciones que tuvieron el centro en la situación de los trabajadores y trabajadoras estatales, aunque también hubo conflictos en el ámbito privado.

En relación con los conflictos fabriles, desde fines de la década de 1980 y principios de 1990 el fin de la promoción industrial había causado que muchas empresas comenzaran a despedir parte de su personal, a agudizar la precarización laboral o directamente a cerrar sus puertas. En este contexto, los trabajadores y trabajadoras textiles llevaron a cabo medidas de lucha para resistir a la pérdida de sus fuentes de trabajo o para enfrentar la imposición de peores condiciones laborales y la reducción de sus salarios.

Estos procesos de lucha no tenían un marco de coordinación y, “(...) no se producían medidas colectivas contra la caída general que se registraba en el parque industrial, siendo cada grupo de obreros el que daba su “batalla” individual por sus puestos de trabajo” (Pérez Álvarez, 2013: 197). Las tomas de fábricas que se registran en este período se realizaron para frenar el cierre y vaciamiento y evitar que las patronales se llevaran las máquinas hacia otras provincias, o para cobrar las indemnizaciones y sueldos adeudados cuando el cierre ya era inevitable.

La toma y ocupación de MATEPA se sitúa en esta experiencia, pues el reclamo era por el pago de indemnizaciones y por una salida laboral alternativa enmarcada en la figura de una cooperativa. Lo que distingue a este proceso de lucha frente a otros similares anteriores es el hecho de que fuera protagonizado en su totalidad por mujeres y que las mismas fueran costureras, un trabajo poco visibilizado en las fábricas y en los conflictos. Además, fue una medida que no tuvo apoyo de los sindicatos textiles, por tratarse de trabajadoras no reconocidas por éstos y por quebrar la lógica de conciliación y de negociación que venían sosteniendo en los conflictos en general y en éste en particular, para el cual planteaban la asistencia a reuniones y mesas de diálogo con el gobierno provincial.

Los antecedentes más cercanos que podemos encontrar de la toma de MATEPA pueden verse en los procesos de otras fábricas, por ejemplo Modecraft-Arcoplus y Supersil, aunque existieron otros más, cuyo estudio en profundidad se puede encontrar en el trabajo de Gonzalo Pérez Álvarez (2013).

En el caso de Modecraft, se trata de una fábrica en la que los trabajadores y trabajadoras realizaron una toma en el año 1990, logrando impedir la suspensión de todo el personal y su potencial cierre. Posteriormente la empresa fue vendida y comenzó a denominarse Arcoplus, nombre con el cual continuó en funcionamiento hasta 1999. En 1994 los trabajadores y trabajadoras realizaron un paro por tiempo indeterminado en reclamo de un aumento salarial, pero años después finalmente la empresa cerró sus puertas y los obreros y obreras realizaron una segunda toma de la fábrica para reclamar sus salarios e indemnizaciones, ante la inevitable pérdida de sus empleos. Esta experiencia de lucha implicó una ruptura con la perspectiva sindical de conciliación y el intento de parte de un sector de trabajadores de plantear medidas de confrontación más directa con la patronal (Pérez Álvarez, 2013).

En cuanto a Supersil, se trata de un proceso similar al de MATEPA, que tuvo lugar un año antes. En 1996, a partir de la crisis de la empresa, los trabajadores generaron marchas, cortes de ruta y tomaron la fábrica, apoyando el reclamo de la patronal hacia el gobierno provincial por el otorgamiento de un crédito a la empresa. La toma de la fábrica tuvo como objetivo preservar las fuentes de trabajo, ante el temor de que los empresarios se llevaran las máquinas, algo que ya había ocurrido anteriormente en otras fábricas. Este proceso culminó cuando los obreros decidieron levantar la toma, a partir del acuerdo entre la AOT y el municipio para que éste último controlara que no sustrajeran las máquinas de la fábrica. De este modo el sindicato dirigiría la lucha hacia vías institucionales, proponiendo como vía de continuidad la presentación de demandas judiciales contra la empresa (Pérez Álvarez, 2013: 218-219).

Es posible situar en el conflicto de Supersil un antecedente directo de MATEPA, de acuerdo con la similitud de los métodos de lucha y las circunstancias que enfrentaron los trabajadores y trabajadoras. Pero, además, resulta significativo debido a que dos de las mujeres entrevistadas para esta investigación, Isabel y Carmen, vivenciaron también en el cierre de Supersil la pérdida de sus fuentes de trabajo. En su relato, ellas eran empleadas de FAINCO, un taller dependiente de dicha fábrica, el cual también dejó de funcionar en 1996 y a raíz de eso recuerdan que cada trabajador/a debió negociar individualmente su indemnización. Luego comenzaron a trabajar en Confecciones Patagónicas y en el momento de la toma de MATEPA, buscaron no repetir esta situación. Volveremos sobre este tema para analizar cómo las trabajadoras fueron construyendo su propia experiencia de clase en relación al conflicto y a la puesta en

permanente tensión de presupuestos en torno a los roles femeninos y masculinos y a la acción sindical.

De estas y otras “transgresiones” tratará el capítulo siguiente, en el cual se analizarán las acciones de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y sus vínculos de sociabilidad, sus nociones de derechos y los sentidos que desde sus subjetividades y corporalidades construyeron sobre la huelga.

Capítulo 2

Haciendo camino al andar: mujeres y experiencia obrera

Mientras las pantallas de muchos hogares reflejaban el clásico título de Crónica TV “Estalló el verano”, entrevistas con turistas en la “costa atlántica” (bonaerense), o “móviles” con algún personaje de moda, aquella temporada no significaba lo mismo para miles de trabajadoras y trabajadores en todo el país. Frente a la banalización mediática, el circo de los poderosos y de la farándula, otras realidades emergían para ganar las calles, las rutas, las fábricas.

Ese 17 de febrero un grupo de mujeres de Trelew se dirigió hacia el Parque Industrial de esta ciudad, en busca de una solución para sus reclamos. Con más dudas que certezas acerca de lo que les depararía el futuro, y luego de más de un mes de discusiones, las trabajadoras de Confecciones Patagónicas reunidas en asamblea decidieron tomar la planta de MATEPA.

Los detalles sobre lo sucedido aquel día varían según quién los recuerda, pero algo en común de las memorias de algunas de estas mujeres tiene que ver con la “espontaneidad” del hecho, “del momento”. Sin embargo, es posible inferir que, pese a ser calificada de esa manera, la decisión de la toma formó parte de un proceso de discusión que además implicó la autoorganización de las trabajadoras para sostenerla.

El reclamo concreto era por los salarios adeudados, las indemnizaciones por despidos y por una salida laboral alternativa. Pero esos reclamos por sí solos no explican ni la totalidad del conflicto ni la complejidad de las circunstancias en las que tuvo lugar. Es necesario indagar sobre los sentidos que tuvo y que tiene en la actualidad para quienes protagonizaron esta lucha: por qué lucharon, cómo se organizaron, por qué lo hicieron de ese modo, qué conclusiones extrajeron de esa experiencia pasada. A su vez, esos sentidos se vuelven inteligibles y se construyen a partir de la exploración sobre quiénes son las trabajadoras, las protagonistas de esta historia, sus trayectorias personales, laborales, políticas, familiares, sus vinculaciones sociales y sus inquietudes. De este abordaje se ocupará el presente capítulo, para lo cual se dividirá en tres apartados. El primero de ellos analiza aspectos biográficos de las mujeres entrevistadas, en función de aproximarnos a los vínculos de sociabilidad y las relaciones afectivas construidas alrededor de sus experiencias. Estos aspectos permiten comprender de qué modo esas trayectorias individuales se encontraron e interactuaron en el marco de lo

colectivo y qué importancia tuvieron en el sostenimiento de la toma, además de la construcción de vínculos político-afectivos.

El segundo apartado se encarga de analizar, por un lado, la relación entre las trabajadoras de Confecciones Patagónicas con el sindicato y los trabajadores de MATEPA alrededor del conflicto. Por el otro, se ocupa de reflexionar sobre las demandas específicas que llevaron a la huelga, en función de las nociones de derechos y los sentidos en torno al trabajo construidos por estas mujeres durante y después de la huelga.

Por último, el tercer apartado retoma la relación con los trabajadores de MATEPA y analiza la construcción de alianzas con otros actores que, a diferencia de éstos, apoyaron la huelga tal como quedó evidenciado en el acto del 1 de mayo realizado en la fábrica. Para ello enfoca su indagación en las formas de experimentar y recordar los hechos por parte de algunas de las y los protagonistas.

1. Dime con quién luchas y te diré quién eres: relaciones sociales y político-afectivas

Volvamos a la cita que precede a la introducción de este trabajo: las experiencias de las oprimidas y los oprimidos no duerme en las grandes enciclopedias, pues no transita por la “ancha avenida de la historia”. Revive en retazos, en recuerdos desordenados y habita los sótanos de las mansiones de la historia oficial, la de los ricos y los poderosos. Pero esa historia que no es lineal, que no luce el último grito de la moda, es aquella que interesa conocer y recuperar en este trabajo.

Aquella historia que habla e indaga sobre quienes suelen pronunciar la clásica pregunta: “¿por qué te interesa estudiar *este* tema?”, o el comentario: “yo en realidad no tengo mucho para contar”. Una historia que nos habla de las derrotas y de las victorias de quienes pasaron a *la* historia como los vencidos y las vencidas.

Conocer las experiencias de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas abreva en estos diálogos inconclusos y busca indagar en los senderos y caminos bifurcados o en los fragmentos de acciones colectivas a las que refiere la filósofa y militante feminista Alejandra Ciriza. Se trata entonces, de comprender el conflicto protagonizado por las mujeres entrevistadas no sólo a partir de los hechos, sino también de los vínculos generados entre ellas y sus distintos itinerarios biográficos, las formas en que vivenciaron el proceso de lucha y los significados que le otorgaron al mismo.

De este modo, se abordaron entrevistas con algunas de las trabajadoras que protagonizaron el conflicto de MATEPA-Confecciones Patagónicas a partir del interés no solamente sobre el devenir de dicho proceso de lucha, sino también sobre las historias personales de las entrevistadas, las trayectorias laborales y vínculos afectivos. Ellas tienen en común el hecho de haber sido trabajadoras textiles durante la mayor parte de sus vidas, aprendiendo el oficio de costureras durante su juventud y desempeñándose varios años en el mismo, pasando en ese trayecto por varias fábricas y talleres de esta rama. Parte de una clase obrera integrada en su mayoría por trabajadores y trabajadoras provenientes de otros lugares de Chubut, de otras provincias o países (Pérez Álvarez, 2013), estas mujeres experimentaron la época de prosperidad del Parque Industrial y la crisis que derivó en la pérdida de sus fuentes laborales. Ante tales circunstancias y priorizando la supervivencia de sus familias, decidieron emprender un proceso de lucha cuyo devenir era para ellas incierto.

Uno de los testimonios más extensos recogidos en este trabajo es el de Isabel Sosa. Oriunda del Dique Florentino Ameghino, vive desde muy pequeña en Trelew, ciudad en la que se casó y tuvo 4 hijos e hijas. Fue empleada administrativa en Modecraft y en FAINCO, donde luego comenzó a desempeñarse como trabajadora textil dedicada a la labor de confecciones por propia decisión, evaluando que de ese modo podía disponer de más tiempo para su familia. Allí conoció a Carmen, otra de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas con quien mantiene hasta la actualidad un vínculo de amistad, pues además de haber trabajado juntas son vecinas del mismo barrio.

Carmen Alvarado nació en Osorno, Chile, pero en el año 1963 se mudó a Argentina junto a su esposo y sus hijos mayores. Primero se estableció en Bariloche, ciudad en la que habitó durante 9 años hasta que se trasladó a Trelew, donde trabajó también en el rubro textil, siendo Inteco la primera fábrica en la que se desempeñó hasta el cierre de la misma. Luego de esa experiencia que recuerda como muy satisfactoria, trabajó en El Mundo del Pijama, en World Patagónica y en una cooperativa conformada luego del cierre de la fábrica Dos Muñecos. Durante un breve período fue empleada doméstica, hasta que por recomendación de una sobrina comenzó a trabajar en Confecciones Patagónicas. Posterior al cierre de este último taller y la toma de MATEPA, se unió a la cooperativa de trabajo que se conformó y funcionó en el edificio de Elastax en Rawson, hasta su cierre y disolución. Después de ello continuó trabajando

en otros talleres y de manera particular como costurera y cuidadora de pacientes hospitalarios en las noches.

En la actualidad se encuentra jubilada y recuerda su participación en la toma como un proceso de gran sacrificio en el cual sin embargo logró fortalecerse:

(...) teníamos coraje. Como ser yo crecí ahí, y ahí crié coraje. Vi la realidad de la mujer, y así luchamos todas. Yo con mi marido que estaba imposibilitado, tenía que trabajar, tenía a mi hija que estaba estudiando, los chicos más grandes que tenían su casa tampoco tenían trabajo, no podían ayudarnos. Era la realidad esa, no es como ahora, que todas tenemos un sueldo. Yo me jubilé con mi trabajo (Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15).

En este fragmento de su testimonio, además nos cuenta cómo fue ganando experiencia en un contexto adverso que la enfrentaba con la enfermedad de su esposo, la situación económica que también afectaba a sus hijos e hijas y la carencia de derechos laborales con los que, fruto de su lucha sí cuenta en la actualidad: el haberse podido jubilar como trabajadora textil y contar con un sueldo, es un logro obtenido que hoy le permite vivir mejor que en aquellos años. A su vez, en las circunstancias particulares que atravesó, reconoce una situación común, “la realidad de la mujer” ante la cual luchó junto a sus compañeras, criando como quien cría un hijo, su propio coraje.

A su vez, debemos situar en este proceso la amistad entre Carmen e Isabel como vínculo político-afectivo. Antes de la toma y más allá de la fábrica ellas tenían -y tienen hasta hoy- una relación de amistad vinculada al trabajo y al barrio, en el cual tuvieron un espacio de socialización y desarrollaron actividades relacionadas a su simpatía política con el Partido Justicialista, o en el caso de Carmen, a la iglesia mormona.

Esta relación es importante a la hora de comprender su participación en el conflicto, pues sortearon de manera conjunta las dificultades que conllevó para sus relaciones familiares y su estado de ánimo. Ambas, aún aceptando los roles asociados a la maternidad y el matrimonio para garantizar el bienestar de sus familias, desafiaron la autoridad de sus esposos o la negativa de sus hijos, concurriendo y protagonizando la huelga pese a la oposición de éstos:

Débora: ¿fue difícil llevar el conflicto junto a las situaciones familiares?

Isabel: sí, a mí mi marido un día me dijo “esta es la última reunión que vas de MATEPA, nunca más vas, si te pagan bien y si no también. No vas más”... y volví a los dos días [a su casa, luego de tomar la fábrica]

Carmen: estábamos las dos. Y yo le dije a mi marido “mirá, no nos queda otra”, porque él estaba enfermo en cama... y yo le digo “viejo, nosotros nos vamos a tomar la fábrica, no sé si vuelvo, así que vos no te hagas ni un problema”

Isabel: yo no dije nada

Carmen: y me dijo “¿para qué llevás mate?”, porque yo llevé el mate ¿viste?, “no, para que tomemos...” ¡qué, no volvimos en dos días! Nos vieron en la televisión. Yo a mi marido sí le dije, pero a mis hijos no

Isabel: no, yo no le dije porque si le decía que iba a ir a tomar la fábrica no me iba a dejar (Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15).

Este relato que hoy comparten -en tono hasta por momentos gracioso-, nos habla del lugar de la amistad en tanto vínculo de confianza que construyeron y reforzaron en el conflicto y de complicidad para eludir los cuestionamientos de sus cónyuges. Pero también nos habla de lo no dicho, de las contradicciones que probablemente esa decisión les produjo y de la preocupación al retornar a sus hogares luego de dos días de ausencia, para quebrar con ello la cotidianidad y sostener su presencia en la toma durante más de tres meses. Además, es interesante analizar las fricciones al interior de la familia, pues también se trata también de “(...) un terreno de lucha configurado por los diferentes intereses de sus miembros a partir de la construcción social de la diferencia sexual-biológica” (Andújar, 2014: 218).

Por otra parte, la relación entre Isabel y Carmen se remonta a una experiencia similar anterior. Ambas se conocieron trabajando en FAINCO, la empresa en la que se desempeñaban previamente a Confecciones Patagónicas y que según el relato de Isabel, dependía de Supersil. Luego del cierre de esa empresa, Isabel recuerda que cada empleada/o había reclamado y negociado de manera individual su propia indemnización:

Isabel: (...) y él [en referencia al dueño de la fábrica] vino y dijo “bueno, me divorcié, mi esposa no quiere saber nada de fábrica en Argentina, somos italianos (que sabíamos todos que eran italianos), cierro todo, están todos despedidos...” ¡pum! Y listo, despidió a todos los de Supersil, a nosotros, a todos, listo, se terminó sociedad. De hecho en ese tiempo, no me acuerdo en qué año, sé que fue en marzo... pero las dos fábricas cerró, dejó a todo el personal en la calle. A algunos le pagaron con ropa, a otros con máquinas, a otros le pagaron con plata... a todos nos pagaron de diferentes formas, pero bueno, también era... no tenían ninguna compasión con la gente en ese sentido, “¿te quedaste sin trabajo?, jodete” (...)

Y de hecho nadie hizo nada ahí, ni los hombres ni las mujeres y el sindicato menos, no nos defendió nadie ahí, arreglamos como pudimos, como sabíamos (...)

Y bueno, MATEPA iba a ser lo mismo, pero...

Débora: Pero ya habiendo pasado por eso no quisieron repetirlo...

Isabel: Y ya habíamos creo que cambiado... nos habíamos rebelado las mujeres ahí y creo que nos falta crecer como trabajadoras, nos falta crecer porque a veces nos llevan de las narices creo yo, capaz que estoy equivocada, pero no hemos terminado de crecer (...) (Entrevista de la autora a Isabel, Trelew, 14/11/17).

Supersil, como se plantea en el primer capítulo de esta investigación, era una fábrica que un año antes del conflicto de MATEPA y Confecciones Patagónicas, había

sido tomada por sus trabajadores en reclamo de un crédito para que la misma continuara funcionando, y para resguardar las maquinarias frente a un posible vaciamiento de las instalaciones. Una vez desocupada la fábrica, el conflicto continuó en los tribunales o en arreglos particulares de cada empleado/a. Si bien Isabel y Carmen no recuerdan haber participado de ese proceso de lucha anterior, evalúan de forma negativa el hecho de no haber planteado una respuesta colectiva ante esa situación y ello les proporcionó una experiencia que perduró en su memoria como aprendizaje.

En este sentido, MATEPA fue tal como lo concibe Isabel, un conflicto en el cual las mujeres se “rebelaron”, hecho que entiende como decisivo para que no se repitiera la misma situación anterior, a pesar de que en su balance más general las trabajadoras aún deben seguir avanzando.

Estas mujeres construyeron su experiencia de clase a partir del conflicto, en el cual se vincularon, tejieron relaciones de confianza y cercanía, y decidieron actuar colectivamente ante sus problemáticas concretas. Como señala Thompson (1989), su pertenencia de clase no está dada de manera estática por la “posición social” ante los medios de producción, sino de acuerdo con los modos de experimentar dicha posición por parte de los sujetos, con las relaciones y prácticas comunes forjadas en la lucha de clases.

A su vez, tal como plantea Catherine Hall (2013), es necesario observar que la identidad de clase históricamente no ha sido neutral en términos de género, sino que se fue articulando en torno a un sujeto masculino y colocando en lugares diferentes a los varones y las mujeres. Así, nos advierte que la clase no es indiferente de las relaciones de género sino que más bien está moldeada por éstas. No es lo mismo ser mujer o varón al momento de decidir la toma de una fábrica, pues los obstáculos que en cada caso se deben atravesar para ello son diferentes y tienen que ver con una asignación social de roles que sitúa a las mujeres en el espacio privado-doméstico y a los hombres en el espacio público. Las acciones llevadas a cabo por las trabajadoras de Confecciones Patagónicas implicaron para ellas poner en cuestión esa domesticidad y por ende los roles asignados a su género.

Sin embargo, la conformación como clase en la lucha no implica que no hayan existido tensiones al interior, pues durante las conversaciones mantenidas con las entrevistadas, mencionaron no tener relación con el resto de las trabajadoras y plantearon haber tenido coincidencias circunstanciales en el marco del proceso de lucha

llevado a cabo. En este punto cabe un interrogante, acerca del porqué mujeres en una ciudad pequeña, que probablemente coincidieron en diferentes espacios de trabajo manifiestan no haber mantenido relación entre sí, sobre todo habiendo llevado adelante la toma de una fábrica durante tanto tiempo, proceso en el que pudieron haber tenido oportunidad de conocerse e interactuar. Una de las posibles respuestas a esta pregunta tiene que ver con la experiencia posterior de conformación y fracaso de la cooperativa, sobre la cual existe una memoria conflictiva que puede estar mediando en el recuerdo sobre sus vínculos entre sí. Otra posible interpretación tiene que ver con las diferencias sociales intra-clase: no todas las mujeres eran vecinas de los mismos barrios y no todas se encontraban en iguales situaciones económicas en tanto que había algunas mujeres que contaban con los ingresos de sus maridos mientras que otras eran único sostén de sus hogares.

Al respecto de la conformación de la cooperativa luego de la toma, Beatriz Tellería, otra de las trabajadoras entrevistadas que participó de esta experiencia asumiendo el rol de presidenta de la misma, la recuerda como una situación que le generó malestar por lo que intentó “borrarla con el tiempo”, debido a que implicó una gran responsabilidad que considera no fue retribuida con esfuerzo de parte de sus compañeras y que generó grandes dificultades en su vida. Beatriz es costurera desde su juventud, cuando comenzó a trabajar en una fábrica de medias de Trelew llamada Brioso. A los 26 años recuerda que ingresó a trabajar en Inteco, y allí se especializó en el oficio de la confección de prendas.

Nacida en Corcovado, luego de casarse vivió junto a su familia en El Bolsón, Córdoba, Rosario y Mendoza debido a que su esposo era gendarme, hasta que a fines de la década de 1970 se estableció en Trelew hasta la actualidad. Luego del cierre de Inteco trabajó en El Mundo del Pijama y en Dos Muñecos, donde tuvo que renunciar al poco tiempo por razones de salud de uno de sus 4 hijos.

Posteriormente trabajó en Confecciones Patagónicas y, si bien manifiesta no haber estado de acuerdo con la decisión de la toma, participó de ella, formó parte de la comisión encargada de negociar y luego, como se mencionó, presidió la cooperativa conformada a partir del proceso de lucha. Es posible que el desacuerdo con la toma forme parte de su balance actual, o que esa negativa no fuera del todo clara en ese momento, como sí lo fue para ella en virtud de su experiencia posterior. En su relato, las 60 mujeres aproximadamente que participaron de la toma concurrieron a la fábrica y

una vez allí tomaron la decisión de impulsarla. Según su mirada, se habían dirigido a la fábrica para ejercer presión y así lograr que no fueran retiradas las máquinas que estaban allí, pero una vez en el lugar se propuso la medida de fuerza y tuvo más peso el carácter y la convicción de quienes planteaban entrar y ocupar la planta: “(...) Entonces entramos, nosotras fuimos a presionar, y una vez adentro nos tuvimos que hacer cargo (...)”.¹⁶

Desde el inicio, para Beatriz este proceso de lucha parece haber estado asociado más a un deber que a una real convicción de que aquella era la única vía para ganar el conflicto, sin embargo, es posible inferir que se trata de una conclusión posterior, pues la experiencia negativa de la cooperativa genera que sea difícil para ella hablar sobre este tema, aunque sea del mismo modo insoslayable.

En la actualidad continúa trabajando como costurera en un taller propio, instalado en su domicilio. Aficionada a la lectura de novelas, libros, revistas de interés general y religión (ella y su familia son testigos de Jehová) y a la escritura de historias como la biografía de su madre o relatos de crímenes sin resolver en Trelew, Beatriz relata que sin embargo no ha tenido tiempo libre suficiente como para dedicarse a otras actividades por fuera de su hogar y su familia.

Resulta interesante en este punto interrogar acerca de cómo definen las mujeres el uso del tiempo y en función de ello, qué es el tiempo libre. Desde el punto de vista femenino, el tiempo transcurrido en el hogar luego de la jornada laboral no necesariamente es “tiempo libre”, pues implica otras ocupaciones y responsabilidades propias del trabajo doméstico y asociado a los cuidados. A diferencia de esta percepción, podemos de igual modo pensar que esta noción de tiempo libre es totalmente diferente en la experiencia masculina, pues el tiempo fuera del trabajo en la fábrica sí podría entenderse en su perspectiva como tiempo libre, al no estar asociado a tareas de las que socialmente se encargan las mujeres.

Otra de las mujeres entrevistadas para este trabajo es Liliana Lagos. Ella nació en la localidad de Gaiman, pero reside hace más de 30 años en Trelew. Trabajó en las empresas textiles Modecraft, Cirsa y Dos Muñecos en Trelew, y en Del Estero en Gaiman. Luego de la toma, continuó realizando trabajos de costura en su domicilio y organizó un ropero comunitario, hasta que en 2003 comenzó a desempeñarse como

¹⁶ Entrevista de la autora a Beatriz Tellería, Trelew, 23/11/18

trabajadora municipal en el área de Cultura.

Provenientes de distintos lugares, estas mujeres adoptaron la ciudad de Trelew como su lugar de residencia, ciudad en la que fueron trabajadoras textiles durante buena parte de sus vidas.

Uno de los aspectos más señalados por las entrevistadas ante las preguntas sobre sus actividades fuera de la fábrica y sus relaciones de sociabilidad, tiene que ver con la dedicación a la vida familiar y la crianza de los hijos/as. Las nociones de familia y de tiempo libre que como mujeres trabajadoras pusieron en práctica modelan también sus recuerdos y sus conclusiones sobre el pasado, pues en sus relatos predominan las referencias a que después de sus jornadas laborales en la fábrica, dedicaban la mayor parte de su tiempo a las tareas asociadas a los cuidados de sus familias y la organización de sus hogares, mientras que sólo tangencialmente se refieren a otras aficiones o eventos sociales.

A su vez, en un balance posterior realizado sobre la toma de MATEPA y las circunstancias que atravesaron durante los años noventa, lamentan que esas vivencias hayan restado tiempo a la atención de sus hijos e hijas, o bien por los reclamos de sus parejas, o por el sentimiento de culpa asociado a la presión social hacia las mujeres respecto de la maternidad: como rol asociado a sus cualidades “naturales” y como mandato. Veremos que, aún aceptando las obligaciones correspondientes a dicho mandato social, forjaron un rol disruptivo al asumir la lucha por los derechos asociados al mismo de modos socialmente vedados a las mujeres.

Por otra parte, en los relatos sobre la huelga y los motivos que condujeron a la misma, la *necesidad* es una de las expresiones que más se reiteran. Por ejemplo, en el recuerdo de Isabel, la toma de MATEPA fue una instancia en la que, junto a sus compañeras y en tanto mujeres trabajadoras se decidieron a luchar por sus derechos y fueron aprendiendo en ese proceso:

Nosotros sabíamos llorar nada más. No sabíamos cómo reclamar ni nada. La necesidad nos hizo que hiciéramos asambleas, que en realidad uno después se da cuenta de que nosotros lo que hacíamos eran asambleas (Entrevista realizada por Susana López y Débora Saso a Isabel Sosa, Trelew, 28/03/11).

El sentido de la *necesidad* puede comprenderse en tanto motor principal que la impulsó junto a sus compañeras a “secarse las lágrimas”, tomar valor e impulsar la protesta, aunque aquello significara adentrarse en prácticas y lógicas con las que no se sentían familiarizadas. Esta noción además condensa en el discurso de Isabel lo que

probablemente para la mayoría de estas mujeres era una de sus principales preocupaciones: el bienestar -material y afectivo- de sus familias. La *necesidad* -como el tiempo libre- lejos de ser individual involucraba a otras personas, pues era fundamentalmente la necesidad de sus hijos e hijas de alimentarse, vestirse y recibir los cuidados que ellas como madres no podían garantizar.

2. “(...) lo que nunca se imaginaron es que íbamos a luchar”: crónica de una toma inesperada

Más allá del reclamo puntual que las unía en el conflicto, estas mujeres disputaron su propio reconocimiento como trabajadoras textiles: sus trayectorias laborales estaban ligadas a este ámbito y en función de ello consideraban que debían luchar. En este sentido, es importante señalar que la planta de MATEPA no era su lugar físico de trabajo. Sin embargo, existía una relación contractual que las vinculaba a la misma y que en parte motivó para ellas su ocupación.

El taller Confecciones Patagónicas había abierto sus puertas dos años antes, hasta que a fines de 1996 informó a todo su personal que se tomarían vacaciones hasta enero del año siguiente. Sin embargo, al regresar de dichas “vacaciones” las trabajadoras concurren al lugar y allí advirtieron que se encontraba vacío, pues ya no se encontraban las máquinas con las cuales ellas realizaban su labor: las mismas, habían sido trasladadas a la planta de MATEPA, la cual también se encontraba en crisis y había despedido a todo su personal. En esas circunstancias, comenzaron a organizarse y a participar en las asambleas y movilizaciones convocadas por los trabajadores de MATEPA, con quienes coordinaron algunas acciones conjuntas durante un período corto. Sin embargo, como se menciona en el capítulo anterior, esa alianza pronto se iría resquebrajando durante el conflicto hasta la toma de la fábrica, pues en la mirada de las trabajadoras esas acciones conjuntas no parecían ser suficientes para resolver la situación, mientras los días transcurrían sin obtener respuestas.

Frente al posible escenario de que la planta fuera totalmente vaciada, es decir, que la patronal “desapareciera”, llevándose las máquinas e incumpliendo el pago de sus indemnizaciones, las trabajadoras ocuparon la fábrica. El hecho de que el conflicto se haya desarrollado en las instalaciones de la misma merece una reflexión, ya que al “custodiar” con esta acción sus elementos de trabajo, estas mujeres disputaron a su vez

el sentido de la lucha y su lugar en ella en tanto trabajadoras.

Esta situación marcó el distanciamiento de los trabajadores de MATEPA, quienes días después de iniciada la toma, ocuparon el edificio de la AOT para exigir la renuncia de los representantes gremiales, a quienes acusaban de “incitar” a la toma de la fábrica, hecho que impedía según ellos sus negociaciones. La disputa sindical tomó un carácter complejo, ya que se combinaron los intereses en pugna por la conducción, con el debate sobre el reconocimiento de las trabajadoras como afiliadas, en el cual primó la posición de no admitirlas como tales.

Ahora bien, detrás de este aspecto formal estaba implicada la connivencia gremial con el empleo tercerizado en el PIT y la aceptación como algo “dado” de la desigualdad de derechos laborales respecto del empleo regular de las plantas. Esos derechos, según esta lógica eran exigibles para los trabajadores de MATEPA, pero no para las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, pese a mantener también una probada relación de dependencia.

En este contexto, los trabajadores de MATEPA emitieron un comunicado público expresando lo siguiente:

(...) vemos perplejos la actitud equívoca de estos tres títeres dirigentes gremiales por estas *turbias maniobras* contra los propios intereses de los afiliados, que ante un hecho nuevo que no calificamos y que es de conocimiento público perjudica los intereses de sus representados (...) Repudiamos enérgicamente a quienes legalmente tienen la obligación de defendernos y no lo hacen, como no lo han hecho nunca (*Jornada*, 21/02/97).

Plantearon además que se los había traicionado, puesto que el día anterior debían haber estado negociando su indemnización con Analía Inocenti, pero no pudieron hacerlo a raíz de la toma de la planta, hecho que en su comunicado dicen “no calificar” pero sí lo hacen al referirse a ella como una “turbia maniobra”. De este modo los trabajadores desplazaron el eje del conflicto, apuntando a la conducción gremial y manifestando su desacuerdo con la toma, la cual no era para ellos una manifestación legítima sino una operación política para perjudicarlos.

A su vez, fueron apoyados por otros delegados de fábricas, en particular por aquellos que un año después conformaron una lista y ganaron la conducción del sindicato en las siguientes elecciones.

Este grupo de trabajadores manifestó también a través de un comunicado de prensa su apoyo a los despedidos de MATEPA, que se encontraban tomando la sede de

AOT y respaldando de igual modo el pedido de renuncia a los dirigentes,

(...) por haber incurrido en traición a los sagrados intereses de la AOT y sus afiliados con sus *actos temerarios* (...) Promoviendo, incitando y llevando a cabo la toma de las instalaciones de la fuente de trabajo de tres delegados gremiales, por *trabajadores ajenos* a nuestra Asociación Sindical, dejando de lado los principios básicos y elementales de un dirigente gremial, que es bregar pura y exclusivamente por sus representados legalmente (*Jornada*, 21/02/97).

Calificada como un “acto temerario”, en la visión de estos trabajadores la toma y ocupación de la fábrica atentaba contra sus intereses particulares, los cuales representaban a los intereses del conjunto, pues el éxito o el fracaso del conflicto dependía de su negociación con la patronal. No es casual en este sentido, que se refirieran a las obreras de Confecciones Patagónicas como “trabajadores ajenos” (en “genérico” masculino), ya que ellas debían ser en todo caso, “invitadas” o “acompañantes” en esta lucha. Como señala Hall (2013) en su análisis sobre la prohibición del trabajo de las mujeres en las minas en Gran Bretaña en 1842, la presencia femenina era concebida como perjudicial para los intereses de la clase, pues impedía según el criterio de los trabajadores varones y sus representantes sindicales, que se lograran obtener derechos laborales debido a la menor remuneración del trabajo femenino.

La clase obrera no es entonces indiferente al género y el espacio socialmente asignado a las mujeres no es la fábrica ni el espacio público. De inmiscuirse en asuntos ligados a ellos, lo han hecho históricamente de forma “complementaria”, tal como señala Mirta Lobato al referirse a la construcción de un lenguaje laboral generizado que, desde principios del siglo XX ha legitimado a las mujeres fundamentalmente como madres y esposas, mientras que sólo residualmente como trabajadoras.

Siguiendo esta lógica, ¿por qué las mujeres deberían ocupar para los trabajadores hombres, un rol central en los procesos de lucha?. Si el empleo femenino es socialmente menos valorizado y visto como accesorio del masculino, si ello implica en términos concretos una inferior remuneración, peores condiciones de trabajo y menor acceso a la calificación, ¿por qué entonces, la protesta femenina debería ser más reconocida que la masculina?, o ¿qué indica que la misma sea legítima?

En estos interrogantes hallamos el sentido a la calificación de la toma por parte de los trabajadores como una “maniobra”, lo cual no reviste novedad alguna si advertimos las disputas de intereses en juego dentro del sindicato. Pero tampoco en base a las

relaciones de género. La impugnación se realizó hacia una medida llevada adelante por mujeres, a quienes indirectamente se les atribuía un rol pasivo al señalar que sus actos eran orientados por la manipulación de dirigentes gremiales y no por ambiciones propias.

Al respecto es elocuente una afirmación que hoy realiza Isabel: “no se imaginaron que íbamos a luchar”, pues no podían imaginarse lo que no era esperable de ellas, “tomar”, apoderarse de algo no es una actividad del todo aceptable en una sociedad que espera debilidad, sutileza y pasividad de las mujeres. En este sentido es interesante volver a recuperar la noción de “conciencia femenina” (Kaplan, 1990) para analizar la experiencia de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, entendiendo que la misma estuvo atravesada por su rol en la división sexual del trabajo, la cual desplegó sentidos y acciones colectivas por parte de estas mujeres. La necesidad de garantizar la subsistencia de sus familias fue la una motivación para exigir el derecho a trabajar, asociado a la asunción de la responsabilidad social de las tareas de cuidado, proceso en el cual sin embargo, asumieron un rol activo en la protesta social ante la crisis.

No obstante, la aceptación de su rol doméstico de parte de estas mujeres no conllevó a que el mismo se extrapolara al ámbito público y moldeara sus acciones, dando lugar a una intervención desinteresada y en favor de acompañar a los varones en la lucha desde un papel secundario, como generalmente se da por sentado (Andújar, 2014: 148). La intervención diferenciada no implicó en ellas un pleno consentimiento de este deber ser, sino que generó que actuaran de manera autónoma y pusieran en práctica sus propias formas de organización en el conflicto.

La complejidad de la experiencia de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas entonces, tiene que ver con esta doble dimensión, en la cual se ubican en tanto “madres” y “amas de casa” encargadas de organizar y cuidar sus hogares, pero también en el lugar de trabajadoras, decididas a defender el derecho a percibir sus remuneraciones y a conservar sus fuentes de trabajo.

Por otro lado, el trabajo además era importante para ellas: como se menciona en el primer apartado, estas mujeres tienen en común el haberse desempeñado como costureras la mayor parte de sus vidas. Este oficio ha marcado sus trayectorias laborales y la forma de experimentar y comprender la lucha que llevaron a cabo, pues valoraban su propio trabajo y su saber especializado adquirido en el tránsito por varias empresas. De esta manera, la defensa de sus hogares, el salario y el trabajo también estaba

vinculada a la defensa de su propia experiencia como costureras y del conocimiento específico que ese oficio demandaba.

En los testimonios recogidos predominan las referencias a los productos que se realizaban en Confecciones Patagónicas, los cuales abundaban en cantidad y en calidad, fabricados para importantes marcas. En dichas referencias por ejemplo, las trabajadoras entrevistadas recuerdan haber confeccionado la indumentaria de la selección argentina de fútbol: “las camperas de Maradona”, entre otras prendas deportivas para marcas como Adidas o Topper. Esto da cuenta de la relevancia que su labor tenía para ellas y cómo eso opera en sus memorias sobre la vida en la fábrica y sobre el conflicto.

El nivel de calificación en el empleo de confecciones fue adquirido durante las trayectorias de estas trabajadoras, que fueron incorporando saberes cada vez más especializados en función de la alta calidad de las prendas producidas. En estas trayectorias, una de las fábricas de mayor importancia para las trabajadoras fue Inteco. Dos de las mujeres entrevistadas para esta investigación fueron empleadas en esta empresa y recuerdan que su paso por la misma fue muy importante para su oficio.

En este sentido, resulta interesante volver a retomar el trabajo de Mónica Gatica (2000) y poner el diálogo esa experiencia con la de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas. Según esta autora, Inteco proporcionó luego de su cierre, buena parte de la mano de obra que posteriormente se desempeñó en otras fábricas y talleres de Trelew.

Además, se trata de una empresa concebida como un “modelo” de gran importancia en el desarrollo del PIT, lo cual perduró en el imaginario de sus trabajadoras, que en el análisis de Gatica añoran el paso por esa fábrica. Este aspecto se puede observar también en los testimonios de Carmen y Beatriz, para quienes trabajar en Inteco fue una experiencia muy satisfactoria en lo laboral y personal.

Enseñando orgullosa su máquina “overlock” durante una de las visitas en su casa, Carmen nos relataba que luego de varios años incluso se había reunido con sus ex compañeras de Inteco: “(...) yo cuando me enfermé del corazón, que el doctor me había dado poca vida, me hicieron un encuentro con todas las compañeras”¹⁷. Se trata de un recuerdo emotivo para ella, ya que sus ex compañeras de trabajo habían acudido para apoyarla en un momento complicado por su estado de salud.

La importancia de haber trabajado en Inteco para Carmen también reside en que,

¹⁷ Entrevista de la autora a Carmen, Trelew, 23/11/17

siendo el primer trabajo al que accedió en Trelew, obtuvo una muy buena calificación y recomendación como trabajadora. Además, valora haber podido criar a su hijo más pequeño accediendo al servicio de guardería con el que contaba la fábrica, aspecto presente también en el análisis de Mónica Gatica.

Beatriz, por su parte relata que trabajar en Inteco era una aspiración para cualquier costurera: “(...) todo el mundo quería trabajar ahí, porque se hacían unas cosas preciosas, era todo lencería, se hacían unos camisones muy lindos”.¹⁸ Enfatizando también sobre la calificación alcanzada, destaca el valor estético de lo fabricado, cuya buena calidad dependía del desempeño de las trabajadoras.

En este sentido, es posible inferir un modo diferente de concebir el trabajo en las costureras respecto a otros trabajadores textiles. Si bien como en toda producción capitalista se trabajaba en serie, la confección de prendas hacía posible otra relación con el producto final, al que podían observar en las vidrieras de los comercios o en publicidades, etc. Es decir, su trabajo para ellas tenía un valor social diferente al otorgado por la patronal y por otros sectores de trabajadores, por tanto, implicaba derechos comprendidos en la relación de dependencia con respecto a la fábrica y en el carácter por ellas asumido de obreras textiles.

El trayecto durante el conflicto hacia una intervención cada vez más decidida tiene que ver con esta complejidad, en la cual estas mujeres fueron encontrando y resignificando con el tiempo el sentido de sus prácticas, abandonando la “pasividad” a ellas asociada, para posicionarse en un rol activo. De este modo, en el relato de Isabel, por ejemplo, frente a la suposición de parte de los trabajadores varones, los representantes sindicales y la patronal de que “se iban a ir a sus casas”, estas mujeres respondieron con la acción “inesperada” de la toma y ocupación de la fábrica. Esta respuesta de su parte despertó la sospecha de que no actuaban por motivación propia, sino que lo hacían por manipulación externa, aseveración que implica subestimar las acciones de los grupos subalternos y que forma parte de una forma de deslegitimación bastante generalizada en los procesos de lucha por parte de quienes detentan privilegios de clase, o, como en este caso de género.

En este proceso, a la vez que abrieron la posibilidad de cuestionar los roles tradicionales de género, también pusieron en debate los planteos de un sector del

¹⁸ Entrevista de la autora a Beatriz, Trelew, 10/12/18

activismo sindical que impugnaba la toma de MATEPA, al mismo tiempo que negaba su pertenencia al colectivo de trabajadores y trabajadoras textiles del PIT y por tanto su filiación gremial. Sin tener posibilidades de conformar un proyecto alternativo dentro de la AOT -y sin que fuera para ellas un objetivo real-, estas mujeres sin embargo tuvieron un rol importante en la vida interna del sindicato, enfrentando con sus actos al sector que luego llegaría a la conducción del mismo.

En relación con esto, resulta interesante el modo de recordar los hechos de parte de uno de los trabajadores de MATEPA que formaba parte de dicho sector. Delegado en el momento del conflicto y actual dirigente de la AOT, Sergio Cárdenas analiza la toma como un proceso muy “triste” que enfrentó a “pobres contra pobres”. En su narración recuerda que hubo una primera etapa de coordinación, pero luego se disociaron y fueron los trabajadores de MATEPA quienes tomaron la fábrica, para posteriormente ser desplazados por las trabajadoras de Confecciones Patagónicas:

(...) Hicimos esas marchas con las chicas, después las chicas se fueron quedando con un grupo de compañeros acá, con una estrategia distinta a la nuestra y nosotros que optamos por meternos en la fábrica, allá. Y después de que nos metimos en la fábrica allá, estábamos todos ahí... las chicas iban a saludar... y un día llegaron y eran como 10, nosotros las metimos adentro y nos sacaron cagando a nosotros, nos corrieron y tomaron ellas la fábrica. Y nosotros nos fuimos, porque ¿qué íbamos a hacer?, no íbamos a ejercer la violencia... yo, lejos de poder pelearme con una mujer, ni en pedo. Porque esto no sé si es una cuestión de machista o de qué, pero yo no peleo con mujeres.

Cuando ellas llegaron se metieron adentro, nosotros nos quedamos, “pero ¿cómo se van a quedar, chicas, si ustedes...?”

“No, nosotros vamos a tomar la fábrica, a partir de ahora nosotros tomamos la fábrica” (Entrevista de la autora a Sergio Cárdenas, Trelew, 10/05/17).

En este relato se desplaza la agencia de las mujeres hacia los trabajadores de MATEPA, quienes “dejaron” que ellas ocuparan la fábrica y para no incurrir en actos de violencia machista se retiraron de ésta, trasladando su reclamo hacia el sindicato y, contradictoriamente, acusando a su conducción de promover la toma de la fábrica por parte de las trabajadoras. Estas mujeres eran en su percepción sencillamente manipulables por los integrantes de la conducción del sindicato y por este motivo no las acusaron a ellas directamente, es decir, no les otorgaron entidad por fuera de los que entendían como únicos sujetos actuantes en el conflicto, que eran los dirigentes al mando de la AOT y ellos mismos, no casualmente todos varones.

Infantilizadas (al referirse a ellas como “chicas”) y excluidas en general de la participación política y sindical, las mujeres debían intervenir en calidad de adherentes a

los planteos masculinos y cualquier forma de organización que las involucrara debía estar tutelada por éstos. Entonces, toda actividad femenina sobre la cual no se ejerciera esta guía, o bien era presa fácil de la argucia de quienes buscaran perjudicarlos, o tendía inevitablemente al fracaso, pues según la versión de Cárdenas de los hechos, las mujeres no lograron cobrar sus indemnizaciones.

Por otro lado, en torno a este imaginario y sobre cómo fue el proceso de discusión que marcó el distanciamiento con las trabajadoras, plantea lo siguiente:

(...) nosotros hicimos marchas con las chicas. Hicimos marchas, fuimos a Rawson una vez, fuimos al municipio, caminamos por las calles de Trelew, reclamando (...) Y bueno, después se fue bifurcando la cosa, así fue. Se fue bifurcando porque... Así fue, porque nosotros vinimos acá, hicimos la asamblea, después las chicas creo que fueron absorbidas por algunos dirigentes, porque esto era un kiosco, cada dirigente... no había una cosa vertical (...) Había distintos compañeros que tenían distintas visiones de las problemáticas, entonces un par de compañeros cazaron el caso de las chicas como bandera, otros no estaban de acuerdo, del sindicato aquel de hace 20 años atrás. Entonces, las chicas agarraron para un lado y nosotros agarramos para otro (Entrevista de la autora a Sergio Cárdenas, Trelew, 10/05/17).

Nuevamente la agencia no está puesta en las trabajadoras, sino en los dirigentes que las “absorbieron” y “cazaron” su reclamo, como consecuencia de una situación de falta de verticalismo en la organización sindical, más que por un debate sobre las formas de llevar a cabo la lucha.

En estos modos diferenciales de recordar y significar el pasado, vemos que la clase no opera del mismo modo en varones y mujeres, toda vez que existen condiciones diferenciadas en función del género y las mismas son experimentadas de modos también diferentes. A su vez, la situación actual de las personas entrevistadas también nos ofrece pistas acerca de las nociones y justificaciones construidas sobre los hechos durante el presente.

Hemos visto que, existen además, modos diferentes de enfrentar las crisis y una de sus consecuencias: la pérdida del empleo. El cierre de Confecciones Patagónicas y MATEPA fue un duro golpe para las trabajadoras y los trabajadores, por el que atravesaron situaciones similares ante las cuales, sin embargo, unas y otros respondieron de maneras diferentes.

3. ¿Qué ves cuando me ves?: miradas sobre el conflicto, tensiones y alianzas

Como se ha analizado, desde el inicio de la toma, las trabajadoras de Confecciones Patagónicas mantuvieron una relación conflictiva con los trabajadores de

MATEPA, debido a que para unos significaba un impedimento hacia sus negociaciones y para otras, la única alternativa posible para que el gobierno y la patronal respondieran a su reclamo. Cada sector planteó formas diferentes de intervención con el fin de resolver su situación, en las cuales buscaron visibilizar sus conflictos e interpelar a las autoridades provinciales y municipales.

Transcurridos 15 días desde que habían comenzado la ocupación de MATEPA, las trabajadoras realizaron un comunicado de prensa en el que responsabilizaron al gobierno provincial y criticaron a la CGT por haberse “borrado” inmediatamente después de haber asumido su representación. Declararon que,

la decisión de la toma de la planta se adoptó luego de dilatadas reuniones con esta empresaria y funcionarios del gobierno, que dejaron como saldo mentiras constantes, falsas expectativas de trabajo e indiferencia hacia nuestro problema (...) a 15 días de la toma, dejaron de lado el circo y las negociaciones y, aparentemente, se despreocuparon del angustiante momento por el que atravesamos (...) prueba de ello es que nunca se acercaron los funcionarios de turno, buscando alguna vía de solución para que podamos cobrar lo que se nos adeuda (*Jornada*, 05/03/97).

En un momento de posible desgaste por encontrarse realizando una toma y evaluando que la respuesta hacia ello era de indiferencia, las obreras comenzaron a buscar alternativas para difundir el conflicto y hacer audible su voz para quienes entendían que tenían el deber de ofrecerles una respuesta a sus peticiones.

Días después también se presentaron con banderas en la legislatura provincial, durante un acto realizado por el Día Internacional de la Mujer, en el cual mujeres “destacadas” de la política nacional y provincial realizaron disertaciones centradas en la posibilidad de acceso de las mujeres a los cargos públicos y las leyes de cupo femenino. Pero las trabajadoras de Confecciones Patagónicas concurren a ese evento, para cuestionar con su presencia esa noción de mujer de las clases dominantes, que nada tenía que ver con su realidad. En relación con este hecho, Isabel, relata lo siguiente:

Y como hacíamos despelote en todos lados donde íbamos porque no nos atendían.... El día de la mujer fuimos a legislatura... ni cinco de bolilla, nadie, ¿viste?. Y los que te conocían se hacían los que jamás te habían visto. Y otros te invitaban a comer, como si la necesidad fuera solamente eso, de comer. De comer un día de la mujer. Nosotros íbamos para ver que alguien nos ayudara, nos informara qué era lo que teníamos que hacer (Entrevista realizada por Susana López y Débora Saso a Isabel, Trelew, 28/03/11).

Aquí vuelve a aparecer en su memoria una noción de dignidad que para estas mujeres estuvo ubicada en su reivindicación como trabajadoras que no estaban

dispuestas a aceptar “limosnas”, sino a exigir derechos y persistir en esta exigencia pese a la falta de atención de quienes a su criterio debían asesorarlas y ofrecer vías de resolución al conflicto. Pero también, una significación interesante de la conmemoración del día de la mujer, correspondiente a una mirada que, sin estar inscrita en el feminismo, se valió de muchas de sus herramientas teóricas y políticas que fueron útiles a la presencia y protagonismo creciente de las mujeres en los procesos de lucha durante la década de 1990 (Andújar, 2014).

La negativa a denominarse como feministas de parte de mujeres que conformaron organizaciones e impulsaron procesos de lucha en este contexto, no ha impedido que se posicionaran como sujetos políticos y que con ello comenzaran a cuestionar algunos de los roles tradicionales a ellas asociados, o a poner en palabras algunas de sus problemáticas, como la violencia de género y a buscar colectivamente respuestas a ello.

Los Encuentros Nacionales de Mujeres fueron centrales en la profusión de muchos debates relativos a la situación de las mujeres. Durante los años '90 y luego de la rebelión popular de 2001, la participación en ellos se fue ampliando a las mujeres de la clase trabajadora, organizadas en sindicatos y agrupaciones o de forma independiente (Andújar, 2014; Viano, 2014). Si bien nuestras entrevistadas no plantearon haber participado en estas instancias, muchos de los debates instalados en las mismas probablemente influyeron en ellas, en sus acciones y en los modos de significarlas. Por ejemplo, mujeres como Isabel y Carmen no dudan en hablar de machismo para referirse al rechazo de parte de sus compañeros varones a la toma por ellas protagonizada, o recuerdan a ésta como un proceso en el cual lograron colectivamente superar situaciones de violencia que las afectaban:

Isabel: (...) La única coincidencia entre nosotras era que teníamos que cobrar sea como sea y cueste lo que cueste. Ese era nuestro fin, y también ahí fuimos aprendiendo, porque había mujeres golpeadas también... y como nosotros defendíamos todo, entonces esa mujer golpeada no se dejó pegar más. Se fue revirtiendo todo, fue.... durante tantos años había sido una mujer golpeada y que nadie lo sabía y ahí como estábamos todas que esto que lo otro, y nosotras le decíamos “si te pega, vos pegale...y pegale más fuerte para que no lo vuelva a hacer” (Entrevista de la autora a Isabel y Carmen, Trelew, 19/06/15).

Género y clase se intercalan nuevamente en este testimonio, para dar cuenta que toda experiencia de clase es a su vez una experiencia generizada, en la que no sólo operan las relaciones de explotación, sino también las formas diferenciales de vivenciarlas por parte de mujeres y varones. Esta experiencia a su vez implica un

proceso en el cual es fundamental la construcción en la misma lucha de vínculos de confianza mutua.

Por otro lado, visualizan un rasgo distintivo en el hecho de haber sido todas mujeres las que llevaron a cabo la toma y las dificultades que ello les generó por ser además un aspecto disruptivo. En este proceso, pasaron de mantener confianza respecto de las decisiones y de las iniciativas que planteaban los trabajadores de MATEPA, para comenzar a desprenderse de ello y plantear por sí mismas sus propias estrategias en el marco de la lucha. De este modo, buscaron crear alianzas y visibilizar el conflicto en los medios de comunicación, en la calle y en actos públicos del gobierno provincial.

Otra de las instancias en las cuales se presentaron ante el gobernador Maestro tuvo lugar a dos meses de iniciada la toma, mientras éste visitaba la fábrica Textil Windsor para formalizar el otorgamiento de un crédito a esa empresa. Dos días después, además presentaron ante el intendente de Trelew un listado con 50 mujeres para recibir ayuda social y anunciaron que se reunirían con el gobernador y con el secretario de Desarrollo Social de la Nación. Estas iniciativas, dan cuenta de la organización que se dieron estas mujeres para sostener el conflicto, mostrar e insistir con su reclamo ante las autoridades gubernamentales y el resto de la sociedad.

Paralelamente, los trabajadores de MATEPA también reclamaron reuniones con el gobernador, y plantearon ante los medios de comunicación que no existía predisposición por parte de la empresa, cuyo “juego perverso” consistía en dividir a los trabajadores, mientras que, el gobierno provincial estaba involucrado por el crédito otorgado a la empresa por el Fondo Financiero Permanente.¹⁹ Los trabajadores continuaban señalando la toma de MATEPA como una maniobra divisionista que beneficiaba a la patronal y al gobierno y no como una decisión genuina de las trabajadoras, manifestando nuevamente un criterio basado en el género según el cual las mujeres no actuaban de manera autónoma, sino por influencia externa.

En esa perspectiva, las mujeres además “no entendían” por qué se encontraban ocupando la fábrica, pues con el objetivo de cobrar sus indemnizaciones, estaban colateralmente sirviendo a otros intereses que, según esta mirada, ellas desconocían. Una vez en la fábrica, este sentido sobre la huelga marca que, lejos de llevar adelante iniciativas, se quedaron “esperando” que alguien fuera y solucionara sus problemas, tal

¹⁹ *Jornada*, 29/04/97

y como los cuentos infantiles muestran a princesas encerradas en torres, hasta que el milagro de la llegada de un príncipe azul se concreta. La realidad de la toma de MATEPA dista mucho de esto: las trabajadoras de Confecciones Patagónicas se organizaron, buscaron por sí mismas las soluciones al conflicto y generaron alianzas con otros sectores que acudieron a solidarizarse con ellas.

3.1 El bien y el mal definen por penal

De confeccionar prendas para la selección argentina, a salir a la cancha y buscar el partido: probadas sus destrezas a la hora de fabricar prendas deportivas, las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, también intercalaron tardes en las que midieron sus habilidades futbolísticas y entre risas, goles y “gambetas”, sostuvieron la toma de MATEPA. Renunciando a permanecer en el banco de suplentes, dispuestas a entrar y “dejar todo en la cancha”, estas mujeres buscaron alternativas para continuar con el conflicto, tejer alianzas y disputar el sentido de sus acciones.

En este contexto, otro hecho importante que tuvo lugar durante el desarrollo de la ocupación de la planta fue el acto por el Día Internacional del Trabajador realizado en el edificio de la misma, el 1º de mayo de 1997. En solidaridad con las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, este acto fue convocado por la Federación Universitaria Patagónica (FUP)²⁰, la Asociación de Trabajadores de la Educación de Chubut (ATECH)²¹, la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y los Centros de Estudiantes de las facultades de Humanidades, Ciencias Naturales y Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de la Patagonia, sede Trelew.

Aunque el acto contó con la participación de otros sectores, fue el estudiantil el que tuvo mayor importancia en la iniciativa y el contacto previo con las obreras, revisitando una práctica política de largo aliento inserta en la tradición del movimiento obrero y estudiantil en Argentina y en otros países.

²⁰ La FUP (Federación Universitaria Patagónica) es el espacio que nuclea a los centros de estudiantes de la Universidad Nacional de la Patagonia. En el año 1997, ésta era conducida por la lista “celeste”, que representaba a la Corriente Estudiantil Popular Antiimperialista (CEPA), ligada al Partido Comunista Revolucionario (PCR). Este sector del movimiento estudiantil participó en el acto del 1º de mayo y en otras movilizaciones populares importantes, como la realizada en repudio a la represión en Neuquén, además de llevar adelante reclamos específicos de la universidad, por mayor presupuesto y contra los ajustes hacia la educación pública.

²¹ ATECH se encontraba nucleado en la CTA, antes de la división de la misma. En la actualidad forma parte de la CTA de los trabajadores. Su secretario general en ese momento, Gustavo Monesterolo, realizó una intervención en el acto.

Al respecto del desarrollo del vínculo particular entre las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y las/os estudiantes de la UNP, Isabel recuerda lo siguiente:

Débora: Hace un rato me contabas sobre el apoyo de la gente de la universidad, ¿cómo se generó ese apoyo, vinieron hacia ustedes?

Isabel: Sí, ellos fueron hacia nosotras. Nos apoyaban, nos llevaban comida, o sea la universidad uno a veces dice “los chicos pueden ser...”, le teníamos miedo a la gente de izquierda, no sé por qué... bueno, viste que antes te decían “el de la izquierda es guerrillero”.

Pero como nosotras estábamos desprotegidas, sin nada, solamente nos cuidaba la policía de la tercera... desprotegidas de todo, de tus compañeros, de todo. Y apareció la universidad, no sabés qué reconfortable que por lo menos a un puñado de gente le interesaba lo que nosotros estábamos haciendo, nosotros valoramos mucho eso, que esos chicos... y el profesor no me acuerdo cómo se llamaba, fueran hacia nosotros. No nos aconsejaban, solamente compartían las cosas con nosotros... y valoramos mucho eso nosotros. Porque de todo un pueblo, una ciudad, a nadie le interesaba, solamente a tu familia... y a tu familia porque vos no estabas, por eso se preocupaban a ver si te pasaba algo, pero si no a nadie le importó. La universidad sí, la gente... nosotras siempre vamos a estar agradecidas a ellos porque creo que cuando nos estábamos bajoneando aparecieron ellos. Entonces vos te das cuenta de que a alguien le tocaste un poquito, entonces si vos llegaste ahí, podés seguir. Siempre estuvieron, hasta el último tiempo (Entrevista de la autora a Isabel, Trelew, 14/11/17).

La presencia de “la universidad” fue significativa para ella ante el abandono de parte del sindicato y de otros trabajadores textiles y esperanzadora para romper con el aislamiento que entiende enfrentó la toma. Ante la asociación previa de universidad-izquierda-guerrilleros como algo negativo, Isabel valora y agradece la actitud de haber concurrido a la fábrica a conocer su situación y a brindar acompañamiento, más allá de la adscripción política de este grupo de estudiantes, con la que no acuerda debido a su propia trayectoria política inscripta en el peronismo.

En torno a los encuentros y desencuentros entre movimiento estudiantil y clase obrera, existen estudios que los abordan y dan cuenta de que se trata de un vínculo afincado desde hace varias décadas en Argentina. Si bien no se ha encontrado exenta de disputas entre las orientaciones políticas predominantes en cada sector, esta relación se ha basado en el carácter popular que, desde la reforma de 1918 ha tenido la universidad argentina comparada con otros países de América Latina, el cual ha permitido un mayor ingreso de estudiantes de origen obrero.

Desde antes del Cordobazo, ha habido intentos de coordinación con mayor o menor éxito entre obreros/as y estudiantes, tal como señala la investigación realizada por Juan Sebastián Califa (2016), en la que da cuenta de las tensiones y acuerdos entre en Capital Federal durante la “Revolución Argentina” entre 1966 y 1973, las cuales en

su perspectiva no deben pensarse por fuera de los enfrentamientos sociales y los debates políticos e ideológicos. Aquí, la controversia entre sectores de la clase obrera y del estudiantado universitario no estuvo basada en prejuicios de clase o en la dicotomía peronismo-antiperonismo, sino en debates que, dentro del movimiento obrero marcaron diferentes posturas respecto a la convergencia con el movimiento estudiantil, al que algunos sectores del sindicalismo veían como muy radicalizado.

En relación con un proceso que tuvo un mayor fortalecimiento de la unidad obrero-estudiantil, Mónica Gordillo y James Brennan (1994) observan en el Cordobazo una insurrección popular en la cual se destacó la confluencia entre obreros y estudiantes. Esto, sin embargo, no necesariamente implicó un acuerdo ideológico entre las corrientes políticas mayoritarias de ambos sectores, pues se trata de una manifestación en la que la causa que los unificó fue la oposición a la dictadura y no una transformación más profunda, más allá de que posteriormente este proceso haya generado un mayor grado de radicalización en las organizaciones revolucionarias hacia la década de 1970.

La asociación entre universidad-izquierda que realiza Isabel, se asienta sobre estos procesos históricos, en la construcción de un imaginario social que vincula a su vez a la militancia revolucionaria setentista con una noción de “peligro”, pero también en relación con el carácter combativo de algunas agrupaciones estudiantiles presentes en la UNP sede Trelew desde los años noventa y posteriormente al 2001.

Sin embargo, esas dudas iniciales no impidieron que se propiciara la alianza entre las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y los/as estudiantes, aunque no se diera un marco de plena coincidencia político-ideológica. Además, es importante señalar que en la UNP se ha profundizado el carácter popular antes mencionado, pues se trata de una universidad accesible para estudiantes de clase trabajadora a la que han podido concurrir hijos e hijas de obreras y obreros del PIT.

A partir de esta relación, estudiantes y trabajadoras acordaron la realización del acto por el 1° de mayo y sumaron a otros sectores a la convocatoria. Durante las actividades realizadas en la fábrica, Hernán Góngora, uno de los estudiantes presentes y presidente de la FUP en ese momento, declaró ante la prensa:

(...) Nos pareció el lugar más simbólico, donde se produce la lucha más representativa hoy de Trelew (...) La convocatoria es para todos los trabajadores, desocupados, universitarios y para todos aquellos que se quieran solidarizar con las compañeras de MATEPA (*Jornada*, 02/05/97).

Por su parte, Nery Elsa Jerez, una de las trabajadoras, dijo: “las mujeres

desocupadas de Confecciones Patagónicas son el símbolo de la desocupación” y agregó que no había “nada que festejar, porque la desocupación es muy grande en Trelew”. Pese a ello, aclaró que aun así mantenían “fe y esperanza” en que iban a poder solucionar su situación, y respecto a los sectores con los que habían realizado el acto, planteó: “fueron los únicos que se acordaron de nosotras” (*Jornada*, 02/05/97). Nuevamente, en esta aseveración subyace la búsqueda de estas trabajadoras de tejer vínculos con otros sectores de la sociedad de Trelew para sostener el conflicto, destacando la actitud de las agrupaciones presentes por haber otorgado importancia a lo que ellas estaban realizando.

Además, las preocupaciones planteadas por Nery y probablemente compartidas por el conjunto de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, estaban fundadas en su propia experiencia, expresión a su vez de la situación general registrada en Trelew por el aumento de la desocupación y la pobreza entre sus habitantes.

En este sentido, la crisis y el descontento social fue el elemento central que marcó las distintas conmemoraciones que en 1997 se realizaron en torno a esta fecha. No se realizaron en el espacio local -al menos, en lo reflejado por los periódicos- grandes festejos ni convocatorias oficiales, y en un medio de comunicación como el diario *Jornada* fue nombrado como el “Día del Trabajo”, postulando una visión en la que el trabajo se encuentra desligado de los de sujetos que lo realizan y vaciada de sentido, o peor aún, provista de un sentido dominante que pretende borrar la historia de la clase obrera a nivel mundial, en el que los mártires de Chicago no deben ser otra cosa que olvidados.

Al respecto de este tema, en una entrevista realizada para esta investigación, Hernán lo recuerda actualmente de la siguiente forma:

(...) estaba tan metido todo ese discurso neoliberal, que nadie festejaba el 1° de mayo, te juro. Los sindicatos no festejaban el 1° de mayo. Entonces, nosotros impulsamos festejarlo ahí, porque era el proceso de lucha más importante en ese momento. Y era un proceso raro para la época, después se tomaron un montón de fábricas, se recuperaron y todo eso, pero para esa época era rarísimo eso. Y había sido una cosa legítima de ellas, de hacerlo. Entonces, nosotros, estudiantes impulsando el acto del 1° de mayo, era raro (Entrevista de la autora a Hernán Góngora, Trelew, 04/11/16).

Retomando aquí el análisis de Alessandro Portelli sobre la historia oral, es posible interpretar que más allá de que puedan haber existido otros actos o expresiones públicas de algunos sindicatos, sí es importante ver en este relato no la “veracidad” de las

afirmaciones, sino la memoria respecto al clima social vivido durante los años noventa expresada en el recuerdo de quien narra los hechos, en el marco de una entrevista como espacio de intercambio situado.

El 1° de mayo de 1997 a nivel nacional fue una conmemoración en la que confluyeron una gran cantidad de reclamos, pues al descontento social generado por el aumento de la pobreza y la desocupación, se sumó el repudio por el reciente asesinato de Teresa Rodríguez durante las protestas en Neuquén y el conflicto nacional docente con el armado y permanencia de la Carpa blanca frente al Congreso. En Capital Federal se realizaron varios actos. Uno de ellos fue convocado por partidos y organizaciones de izquierda, con presencia de referentes de la lucha neuquina y se convocó a una marcha docente, mientras que en otras provincias se también se realizaron conmemoraciones (*Clarín*, 02/05/97).

Las personas recordamos los hechos del pasado subjetivamente y en este sentido, el entrevistado si bien no recuerda con precisión el contexto nacional del 1° de mayo, si ve a la toma de MATEPA como un intento de recuperación de fábrica sin patrones, en su mirada aun excepcional o incipiente para el momento, a la luz de casos de posterior relevancia nacional, como Zanon o Brukman. Su experiencia de aquel entonces como militante universitario con un perfil de izquierda, le hace recordar de esa manera a la toma de MATEPA y reafirmarla como un proceso de lucha importante que tuvo lugar en ese momento, con el que colaboró junto a sus compañeras y compañeros. Sin embargo, no se siente autorizado para dar cuenta de ese proceso, porque manifiesta no haber sido él individualmente quien sostuvo el contacto con las trabajadoras, sino otras de sus compañeras, aspecto que posiblemente opera en sus recuerdos y en sus olvidos.

Por otro lado, también menciona que en la misma convocatoria estuvo presente una comisión de desocupados con la que existían vínculos políticos desde la FUP, pero sobre la cual no hemos hallado mayores datos en las fuentes escritas ni en el resto de las entrevistas realizadas. Al respecto sólo contamos con una noticia publicada meses antes por el diario Jornada, en la que difundía una declaración pública de la Comisión de Desocupados Mar y Valle en solidaridad con las trabajadoras. En la nota una de sus integrantes manifestó el repudio a “todos los traidores de los obreros y obreras” y planteó que, de no existir posibilidades de continuar con el trabajo en las fábricas, una solución debería ser la conformación de cooperativas en manos de los trabajadores y trabajadoras, “(...) el gobierno de la provincia debería expropiar las fábricas cerradas y

dar créditos a los obreros para poner en funcionamiento las plantas”.²²

No existe evidencia suficiente para afirmar que se trató de la misma agrupación en ambos casos o si hubo algún otro nivel de contacto de parte de esta comisión con las trabajadoras de Confecciones Patagónicas. Sin embargo, estos dichos respecto a la expropiación de las fábricas resultan interesantes para pensar la existencia de alternativas al sentido común dominante que planteaba como salida a la crisis, una nueva prórroga de la promoción industrial en beneficio de las patronales. Este planteo aparece a nuestro entender como rememoración de lo que se había manifestado años antes en otros procesos similares, como la toma y el conflicto de Modecraft en 1990/91, en los cuales se plasmó según Gonzalo Pérez Álvarez (2012, 2013) una “estrategia de resistencia obrera”, que buscaba enfrentar el vaciamiento del PIT a partir de la lucha en las fábricas, en alianza con sectores de la pequeña burguesía regional. Esta estrategia fue derrotada por el proyecto encarnado en las conducciones sindicales y con peso mayoritario en el conjunto de la clase obrera local, que planteaba la negociación con el gobierno y la alianza con las patronales.

Sin embargo, como todo proceso histórico no se trata de una sucesión lineal, por lo que de esa derrota es posible rastrear algunos resquicios presentes en experiencias posteriores, como la toma de MATEPA por parte de las trabajadoras. No es posible afirmar que el resultado de este conflicto fue una victoria, pues las trabajadoras y trabajadores cobraron sus indemnizaciones pero no recuperaron los puestos de trabajo que tenían allí. Si bien las trabajadoras conformaron una cooperativa a través de un crédito otorgado por el gobierno provincial, la misma no se sostuvo en el tiempo y según lo relatado en las entrevistas realizadas, duró alrededor de un año. La toma fue levantada a fines de mayo de 1997, posteriormente al acuerdo realizado con la empresa y el gobierno en el que se establecía que este último compraría prendas cuyo valor sería destinado al pago de las indemnizaciones a las trabajadoras y trabajadores.

Pero más allá de este desenlace, de lo que se trata es de recuperar las experiencias y pensar su sentido, en diálogo con otras y rastrear en ellas las formas en que las personas han encarnado los procesos sociales, es decir, las diversas maneras de enfrentar individual y colectivamente las circunstancias de una historia que lejos está de haber terminado.

²² *Jornada*, 16/01/97. Declaraciones de Eufemia Fernández, integrante de la comisión

Capítulo 3

Memorias en disputa

Una mujer no puede tomar una decisión tan drástica como hicimos, eso era para varones. Supongo yo que deben haber pensado, que los varones nomás pueden hacer ese tipo de toma.
Isabel, ex trabajadora de Confecciones Patagónicas²³

El propósito de este capítulo es analizar los significados sobre la huelga construidos por las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y comprender de qué manera la intersección entre clase y género configuró sus recuerdos sobre el conflicto.

Para ello, se examinan las entrevistas realizadas a partir de las herramientas que proporciona la Historia oral y su abordaje de la memoria como fuente principal. Las narraciones orales no consisten en relatos lineales de aquello que “sucedió”, sino que constituyen un ejercicio de reconstrucción de parte de las personas entrevistadas sobre los hechos. Tal ejercicio se encuentra mediado por sus experiencias y trayectorias individuales y colectivas en un contexto histórico y social determinado. A su vez, está situado en el marco de la entrevista como instancia de diálogo intersubjetivo, que también tiene un contexto de producción e interpretación.

Por otro lado, respecto de la intersección entre clase, género y memoria se retoma nuevamente el enfoque propuesto por Andrea Andújar (2014), con el fin de abordar las tensiones existentes en relación a los roles tradicionales de género y las diferentes formas de recordar los hechos por parte de las mujeres y los varones en los procesos de lucha.

En suma, se trata de analizar los significados que las trabajadoras de Confecciones Patagónicas atribuyeron a sus experiencias pasadas a la luz del estudio de sus maneras de recordarlas y relatarlas en el contexto de la entrevista. Y en ello, advertir los clivajes engenerizados de esos relatos desde una mirada relacional, que tenga en cuenta la configuración de los mismos en función de la intersección entre clase y género.

Para realizar el análisis propuesto, este capítulo se divide en dos apartados. El primero de ellos aborda los testimonios de las trabajadoras entrevistadas en relación a los significados de la huelga, las contradicciones con los trabajadores de MATEPA y las tensiones en torno a la domesticidad, con el fin de interrogar de qué manera y hasta qué punto en esa lucha los roles de género establecidos fueron tensionados y sobre todo,

²³ Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15

cómo esas tensiones o cuestionamientos permanecieron en el recuerdo. En este punto también sitúa el análisis de los debates y las formas de recordar los hechos por parte de las trabajadoras, en base a las diferentes estrategias que pusieron en juego para sostener el conflicto.

El segundo apartado se detiene en el análisis del contexto de evocación de los recuerdos sobre el conflicto y el carácter de las conversaciones mantenidas con las mujeres sobre el mismo. También aborda los relatos en torno a la conformación de la cooperativa posterior a la huelga, atendiendo a las distintas miradas sobre estos momentos de la lucha. El propósito de incluir estos aspectos se centra en examinar los testimonios en tanto fuentes históricas y realizar una lectura “a contrapelo”, es decir, interpretar los recuerdos de las trabajadoras en su carácter situado y, a partir de ello, analizar qué implicancias hay detrás de lo dicho y lo no dicho.

1. Una fábrica tomada... ¿y los platos quién los lava?

Este apartado retoma las consideraciones planteadas por Andrea Andújar en relación a las intersecciones entre género y memoria, para ponerlas en diálogo con las experiencias de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y los significados por ellas atribuidos a las mismas. De acuerdo con esta autora, la memoria se encuentra atravesada por las relaciones de género, las cuales modelan los recuerdos y olvidos en mujeres y varones de una forma diferenciada, en la medida en que unas y otros experimentan su vida de manera distinta de acuerdo a “(...) una matriz simbólica, normativa, institucional e identitaria que prescribe ámbitos sociales de pertenencia, actuación e incumbencia distintivas con base en la construcción social de la diferencia sexual” (Andújar, 2014: 66).

Entre las mujeres entrevistadas para esta investigación pueden advertirse formas específicas de recordar los hechos, situadas en esta vinculación entre género, memoria y experiencia de clase, las cuales a su vez confrontan con el testimonio de uno de los trabajadores de MATEPA. Del análisis de estas miradas, la disidencia entre las mismas y de la agencia propia de las mujeres que protagonizaron el conflicto tratarán las siguientes líneas.

Tal como se analizó en el capítulo anterior, las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, contaban, al momento de la huelga con una trayectoria importante en el ámbito del trabajo textil orientado a la confección. Durante los años dedicados a este

trabajo, habían experimentado en varias ocasiones el cierre de las fábricas en las que se desempeñaban, la pérdida de sus puestos laborales y la reinserción en otras empresas, aunque en condiciones cada vez menos favorables.

El carácter tercerizado del trabajo en Confecciones Patagónicas es uno de los elementos que marcan estas trayectorias y que se plantean como una de las explicaciones del distanciamiento del sindicato y los trabajadores de MATEPA durante la huelga. Sin embargo, hemos visto que detrás de ese aspecto formal subyace una diferencia que por un lado, señala la connivencia sindical con la existencia de esta forma de precarización laboral mientras que por el otro, evidencia una condición desigual que tiene que ver con la intersección entre clase y género.

Ahora bien, a pesar de esta diferenciación, existió durante el proceso de lucha un breve período de coordinación entre las trabajadoras y los trabajadores, hasta que esa alianza se fracturó en el momento de la toma de MATEPA. Sin embargo, es notable que en los recuerdos de las entrevistadas esta coordinación aparece sólo tangencialmente cuando no es directamente negada, destacando la excepcionalidad de haber sido “todas mujeres” durante todo el proceso de lucha. ¿A qué se debe esta inconsistencia?. Una de las razones que se manifiestan tiene que ver con la pérdida de la confianza en las propuestas y las decisiones de los trabajadores de MATEPA. Es posible inferir que en un comienzo las trabajadoras hayan depositado su confianza en las iniciativas que los trabajadores proponían. Sin embargo, ésta se habría ido resquebrajando conforme se desarrollaba el conflicto. Al respecto, Isabel narra lo siguiente:

Isabel: En este mundo el que prevalece es el hombre. Vos no tenés voz, en una asamblea, en un tipo de discusión de trabajo no se te escucha porque sos mujer, el hecho de ser mujer es como que vos sos inferior, no sirve tu planteo ni nada. Entonces nosotros cuando hicimos una reunión en el Ministerio de Economía, que fuimos todos los trabajadores tanto hombres como mujeres, ahí nos dimos cuenta de que los hombres nunca nos darían la posibilidad de nada.

Débora: De negociar ustedes también de igual a igual

Isabel: Sí, entonces nosotros por esa razón tomamos la fábrica y fuimos todas mujeres, pero fue difícil (Entrevista de la autora a Isabel, Trelew, 14/11/17).

Retomando lo planteado en el segundo capítulo de este trabajo, es interesante analizar este testimonio en base al señalamiento realizado por los trabajadores de MATEPA y expresado en la voz de su delegado Sergio Cárdenas, de la toma como una maniobra de la que las trabajadoras no eran al parecer, plenamente conscientes. La mirada de Isabel se contrapone a este argumento, para plantear una disputa en torno a los sentidos y a las derivas del conflicto bajo la dirección de los varones o de las

mujeres. Lejos de visualizar la situación con ingenuidad, las trabajadoras de Confecciones Patagónicas evaluaron sus posibilidades y juzgaron el accionar de los trabajadores de MATEPA, para concluir que debían generar sus propias iniciativas. En relación al suceso de la reunión con funcionarios del gobierno provincial antes mencionada, en otra entrevista realizada previamente Isabel había planteado lo siguiente:

(...) esa debe haber sido la única vez que nos llevaron a las mujeres allá. Porque nosotras entramos a negociar a Rawson, a casa de gobierno. Ahí fuimos nosotros, estaba el gobernador, Lizurume, Maestro, que era el gobernador, Lorenzo, todo el gabinete. Lizurume era de justicia, algo así. Estábamos la comisión de nosotros y los hombres de MATEPA, ellos siempre se separaron con nosotros, nosotros éramos las “lagartijas” que estábamos ahí (risas), y ellos eran los que sabían (Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15).

Nuevamente reaparece la figura de “acompañante” en torno al rol de las mujeres en la lucha de acuerdo a la mirada masculina, según la cual no debían tener motivaciones propias y en todo caso estaban allí en función de otros.²⁴ La experiencia de las trabajadoras demuestra que, contrariamente a esta idea, lo que persistió en ellas fue la decisión de luchar por sus propias reivindicaciones. En torno a esto, Isabel plantea una percepción interesante: “*vos no tenes voz*”, pues en su forma de recordar y dar significado a la huelga, las mujeres no poseían real injerencia en los espacios deliberativos dirigidos por hombres, aspecto que las llevó a desprenderse de su accionar para llevar adelante una medida de lucha.

Ante la presunción de que las mujeres carecen de conocimientos acerca de la política o de toda actividad del orden de lo público, es además relevante cómo Isabel tiene claramente identificado por apellido y funciones a cada uno de los funcionarios gubernamentales presentes. Esto nos permite inferir, en primer lugar, que a raíz del conflicto las mujeres lograron construir saberes propios, útiles para la intervención en la escena pública; y en segundo lugar, que sus trayectorias anteriores y posteriores al conflicto son importantes en sus recuerdos, pues como veremos más adelante, Isabel es una mujer que ha tenido una importante participación política y sindical luego de la toma de MATEPA.

Ahora bien, a estas nociones en torno al saber masculino, además se sumaba una cuestión material, que era la desigual relación laboral con la empresa y el impacto que

²⁴ La expresión irónica “lagartijas” que utiliza Isabel aludiría a la búsqueda de obtener “provecho” de una situación, contrariamente a lo esperable de ellas desde el punto de vista masculino.

ello tenía en organización sindical, uno de los argumentos que según Sergio Cárdenas separaba las luchas de los trabajadores de MATEPA y las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y que derivó en diferentes resultados:

De los compañeros que trabajaban en relación de dependencia con MATEPA S.A., todos cobraron -no te digo la totalidad de las indemnizaciones porque te miento- (...). Las chicas de Confecciones, que eran más de cien personas, no cobraron un peso, hasta donde yo sé; porque ellas no tenían gremio, no eran trabajadoras organizadas. Ellas eran una cooperativa, ellas se defendían y peleaban como podían. Nosotros teníamos la organización, el sindicato, los delegados (...) (Entrevista de la autora a Sergio Cárdenas, Trelew, 10/05/17).

La demarcación aquí de un *nosotros* respecto a *ellas* establece una diferencia en la que de un lado había organización, consciencia de la propia situación y herramientas para resolverla (“nosotros teníamos el sindicato, los delegados”), mientras que por el otro, simplemente “peleaban como podían”, noción que de nuevo refuerza su posicionamiento del lado del saber frente a la improvisación asociada a las mujeres.

El conflicto tuvo entonces dos posiciones contrapuestas en las luchas de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas y la de los trabajadores de MATEPA. En las entrevistas realizadas lo que prevalece es la ruptura más que el momento previo de coordinación, que ha sido mencionado sólo ante una re pregunta.

En el relato de las trabajadoras la toma de MATEPA fue un proceso atravesado por esta disputa, en la cual Carmen destaca el sacrificio realizado mientras que Isabel identifica el sesgo machista en la actitud de sus compañeros:

Carmen: con hambre, con frío, con todo lo pasamos. Molidas quedamos, pero vos con la bronca que tenés que te dejaron en el aire no sientes nada... yo no sentí nada, rabia nomás de que nos jodieron a nosotras.

Isabel: el manoseo... el ser tan machistas, porque los operarios de las otras fábricas nos insultaban, nos decían de todo. Y nosotros teníamos que luchar para conseguir nuestro sueldo, luchar para que no nos agredieran nuestros compañeros de la misma fábrica y de las otras fábricas que estaban alrededor. O sea, recibíamos maltrato, creo que por ser mujeres nada más (Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15).

La sensación de bronca frente al trato injusto de parte de la empresa se proyecta también sobre la confrontación con los trabajadores varones y da cuenta de la dimensión corporal en torno a los efectos físicos del sostenimiento de la huelga, sobre los que pesó más la decisión de continuar con el reclamo. A su vez, esa decisión se encuentra atravesada por las relaciones de género, pues en la mirada de Isabel no era indiferente el hecho de ser mujeres -a pesar de que, tal vez sintomáticamente, nombra al conjunto de las obreras como “nosotros”, en masculino- al momento de llevar a cabo la toma . Por el

contrario, era un factor importante en el encono hacia ellas, pues su condición de género le impuso una valoración particular a su pertenencia de clase en la mirada masculina.

En otra de sus evocaciones en una entrevista anterior a la citada, Isabel además recuerda lo siguiente:

Nosotros a las 5 de la mañana íbamos caminando. Ya el último momento íbamos en patas... el colectivo²⁵ ni bolilla nos daba. A nosotros nos gritaban de todo, que fuéramos a lavar los platos, que éramos unas locas, unas prostitutas (...)
(Entrevista realizada por Susana López y Débora Saso a Isabel, Trelew, 28/03/11).

Relegar la domesticidad asociada “naturalmente” a las mujeres para protagonizar la toma de una fábrica se plantea como una transgresión y de allí el señalamiento de “locas” o “prostitutas” al que hace referencia Isabel. La decisión de luchar y de hacerlo de manera independiente de las decisiones masculinas no sería una actitud aceptable para mujeres “decentes”, sino más bien propias de obreras de “moral degradada” como plantea Daniel James (2004). Según este autor, la asociación entre trabajo fabril y prostitución no es novedosa y corresponde a la construcción social y cultural de la diferencia sexual entre hombres y mujeres, que hace experimentar de formas desiguales dicho trabajo y, podríamos añadir los procesos de lucha.

Recuperando los cruces entre género y memoria para analizar la experiencia obrera en Berisso a través de la historia de vida de Doña María Roldán, una trabajadora del frigorífico Swift y militante peronista desde la década de 1940, James además analiza la tensión y la ambivalencia en su relato, debido a que su autorepresentación de la mujer como “buena madre” y “buena esposa” se contraponen con la práctica sindical y política sostenida por ella. Es posible examinar las experiencias de las entrevistadas a la luz de estas nociones pues se trata de mujeres que, como se planteó anteriormente, reivindicaron los roles tradicionales que las asocian a la maternidad para desplegar estrategias de lucha disruptivas. Esta aceptación de esos roles plantea según James, una influencia de la ideología dominante que realza la posición doméstica de las mujeres pero que está mediada o relativizada por la experiencia concreta de las relaciones de género y clase en una época histórica específica (James, 2004: 229-236).

Puede advertirse esa tensión o ambivalencia, por ejemplo, en el discurso de Beatriz -una de las trabajadoras entrevistadas, quien luego participó de la cooperativa y actualmente continúa trabajando como costurera en su propio taller familiar- respecto a

²⁵ En referencia al servicio de transporte que llevaba a los trabajadores y trabajadoras hacia el Parque Industrial.

la toma de MATEPA:

Las mujeres somos muy luchadoras, defensoras de la familia. Pero muchas mujeres están equivocadas, porque no defienden la familia, sino derechos propios. Hay que pensar en los hijos (Entrevista de la autora a Beatriz, Trelew, 23/11/18).

Según su mirada, la fortaleza de las mujeres reside en la defensa de la familia. Sin embargo, en la práctica actuó según las opciones disponibles aun cuando aquello implicara participar en actividades que, de manera ambigua, se desplegaban en defensa de derechos “propios” aunque los mismos tuvieran asiento en el bienestar familiar. La tensión entre derechos individuales y defensa de la familia es una cuestión irresuelta que podemos ver en las acciones que llevaron a cabo estas mujeres y los significados que para ellas tuvieron. El derecho a la indemnización por despido y al trabajo podría considerarse como un reclamo propio que en todo caso tendría repercusiones en la vida familiar, no así el reconocimiento como trabajadoras textiles.

Si consideramos que no todas las entrevistadas eran únicas proveedoras de sus hogares, ¿cuál es el límite entre los derechos “propios” y los derechos que involucran a otras personas para las mujeres?. Es factible inferir que no se trata de un límite muy claro, ya que, al igual que la noción de necesidad, en la conciencia femenina los derechos no siempre son del todo individuales, pues suelen involucrar a otras personas. Esto es así por la forma de asimilar socialmente la maternidad. Cuando una mujer es madre parece que debería pensar en los hijos casi como una parte de sí. Entonces, la tensión se encuentra en que a pesar de sostener esa noción dominante respecto de la maternidad, en la práctica no se trató para ellas de sólo “fundirse” en el hogar, la familia, sino también en ser persona, ser trabajadora.

Retomando la asociación entre obreras que luchan= transgresoras= “prostitutas”, es posible comprender la postulación de la defensa del hogar en tanto fundamento para la lucha, pero también como un alegato frente a la mirada masculina y a la acusación de “descuido” del mismo.

Por su parte, Isabel reflexiona sobre lo siguiente:

(...) las mujeres somos más bravas que el hombre, no bravas en el sentido de malas, sino que somos muy decididas a hacer las cosas. El hombre es más precavido pero no tiene esa capacidad de enfrentar las cosas, ellos van directamente a una determinada cosa, las mujeres no, es como que vos barrés todo. No es que vos vas a un determinado elemento, sino que vas barriendo, la mujer barre, porque vos estás atenta a una cosa pero a la vez estás escuchando lo que pasó allá (Entrevista de la autora a Isabel, Trelew, 14/11/17).

La adscripción femenina al hogar es un atributo que según ella sin embargo,

genera que las mujeres sean “más decididas”, ya que motivadas por la defensa de sus familias, defienden sus derechos y con ellos el bienestar de las mismas. Es interesante la analogía utilizada en relación a que las mujeres “barren” en alusión a la capacidad de prestar atención a varios temas a la vez, pues la acción de barrer como una de las tareas principales del quehacer doméstico es asimilada a la vez como un rasgo propio de la actitud de las mujeres ante distintas situaciones.

Por otro lado, resultan interesantes las referencias al carácter espontáneo de la decisión de comenzar la huelga. Siguiendo el testimonio de Isabel puede verse, por ejemplo, que:

Entonces nosotros dijimos en una oportunidad... ya estábamos con muchas necesidades. Nosotros dijimos no, ¿qué vamos a hacer? Vamos a tomar la fábrica. De hecho, fue una cosa que fue en el momento. Dijimos bueno, formemos una comisión, así que formamos una comisión de 6 personas (Entrevista realizada por Susana López y Débora Saso a Isabel, Trelew, 28/03/11).

Aquí, la expresión “en el momento” habla de la ausencia de “premeditación” y tiene que ver con los sentidos que estas mujeres otorgaron a sus acciones, manifestando una voz disonante respecto a los trabajadores, quienes las señalaban como parte de una maniobra previamente organizada para obstruir sus negociaciones. Esta noción de espontaneidad es entonces una manera de afirmar la legitimidad de su lucha por sobre los discursos esgrimidos en contra de ella. A su vez, es posible enlazar esto con la “contienda simbólica” que señala Andrea Andújar para analizar las experiencias de las mujeres piqueteras en Neuquén en el año 1996, pues la espontaneidad y la “ausencia de motivación política” se enmarcaban en la disputa de significados hacia los sectores de poder que las utilizaban como argumento para desprestigiar los reclamos populares y sus metodologías de lucha y organización (Andújar, 2014:123).

La falta de motivación política en este punto es también un elemento de peso que se reitera en los testimonios, como señala Isabel en uno de ellos:

(...) Nosotras nos organizamos, de las cien algunas se abrieron, otras continuaron.
(...) Y entonces, nosotros encaramos, no sé si llamarlo caradura, no sé... sabíamos que teníamos que ir, cobrar. A nosotros no nos importaba otra cosa, no queríamos que nos dieran nada, queríamos cobrar nuestro dinero. Y nos fuimos a la fábrica (Entrevista realizada por Susana López y Débora Saso a Isabel, Trelew, 28/03/11).

Aquí la organización para sostener la toma se combina con el carácter espontáneo señalado, y permite comprender los sentidos de la huelga para estas mujeres y las trayectorias que construyeron a partir de ello.

1.1 Mujeres que golpean con un solo puño

La toma de MATEPA, como hemos visto, no se sostuvo sin oposición de sectores de trabajadores que consideraban que se trataba de una medida perjudicial para sus intereses. Esa disputa se evidencia en los relatos de las trabajadoras entrevistadas, quienes además recuerdan haber encarnado un conflicto contra la patronal y contra los intentos de desalojo de la fábrica de parte de otros trabajadores. En este sentido, las situaciones de tensión y violencia narradas en torno al sostenimiento de la toma forman parte de este proceso, tal como recuerda Beatriz:

Las que estábamos éramos las costureras, los hombres no sé si por no saber, o porque tenían algún arreglo, no estuvieron. Y después iban durante la noche a asustarnos, a tratar de sacarnos y tomar ellos la fábrica, por eso siempre había policías de guardia, que cuando venían a apedrearnos llamaban a los patrulleros (Entrevista de la autora a Beatriz, Trelew, 23/11/18).

Por otro lado, Isabel y Carmen recuerdan de la misma manera estas situaciones, pero hacen referencia también a las respuestas que articularon ante ellas:

Carmen: nos querían sacar... ellos nos querían sacar a nosotros, pero estábamos más armadas... que todo

Isabel: nosotros poníamos caños con cemento y ladrillos. Ellos nos atacaban y nosotros atacábamos. Era así, o sea, porque ellos pensaban que no nos íbamos a defender, que nos podían sacar.

Carmen: nosotros con palos, con fierros, la cosa es que nos íbamos a defender (Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15).

A diferencia del relato de Beatriz, quien solamente habla de la intervención policial, Isabel y Carmen sí reivindican en ellas también el uso de la violencia como instrumento para la defensa propia e incluso como parte del aprendizaje que valoran de su protagonismo en la toma, pues allí es donde además recuerdan haberse fortalecido colectivamente para enfrentar otro tipo de situaciones:

(...) creo que para nosotros era más el orgullo de decir “no voy a retroceder” (...) Yo ahora cuando hablamos con mis hijos me río de las cosas. Por ejemplo yo tenía una compañera ahí que el marido le pegaba, tenía como 7 hijos, no sé cuántos hijos tenía la compañera, grande era, maltratada... y tuvo el coraje de pegarle al marido, de tanto estar ahí con nosotros que le decíamos “no te dejes pegar, pegale. ¿No tenés con qué pegarle?, dale con lo primero que encuentres”. De hecho, después se separaron, pero no se dejó pegar nunca. Era como que habíamos hecho un bloque y todas nos defendíamos de una u otra forma, era como que apuntalábamos al más débil. Y esas son cosas que uno aprende, no se olvida una de esas cosas (...) éramos muy agresivas, después con el tiempo éramos muy agresivas (Entrevista de la autora a Isabel, 14/11/17).

En el capítulo anterior hemos mencionado la referencia de Isabel en torno a una de sus compañeras, a quien el conflicto de MATEPA le sirvió para confrontar la

violencia física de parte de su marido. Este relato, junto a otros aspectos, como el rechazo de sus compañeros, la negativa del colectivo a trasladarlas a la fábrica, el sacrificio, miedo, frío y la carencia de ayuda constituyen elementos que particularmente se repiten a menudo en la narración de Isabel. Es posible analizar esta forma de evocar sus recuerdos en términos de lo que Alessandro Portelli entiende como “repetición incremental”, ya que en ellos se encuentran algunos de los elementos que según este autor la identifican, como el sondeo de la recepción, y la intención de asegurarse que aquello que se relata sea comprendido y recordado por el/la oyente (Portelli, 2016: 111). A esto podría añadirse la puesta a prueba de la empatía de la entrevistadora, buscando en cada detalle que la escucha sea cada vez más tendiente a situarse en su lugar, imaginar y así comprender lo narrado.

La repetición para Portelli, es además un recurso necesario para volver estable la comunicación oral, pues a falta de soportes materiales y a diferencia de la palabra escrita, es importante para completar el relato oral, corregir imprecisiones e incorporar consistencia y autoridad. Cada vez que retorna un recuerdo determinado, se nutre de mayores detalles que lo hacen más palpable y comprensible.

En la primera mención que Isabel hace sobre el caso de la compañera en situación de violencia por parte de su pareja, aparece de forma más ambigua “había mujeres golpeadas”. En cambio, en una segunda alusión sabemos que se trata de una mujer grande, con hijos, que se divorció a raíz de esa situación y del aliento de sus compañeras. No obstante, es un recuerdo que nos habla más sobre la forma de Isabel de vivenciar el proceso de lucha que sobre su compañera violentada. La referencia a esa situación refuerza la idea de que la toma significó para ella mucho más que la lucha por el salario, la indemnización y la fuente de trabajo. Aquí la historia oral nos brinda herramientas para interpretar por un lado, su relato en el cual la experiencia colectiva sirve para dar cuenta de su experiencia personal y los significados por ella atribuidos a los hechos del pasado. Mientras que por el otro lado, a nivel general permite conocer acontecimientos y vivencias de las protagonistas que no siempre son accesibles a partir de otras fuentes más “tradicionales”.

Para Isabel, entonces no se trataba entonces solamente de luchar por el fin específico que vinculaba a las trabajadoras sino de “apuntalar al más débil” y hacerse un “bloque” en ese camino. El sentido de este proceso para ella fue colectivo. Allí es donde residió la fortaleza y la posibilidad de sostenerlo en el tiempo.

En este punto es importante señalar que si bien Isabel al igual que las demás entrevistadas no se autoreconocen como feministas, el feminismo tiene mucho que ver en esta forma de recordar el pasado, como movimiento que en Argentina y en muchos países ha logrado visibilizar una serie de problemáticas como la que refiere Isabel. La profusión del debate en torno a las distintas formas de violencia sexista, la salud sexual y reproductiva, la diversidad sexual y la movilización social por reclamos relacionados a estos ejes, han generado en los últimos años y continúan generando cambios culturales de importancia. En este sentido, no es casual que para mujeres como Isabel u otras la huelga cobre algunos sentidos asociados a estos debates.

En otro pasaje de su relato además vemos reforzada nuevamente la idea de la agresividad adquirida en la huelga, necesaria frente a la mirada masculina y para visibilizar el reclamo ante el Estado:

(...) uno no está preparado para eso, menos una mujer. Un hombre tal vez si tiene conocimiento, pero la mujer no. Porque nosotros no sabíamos dónde ir, dónde quejarnos... nosotros tomamos la fábrica a ciegas, o sea, no sabíamos como manejarlos. Nosotros veníamos al municipio y amenazábamos de que íbamos a entrar todas, entonces nos atendían. Pero nos decían “sí, sí” como que vos estabas conforme.

Pero nosotros llegamos al gobierno provincial y... en ese transcurso hicimos muchas cosas, prendimos fuego gomas, árboles, ¡de todo!... hicimos de todo, o sea, no es que fue pacífico todo, tiramos piedras, peleábamos, nos hicimos fuertes ahí, o sea, ninguna bajó los brazos. Creo que fue difícil para nosotros, aprender a defendernos de una forma tan agresiva (...) nos agredían y nosotros tuvimos que defendernos, la única posibilidad de defendernos era con lo que sea, porque también teníamos miedo (Entrevista de la autora a Isabel, Trelew, 14/11/17).

La falta de conocimiento y preparación previa es un elemento al que también alude en otras ocasiones para dar cuenta de cómo arribaron a la decisión de la toma, resaltando el aprendizaje que aquella implicó, pero también dando cuenta de su carácter espontáneo. A su vez, además de la contundencia para defenderse, aparece el miedo y la necesidad de vencerlo como factor de unificación.

A este relato se contraponen otras miradas del conflicto, como por ejemplo la de Liliana -otra trabajadora entrevistada, oriunda de Gaiman que en la actualidad es empleada en el municipio de Trelew- quien recuerda la toma como un proceso en el que pesaba más el diálogo:

Se hacían muchas reuniones y se dialogaba mucho. Se pedían audiencias, y se respetaban. De esa manera nos manejábamos, siempre se hicieron las cosas con mucho respeto. Con gritos, insultos no íbamos a llegar a nada. Nosotros sabíamos que teníamos que tener paciencia (Entrevista de la autora a Liliana, Trelew, 12/05/17).

Aunque coincide en plantear que se trataba de la única opción que tenían para poder hacer visibles y lograr concretar sus reclamos:

La decisión salió de las mujeres. Éramos casi todas puras mujeres, y lo hicimos porque no había otra solución. Fue una medida de fuerza para ser escuchadas, era la última instancia que teníamos (Entrevista de la autora a Liliana, Trelew, 12/05/17).

Este sentido respecto de la huelga está relacionado, por un lado con la función que Liliana ocupó en la misma, debido a que en coincidencia con lo que cuentan las demás entrevistadas, ella era encargada de visitar los medios de comunicación para difundir el conflicto o recorrer comercios para solicitar donaciones, es decir, realizar tareas que requerían “diplomacia”. Por otro lado, corresponde a su balance posterior y la relación en torno al conflicto, pues no parece tener para ella la misma importancia que tuvo por ejemplo para Isabel o Carmen, lo cual se evidencia por ejemplo, en que no recuerde la realización del acto del 1° de mayo en la fábrica como un hecho importante.

Una posible interpretación acerca de esta diferencia en la forma de recordar entre las entrevistadas reside en las diferencias al interior de la clase que hemos señalado en el capítulo anterior. La situación de Liliana al momento de la huelga era diferente de la de otras mujeres, para quienes la pérdida del trabajo en Confecciones Patagónicas significaba un mayor impacto económico. Según su mirada, la participación en el conflicto estuvo más relacionada con el reclamo por “lo que correspondía”, que sólo por la necesidad en los términos en los que la hemos analizado, pues en su relato, contando con el trabajo de su esposo para sostener la economía familiar al menos durante cierto período, lo que pesaba en esta instancia era lo colectivo: “(...) Entonces las que estábamos en una mejor situación que otras no lo hacíamos por nosotras, sino por todas”.²⁶

En torno a la relación con los trabajadores de MATEPA, sin abundar en detalles y reflexiones, coincide en marcar la divisoria con respecto a ellos al mencionar que la toma se concretó por decisión de las mujeres y que en ese proceso, los varones “(...) se ofendieron mal, pero después se dieron cuenta”.²⁷

La noción de lo colectivo como valor y como legitimidad de la protesta parece ser un rasgo común en las mujeres entrevistadas, quienes, con balances disímiles sobre lo que implicó la huelga en sus vidas, sobre lo que hicieron y debieran haber hecho,

²⁶ Entrevista de la autora a Liliana, Trelew, 12/05/17

²⁷ Ídem

recuerdan la toma de MATEPA. Es posible analizar estas formas de recordar el pasado a la luz de las propuestas de Portelli, pues si bien cada persona individualmente recuerda de forma distinta, “(...) es el cruzamiento de memorias de una multiplicidad diversa de grupos, y las organiza de manera diversa. Como cualquier actividad humana, la memoria es social y puede ser compartida (...)” (Portelli, 2016: 139).

A su vez, la evocación de los recuerdos tiene un contexto específico y en las distintas formas de recordar reside el valor histórico de los mismos, aspecto sobre el que tratará el siguiente acápite.

2. Sobre el contexto de las entrevistas

La historia oral según Portelli, basa sus principales indagaciones en la “narración intersubjetiva” que resulta de la entrevista, en tanto espacio de “observación recíproca” entre dos sujetos, un entrevistador/a y un entrevistado/a.

Las entrevistas a su vez, tienen un contexto de producción y no es posible borrar en ese intercambio al investigador/a y su función en la construcción de las fuentes orales (Grele, 1991; Portelli, 2016).

Los recuerdos sobre un proceso en particular no son evocados de la misma manera en cualquier momento y frente a diferentes interlocutores. En ese sentido, el contexto histórico y social de la rememoración en la entrevista forma parte de su análisis, tanto como el carácter del testimonio resultante en tanto fuente. Según afirma Portelli:

(...) la historia oral, como toda forma de trabajo de campo difiere de las ciencias naturales porque es una observación *recíproca* entre sujetos humanos a quienes no les gusta ser *estudiados* u *observados* como si fuesen libros o fenómenos naturales (Portelli, 2016: 87).

En este sentido, las personas entrevistadas trajeron a su memoria y enunciaron fragmentos de su pasado, no sólo en función de las preguntas realizadas sino también en relación a quién las realizaba, seleccionando en función de ello, qué contar, qué aspecto enfatizar en su relato y cómo hacerlo. La entrevista entonces, como señala Portelli implica una “narración intersubjetiva” que cuenta con un contexto y en la que el entrevistado/a tiene un “interlocutor empírico” (Portelli, 2016: 90), o bien como plantea Ronald Grele, se trata de una “(...) narración conversacional creada conjuntamente por el entrevistador y el entrevistado (...)” que a su vez se encuentra mediada por su índole gramatical o lingüística, por las relaciones de carácter social establecidas entre entrevistador/a y entrevistado/a y por los aspectos ideológicos y culturales a través de

los cuales hablan tanto uno/a como el/la otro/a (Grele, 1991: 112).

En las entrevistas realizadas para esta investigación, el diálogo con algunas de las mujeres que protagonizaron la huelga tuvo un carácter específico en base al género -existe una ventaja en ser mujer para entrevistar a otras mujeres-, la cuestión generacional, pues la forma de interpelar no es la misma hacia alguien que se encuentra en el mismo rango etario que alguien que no, y la cuestión de clase en torno a cierto prejuicio hacia la universidad y las personas que acceden a una carrera. A partir de ello, existe una interpelación diferente en el diálogo, pues lo que las entrevistadas rememoran tiene que ver con estos aspectos señalados y con lo que en función de ellos consideran que es de interés para quien las entrevista. Además, al respecto de la semejanza entre entrevistadora/entrevistada, resulta interesante otro de los elementos que señala Portelli, pues según este autor, “(...) aquello que hace significativa a la historia oral es el esfuerzo de conducir un diálogo entre y más allá de la diferencia (...)” (Portelli, 2016: 86). Es decir, que el límite que pudiera marcarse tiende a matizarse en tanto el diálogo se produce. Encontramos un ejemplo de esto en una de las entrevistas con Isabel, en la que señala un límite respecto de la entrevistadora

¿vos qué pensás?, cuando una te cuenta todas esas necesidades, porque ustedes no han vivido estar al borde de nada, porque vos tenés que ponerte en la situación nuestra. Vos imaginate no tener comida, te volvéis a la casa y tenés que mirarle la cara a tus hijos, tu marido, pareja, lo que sea, no importa. A vos lo que te mata es la mirada de tu hijo que te dice que tiene hambre, cuando vos ves los ojos de tu hijo que tiene hambre, ahí se te parte el alma en mil pedazos. Cuando vos entres en esa situación entonces vas a entender lo que uno siente, la necesidad extrema (...)

Porque las personas como vos, muchos estudiantes que uno ve que dicen que son socialistas... pero con la plata de los otros. Fijate vos cuál socialista es solidario, que algún compañero diga, “yo tengo estos 200 pesos y los voy a dar”, ponele, a un mendigo. Nadie te da de su bolsillo, todos somos magos en el bolsillo ajeno, en este caso en el estado. Nosotros cuando tuvimos este problema, ninguno de plata, de estos que hablan que dicen que son solidarios, que son de caritas, todos esos... lo peor que hay es la iglesia, te sacan el diezmo o vos das la ofrenda pero no te dan ni el aire.

Vos ves a un socialista que te dice “no, porque hay que repartir en partes iguales, hay que ser solidarios”, vos decile a ese, “cuánta plata tenés vos en el bolsillo para repartir acá entre nosotros”, no va a ser más socialista (Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15).

El diálogo continuó luego de esta intervención, en la cual los “socialistas” se fueron desdibujando en un marco más amplio junto a “los políticos” con los que se contactaron durante la toma o con la típica imagen del “político que no cumple”. Sin embargo, el límite ya estaba planteado y sólo fue posible correrlo o relativizarlo con un comentario en tono de broma sobre el reparto “en partes iguales” de la fortuna de Analía

Inocenti, a partir del cual la conversación continuó en el mismo sentido de amabilidad con el que se había desarrollado, quedando además implícita otra noción diferente respecto de las implicancias del socialismo.

Ahora bien, en relación al contexto de la rememoración, en tanto casi la totalidad de las entrevistas fueron realizados entre el año 2015 y 2018, es necesario situar los relatos recogidos en los mismos en relación con el nuevo avance del neoliberalismo que significó en Argentina el triunfo presidencial de Mauricio Macri. Las escasas fábricas que sostuvieron su producción en el PIT con posterioridad a la década de 1990, en la actualidad se encuentran con dificultades similares a las que atravesaron durante esos años o directamente han cerrado sus puertas.

Como se ha mencionado en la introducción de este trabajo, la mirada sobre el conflicto de MATEPA y Confecciones Patagónicas se inscribe en la historia reciente, de modo que se encuentra situada en la indagación acerca de lo que Cristina Viano plantea como procesos históricos que, aún en curso son “inacabados pero inteligibles” (Viano, 2012: 120). En este sentido, nuevamente se trata de indagar acerca de cómo la política y las condiciones sociales impactaron e impactan en las vidas de personas concretas y cómo aquello también repercute en las memorias sobre el pasado en relación al presente.

Es preciso situar aquí el testimonio de Isabel, quien plantea una mirada respecto a la situación actual:

Y en ese momento uno se da cuenta... yo hoy estoy en el sindicato... y uno ve que se está perdiendo eso, el ser compañero, el que lucha por el trabajador. Porque de hecho hace muchos años estamos perdiendo muchas cosas... y ahora es peor... ahora estamos peor.

Y el trabajador es como que está dormido. Vos hablás y te dicen “estamos bien”, si, estamos bien pero andan pidiendo subsidios, pidiendo planes, andan pidiendo todo. O sea, no estamos bien.

Yo por ejemplo, llevo 38 años trabajando, tengo 37 años de aportes. Con todas las cosas que me han sucedido, jamás fui a pedir un subsidio, no fui a pedir una bolsa de alimentos, el día que fui a pedir una bolsa de alimentos me dijeron que no, porque tenía piso de cerámico.

Entonces en esas cosas ves que está todo mal. Acá, hoy... no sé, yo no entiendo, el trabajador cómo pudo votar un presidente como el que tenemos ahora, la verdad, no entiendo. Pero tampoco nos engañó, porque él dijo lo que iba a hacer y lo está haciendo. Él dijo que iba a hacer una economía neoliberal y lo está haciendo, no nos engañó. Y ahora nos estamos quedando sin trabajo... y el Parque Industrial, lo poco que queda también se está quedando, porque están suspendiendo gente. En Sedamil hay gente que está 8 meses suspendida de un sector, el otro sector lo suspenden semana de por medio... entonces no estamos mejor... la construcción también, qué se yo, yo estoy en gastronómicos, pero tampoco... andamos ahí. (Entrevista de la autora a Isabel, Trelew, 14/11/17)

Ya alejada del rubro textil y pronta a jubilarse, Isabel lleva años trabajando en el sector de lavandería de un hotel. Allí desarrolló además actividad sindical en el gremio de trabajadores y trabajadoras de gastronomía y hotelería (UTHGRA) y en los últimos años ha participado de distintos conflictos por mejores salarios y condiciones de trabajo para empleados y empleadas de distintos restaurantes y hoteles de Trelew, como integrante de la conducción del gremio mencionado.

Desde ese lugar ha rememorado las circunstancias de la toma de MATEPA y, a partir de esa trayectoria que hoy la continúa situando en la lucha por derechos laborales, evalúa el triunfo electoral del macrismo como un claro retroceso de las condiciones materiales de vida en un momento de pérdida de solidaridad y compromiso de parte de los trabajadores y trabajadoras. Esta misma trayectoria es la que además, la posicionan en el rechazo hacia la política asistencial del Estado, contraponiéndola al trabajo genuino. En este punto resulta interesante la noción postulada respecto de lo que es y no es el trabajo “genuino”, pues implica, como plantea Andrea Andújar, significados diferentes para quienes tuvieron un empleo estable, registrado y con salarios más altos -como las y los trabajadores del PIT desde antes de la crisis-, que para aquellas personas que no han conocido esa situación (Andújar, 2014: 253).

Es posible situar en este marco también la rememoración en los testimonios de las trabajadoras sobre el Parque Industrial y la época en la que funcionaban las fábricas, en contraste con la situación actual, como describe Isabel con el ejemplo de la fábrica Sedamil, o como recuerda Carmen a partir de su experiencia en Inteco:

(...) como Inteco que era una fábrica tan linda, con guardería, está todo destruido. Eso te duele, porque vos trabajaste ahí. Ningún gobierno ha hecho nada por el parque industrial, está abandonado y eso era una joya, jardines, todo arregladito (Entrevista de la autora a Carmen, Trelew, 23/11/17).

Cabe aquí retomar el planteo de Andújar (2014) respecto de las transformaciones materiales y subjetivas que provocó la privatización de YPF en Neuquén y Salta, la cual fue vivenciada de maneras diferentes por las mujeres respecto a sus compañeros varones. A su vez, la desestructuración causada por este proceso según la autora hizo invisibles otros conflictos anteriores, resaltando los beneficios de los que gozaban los trabajadores ypefeanos y sus familias.

Es posible interpretar la rememoración de Carmen en torno a su experiencia en Inteco en esta clave, según la cual prevalece una idealización del pasado que posiblemente haya fortalecido su decisión de luchar frente a las consecuencias que

generó el cierre de las fábricas y la crisis en el PIT. A su vez, esto se entronca con el análisis de Mónica Gatica (2000), en relación a que en particular Inteco no fue una fábrica en la que efectivamente haya habido grandes conflictos obreros, pero además en torno a la importancia que tuvo en términos subjetivos para sus trabajadoras, quienes tuvieron la posibilidad de acceso al consumo y a mejores condiciones de vida, lo cual contribuyó a que el cierre de esta fábrica tuviera en ellas un gran impacto.

Carmen además, como mencionamos, continuó trabajando en confecciones y hasta su jubilación experimentó en los diferentes establecimientos y cooperativas en las que se desempeñó, el empeoramiento de las condiciones laborales, incluso durante el período de Confecciones Patagónicas:

Débora: y antes de empezar con la huelga, ustedes trabajaban todos los días, ¿cómo era su jornada de trabajo?

Carmen: sí, entrábamos a las 6 de la mañana y salíamos a las 2 de la tarde. Y a veces trabajábamos sin gas, hasta ese maltrato. Yo a veces pienso por qué ando tan mal de los huesos, y porque trabajábamos sin gas. En ese tiempo abusaban con la gente porque no había trabajo (Entrevista de la autora a Carmen e Isabel, Trelew, 19/06/15).

Resulta interesante cómo particularmente describe sus experiencias, pues a partir de una situación concreta es capaz de dar cuenta de un entramado general en torno a las relaciones laborales, pero fundamentalmente del impacto de aquello en su corporalidad y subjetividad. Estos elementos ayudan a explicar, en su caso, el proceso de la toma de MATEPA no sólo desde los hechos formales, sino también desde las implicancias reales que las políticas económicas tuvieron en personas de carne y hueso.

Esto nos lleva a pensar en lo que significó el proceso posterior a la toma, en el que la experiencia de la cooperativa de trabajo conformada a raíz de esa lucha constituye un recuerdo difícil de traer a la memoria.

Las cooperativas de trabajo han sido una de las herramientas que, ante la crisis durante y después de los años noventa, posibilitaron la recuperación de fuentes de trabajo o la gestión de emprendimientos para colectivos de trabajadores y trabajadoras desocupadas a partir de su organización en movimientos barriales y territoriales. Sin embargo, no debemos perder de vista que se trata de una figura que, en ocasiones, ha servido para encubrir relaciones laborales de dependencia o para sostener una situación de precariedad laboral o de desempleo encubierto bajo programas sociales que, siendo producto de la lucha por reivindicaciones sociales para combatir la pobreza, no dejan de ser espacios en los que los trabajadores y trabajadoras no cuentan con los beneficios que

serían esperables por sus tareas.

En el caso de la cooperativa conformada por las trabajadoras al finalizar la toma, el objetivo fue conservar las fuentes de trabajo que habían perdido a partir del cierre de Confecciones Patagónicas. Según los testimonios, se constituyó con el otorgamiento de un crédito de parte del gobierno provincial para la compra de máquinas e insumos, de la cual se encargaron las mismas mujeres que integraron el emprendimiento. Esta experiencia, según ellas, se sostuvo durante cerca de un año y no dejó un recuerdo satisfactorio para las entrevistadas que participaron (Beatriz y Carmen) o para quienes sin formar parte de ella, igualmente vieron cómo se desarrolló (como el caso de Isabel). Según Carmen, se produjo un conflicto entre ese colectivo de mujeres que integraron la cooperativa, particularmente con quienes llama las “jefas”:

Carmen: La gente es mala, después las compañeras cuando ya estábamos trabajando bien con la fábrica, empezaron a hacerse las jefas, eran las jefas. A nosotros nos hacían trabajar doce horas, trabajábamos hasta las diez (...)

Débora: ¿Y funcionaba en el mismo lugar que Elastax?

Carmen: Ahí la primera vez de la cooperativa sí. Incluso fue Das Neves cuando estábamos trabajando nosotros ahí en la cooperativa. Nosotros estuvimos trabajando para Adidas ahí

Débora: ¿Hacían prendas y vendían?

No, lo entregábamos a Buenos Aires y nos obligaban a que trabajemos las jefas

Débora: ¿Quiénes eran las jefas?

(...) las mismas compañeras

Débora: ¿Y esa fue una experiencia larga?

Carmen: No muy larga, pero fue triste para nosotros, porque luchamos para estar en MATEPA tres meses, que compraron las máquinas, que armamos la cooperativa pero ellas tendrían que haber sido más humildes, no tuvieron humildad en ese sentido las que tomaron el mando. Entonces para mí fue una mala experiencia (...)
(Entrevista de la autora a Carmen, Trelew, 23/11/17).

No fue posible conocer a partir de las entrevistas cuál fue el motivo del cierre de la cooperativa más allá de los conflictos internos que cuentan las entrevistadas. Es posible inferir que haya tenido que ver con las dificultades para vender su producción, en función de lo sucedido con las fábricas del PIT.

En cuanto a Beatriz, ella, como mencionamos, fue presidenta de la cooperativa y sobre ese proceso realiza el siguiente balance:

Débora: ¿la cooperativa que conformaron después de la toma?, ¿cómo fue esa experiencia?

Beatriz: Sí, para mí fue una mala experiencia. Porque yo me hice cargo de muchas cosas, dejé a mi familia, a mis hijos y no sirvió para nada. Porque nadie quería asumir la responsabilidad pero después todas criticaban y reclamaban. Yo me recorría las fábricas buscando trabajo, me movía para pedir telas y hacer cosas en la cooperativa.

No hubo unión entre la gente, nadie se quiso hacer cargo de las mujeres, un varón

que tuviera experiencia por ejemplo. Porque las mujeres somos inteligentes y defensoras de la familia, pero a veces el orgullo es lo que nos gana. Y se sumó que no sabíamos, no teníamos experiencia (...) (Entrevista de la autora a Beatriz, Trelew, 23/11/18).

Resulta llamativa (o no) la suposición de que era necesaria la figura de un *varón* para tomar la dirección de la cooperativa, en tanto figura de autoridad que en su perspectiva podría contar con mayor respeto que una mujer. ¿Por qué sí y por qué no esto despierta atención?: porque, por un lado la figura masculina se asocia a la posesión de *experiencia* en tanto conocimiento de cómo y capacidad para organizar a un colectivo de personas con un fin determinado, aptitud que las trabajadoras de Confecciones Patagónicas habían demostrado sobradamente, al lograr sostener una toma de fábrica durante más de tres meses, además de contar con una importante especialización en el trabajo a realizar; entonces, ¿por qué suponer que no tenían, como mujeres capacidad para gestionar y dirigir las actividades de su cooperativa?.

Por el otro lado, la afirmación de Beatriz no es tan llamativa, porque como plantea Andrea Andújar (2014: 262-263), el ejercicio de roles de dirección y “liderazgos” correspondía a la tenencia de atributos socialmente considerados masculinos, pese a que como mujeres fuesen capaces de desarrollarlos (decisión, fortaleza para afrontar conflictos, conocimiento de cuestiones políticas, sindicales, laborales, etc.). Coincidimos con este análisis para comprender la situación de las obreras de Confecciones Patagónicas, pues, por más que en tanto mujeres pudieran desarrollar esas características, no “alcanzaba” para realmente estar a la misma altura que los varones.

A esto se añade que, de acuerdo a lo analizado en este trabajo respecto a la asociación de las mujeres al espacio de la domesticidad como única trinchera realmente “legítima” en el mundo laboral y en los conflictos sociales, suceden dos cuestiones interesantes, una es que el ejercicio del “liderazgo” de parte de una mujer suele ser mucho más férreamente cuestionado que el de un hombre, por las formas de socialización y educación generizadas que atribuyen roles diferentes a unos y otras y que además fomentan los vínculos y relaciones de competencia entre las mujeres más que las de compañerismo y solidaridad. Pero otra cuestión fundamental tiene que ver con lo que Andújar señala en relación al uso de los tiempos, pues la división sexual del trabajo que adjudica a las mujeres tareas de cuidados que demandan horas de trabajo diarias, impide que puedan dedicar tiempo a sostener tareas de organización colectiva y para, podríamos decir en relación a la cooperativa de las trabajadoras de Confecciones

Patagónicas, ante cada dificultad o fracaso, volver a intentar sostener las iniciativas propias, pues éstas implicaban como sostiene Beatriz, “descuidar” a sus familias.

Otra apreciación que Beatriz añade a su valoración sobre lo sucedido en la cooperativa tiene que ver con los beneficios de la misma en tanto herramienta para sostener las fuentes de trabajo:

La cooperativa es lo mejor para salir adelante, hay otras cooperativas en las que se pudo trabajar y creo que es mejor que depender de empresarios que se llevan nuestra riqueza. A nosotras nunca nos interesó dónde iba nuestro trabajo. Pero yo como presidenta de la cooperativa no podía hacerme cargo de todo... de ahí que después de que se disolvió yo decidí trabajar por mi cuenta, sin gente de afuera (Entrevista de la autora a Beatriz, Trelew, 23/11/18).

Aquí además resulta interesante el sentido que plantea del cooperativismo en el cual, contrariamente a las empresas, el fruto del propio trabajo es más tangible.

En el caso de Isabel, ella luego de la toma comenzó a trabajar en el hotel en el que continúa desempeñándose en la actualidad, sin interés en participar de la cooperativa:

Débora: ¿Cómo fue el tema de la cooperativa, cómo se llamaba, cuánto tiempo funcionó?

Isabel: La verdad que yo no fui partícipe de la fábrica esa, o sea de la cooperativa. Pero mis compañeras sí estuvieron, no sé después... uno tiraba para un lado, el otro para el otro (...) se desarmó en realidad. Se desarmó y la gente empezó a llevarse las máquinas, se llevó todo lo que era un desorden terrible y no duró mucho tiempo... un año o dos años habrá estado, como máximo (Entrevista de la autora a Isabel, 14/11/17).

En su perspectiva, intervinieron otros intereses de índole individual y no colectivo, que desvirtuaban la finalidad de la cooperativa. Por otro lado, la cuestión de las máquinas es una tensión irresuelta que permaneció luego de que finalizara este proyecto y que es posible inferir que haya profundizado divisiones internas.

Aun con esta tensión, la experiencia de la cooperativa es un tema sobre el cual es interesante continuar indagando en futuras investigaciones, con el fin de comprender el proceso de lucha y sus derivas, buscando conocer más acerca de las formas de organización para dar respuestas ante las crisis, los intentos, fracasos y logros.

Conclusiones

*Mientras vamos marchando, marchando a
través del hermoso día
Un millón de cocinas oscuras y miles
de grises hilanderías
Son tocados por un radiante sol
que asoma repentinamente
Ya que el pueblo nos oye cantar: ¡Pan y rosas! ¡Pan y rosas!
(...)*

James Oppenheim, 1911

Este trabajo se propuso analizar las experiencias de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas a la luz de los cruces entre clase y género. En tales cruces fue donde planteó y abordó sus principales interrogantes. De allí surgió también el título de esta investigación inspirándose en un poema escrito en 1911, el cual más allá de su autoría masculina, sintetiza un andar de historias de luchas y resistencias de las mujeres obreras.

“Vamos marchando” remite al movimiento, a la ocupación de parte de las mujeres de los espacios social e históricamente vedados a su presencia o limitados a la mínima expresión posible, siempre en las sombras de la domesticidad. A partir de esto, esta investigación se propuso recuperar las vivencias de mujeres que desde esos márgenes, hallaron los resquicios para luchar.

Esa intención motivó la pretensión de reconstruir la huelga de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, para lo cual fue nodal examinar las demandas que en ella plantearon, los sentidos que otorgaron a sus acciones, sus trayectorias personales y colectivas, además de vínculos de sociabilidad dentro y fuera de la fábrica y las alianzas que construyeron para sostener el proceso de lucha.

En ese camino se buscó situar esta experiencia en el contexto general de la década de 1990 estableciendo sus nexos con otros procesos que se caracterizaron por el protagonismo femenino en Argentina y que plantearon diferentes formas de resistencia a las políticas neoliberales. Éstas fueron sumamente críticas para la clase trabajadora, generando impactos que son visibles en la actualidad, pues forman parte de un proceso histórico aún abierto.

Inquiriendo sobre los significados construidos por las mujeres que protagonizaron el conflicto, este trabajo también procuró analizar los relatos orales de las entrevistadas

en cuanto a sus modos de recordar los hechos y en función de ello, dar cuenta de la relación entre clase, género y memoria. Las preguntas acerca de quiénes eran las trabajadoras entrevistadas, por qué lucharon, a qué conclusiones arribaron sobre esa experiencia proporcionaron un modo de aproximación al conflicto que protagonizaron a la luz del análisis de sus recuerdos con las herramientas teóricas y metodológicas que aporta la Historia oral. Entendiendo que los sentidos de la huelga son inteligibles a partir de estos interrogantes, se buscó comprender la forma en que las mujeres construyeron su experiencia como colectivo femenino en la lucha, quebrando su cotidianidad para formar parte de un conflicto cuya dinámica y conclusión cambió sus vidas. Cuando levantaron la toma y retornaron a sus hogares ya no eran las mismas, pues en esa extensa protesta edificaron saberes propios sobre la autoorganización, generaron lazos y alianzas, desafiaron mandatos y demandaron su reconocimiento como trabajadoras con derechos.

La noción thompsoniana de experiencia fue clave para comprender ese conflicto partiendo de que la clase social, lejos de estar “dada” por la posición frente a los medios de producción, se encuentra configurada por los modos de vivenciar las condiciones sociales y de sostener prácticas comunes a partir de la lucha. A su vez, esa noción no fue entendida de manera neutral en términos de género pues nutrido por la historiografía feminista y con perspectiva de género, este trabajo logró demostrar que la asignación social de roles de género es central para entender también la experiencia de clase, en tanto experiencia sexuada o generizada.

Hemos visto que las acciones llevadas a cabo por las trabajadoras de Confecciones Patagónicas tensionaron ciertos roles de género vinculados a la ideología de la domesticidad, por ejemplo, al decidir la toma de una fábrica, ausentarse de sus casas y enfrentar por ello la negativa de sus parejas ante tal decisión. Aún aceptándolos, incluso, las mujeres con sus prácticas los cuestionaron al romper la idea de pasividad esperable de sí para encarnar un largo conflicto, resolución que llevaron a cabo no sin dificultades. En esta investigación, el cruce entre los conceptos de clase y género permitió justamente advertir la complejidad de la experiencia de estas mujeres, quienes encarnaron la lucha desde la doble dimensión de madres/“amas de casa” y trabajadoras decididas a defender sus derechos, desafiando con ello la impugnación masculina respecto a su protagonismo en el proceso de lucha.

A su vez, esta perspectiva permitió comprender las maneras diferentes de concebir

el trabajo, el tiempo libre, la necesidad, los derechos laborales por parte de las trabajadoras de Confecciones Patagónicas, respecto de los trabajadores de MATEPA, pues el tiempo en el hogar no necesariamente es tiempo libre para las mujeres, como sí puede serlo para los hombres, o la necesidad y los derechos que no siempre son individuales para quienes socialmente se ocupan de las tareas domésticas y de cuidados en el ámbito familiar. También hizo posible poner de relieve las formas diferenciales de recordar el pasado y otorgarle significados por parte de unas y otros. En tal dirección puede reafirmarse que la pertenencia de clase no opera de maneras iguales en varones y mujeres, pues existen condiciones materiales y subjetivas diferentes en cada caso que hacen que las formas de vivenciarlas sean también distintas.

En suma, esta investigación se planteó reconstruir el conflicto llevado a cabo por las trabajadoras de Confecciones Patagónicas a partir del análisis de sus experiencias, sus trayectorias, vínculos y sus formas de recordar el pasado, desde un enfoque relacional. Con la convicción de que esta mirada aporta a una comprensión más integral del pasado reciente y los procesos de resistencia contra el neoliberalismo durante la década de 1990 en Argentina, esta investigación además ha sido posible en la medida en que se inserta en una práctica historiográfica que, desde la Patagonia ha propiciado el estudio de la memoria e historia de la clase obrera en esta región.

Retomando lo planteado al principio del trabajo, se trata de recuperar el pasado histórico y las formas de lucha de los oprimidos y oprimidas, con el fin de repensar a partir de ello el presente y el futuro. Por ello es importante mencionar también, que se trata de una investigación que se realizó en un marco de ascenso de la lucha feminista y de una masificación de los debates por ella impulsados, los cuales llegaron incluso a las más jóvenes generaciones. Esto influyó tanto en las memorias de las mismas trabajadoras, quienes -aún sin expresarlo en esos términos- reflexionaron sobre su pasado a la luz de estos debates, como en el punto de vista tomado para realizar este trabajo, pues la tarea de estudiar historia nunca ocurre en soledad, ni aisladamente de las transformaciones sociales del presente, ni tampoco se encuentra escindida de las trayectorias políticas y de las relaciones de quienes investigan. Es así que este trabajo también se propuso contribuir a una historia militante, cuyo objetivo es la reconstrucción del pasado de las clases oprimidas, incorporando en su mirada la intersección con las relaciones de género.

El estudio de las experiencias de las mujeres trabajadoras además aporta a

reflexionar sobre la historia de la clase obrera en clave no solamente masculina, evidenciando que existen otras trayectorias a ser analizadas, además de otras formas de abordaje respecto de las implicancias de las relaciones de género en la construcción social de la clase en los procesos de lucha. Por ello, el tema y los interrogantes que planteó esta tesis forman parte de una de las muchas miradas y profundizaciones posibles. Por ello, así como es deudora de otros trabajos realizados con anterioridad, esta tesis ampara el desprendimiento de otras líneas de investigación, entre las cuales se encuentra la indagación sobre otras experiencias de mujeres trabajadoras de talleres o fábricas de confecciones en el PIT en base a la división sexual del trabajo entre ésta y el área textil; la conformación de cooperativas de trabajo en este sector y la generización de la organización del trabajo; o las nociones y representaciones de masculinidad entre los trabajadores textiles.

Esperando haber contribuido a estos debates y futuras indagaciones, este trabajo finaliza su recorrido con el objetivo de proponer una mirada crítica, sosteniendo que en tanto la historia no ha terminado, es posible la realización de las utopías.

Bibliografía

- Alías Lahittette, M. Eugenia (2006) *Género y trabajo : Reflexiones acerca del lugar de la mujer en el mercado de trabajo argentino*. Tesis de Licenciatura en Sociología, La Plata: UNLP, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.511/te.511.pdf>
- Andújar, Andrea (2008) Historia, género y memoria: las mujeres en los cortes de ruta en la Argentina. En: Necochea García, Gerardo [et.al.] *Historia oral y militancia política en México y en Argentina*. Buenos Aires: Editorial El Colectivo y Facultad de Filosofía y Letras/UBA
- Andújar, Andrea (2012) El género de la historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado. En: Viano, Cristina (ed.) *Miradas sobre la Historia. Fragmentos de un recorrido*, 1ª ed. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Andújar, Andrea (2014) *Rutas argentinas hasta el fin: mujeres, política y piquetes, 1996-2001*. 1ra Ed. Buenos Aires: Luxemburg
- Andújar [et.al.] (2016a) *Vivir con lo justo: estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*. 1ª ed. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Andújar, Andrea (2016b) La lucha por lo justo: un estudio sobre las huelgas petroleras de 1932 en Comodoro Rivadavia. En: Andújar [et.al.] *Vivir con lo justo: estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*. 1ª ed. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Barrancos, Dora (2010) *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. 2ª ed. Buenos Aires: Sudamericana
- Bidaseca, Karina (2004) Negadas a la existencia y condenadas a la desaparición. Un estudio acerca de las mujeres rurales en Argentina y Brasil desde la perspectiva de género. En: Giarraca, N. y Levy, B. (comps.) *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*. Buenos Aires: CLACSO
- Bock, Gisela (1991) “La historia de las mujeres y la historia del género: Aspectos de un debate internacional”, *Historia Social* (9). España: Universidad de Valencia, Instituto de Historia Social, pp. 55-77
- Bonnet, Alberto (2008) *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. 1ª ed. Buenos Aires: Prometeo Libros

- Califa, Juan S. (2016) “Obreros y estudiantes, ¿unidos y adelante? Los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires frente al movimiento obrero bajo la “Revolución Argentina”, 1966-1973”. En: *Archivos* (año IV, N° 8), pp. 141-160
- Campione, D. y Rajland, B. (2006) Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de 2001 en adelante. Novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos En: Caetano, Gerardo (comp.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*; 1ª ed. Buenos Aires: CLACSO
- Caruso, Laura (2016) Hombres a bordo: experiencia laboral y masculinidades en el mundo del trabajo marítimo en la primera posguerra. En: Andújar, Andrea [et.al.] *Vivir con lo justo: estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*. 1ª ed. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Cerio, Débora (2012) La historia social radical: el marxismo británico. En: Viano, Cristina (ed.) *Miradas sobre la Historia. Fragmentos de un recorrido*, 1ª ed. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Ciriza, Alejandra (2002) Pasado y presente. El dilema Wollstonecraft como herencia teórica y política. En: Borón, Atilio (comp.) *Teoría y filosofía política: la recuperación de los clásicos en el debate latinoamericano*, Buenos Aires: CLACSO
- Cotarelo, María Celia (2016) *Argentina (1993-2010). El proceso de formación de una fuerza social*, 1ª ed. Buenos Aires: Imago Mundi
- Elizalde, Silvia (2006) “Mujeres que dan pelea. Dos experiencias de disputa política contra la represión y la exclusión en la Argentina contemporánea”. En: *Cuadernos FhyCS-UNJu*, (31), pp. 161-172
- Farnsworth-Alvear, Ann (1996) “El misterioso caso de los hombres desaparecidos: género y clase en el Medellín de comienzos de la era industrial”. En: *International Labor and Working Class History*, (49), pp. 73-92. Traducción de Víctor M. Uribe
- Favaro, O. e Iuorno, G. (2008) Sujetos, política y conflictos en la Patagonia argentina. En: Iñigo Carrera, N. y Calveiro, P. *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO
- Felitti, Karina (1999) “Hacia una historia del Movimiento de Mujeres en Lucha. Conciencia de clase, conciencia femenina, conciencia feminista”. En: *Razón y*

- Revolución* (Nro. 5), otoño de 1999, reedición electrónica.
- Galafassi, Guido (2017) Conflictividad social, contradicción y complejidad: entre las clases y los movimientos sociales. En: Galafassi, G. y Puricelli, S. (comps.) *Perspectivas críticas sobre la conflictividad social*, 1ª ed. Ranelagh: Extramuros Ediciones
- Gambina, Julio (2004) La crisis y su impacto en el empleo. En: Borón, Gambina y Minsburg (comps.) *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, 1ª ed. 1ª reimp. Buenos Aires: CLACSO
- Gatica, Mónica (2000) *Industrialización, Proletarización y subproletarización. ¿Una nueva identidad para la mujer en Trelew?* Informe final, Trelew: UNPSJB, Secretaría de Ciencia y Técnica
- Gatica, Mónica (2013) *¿Exilio, migración, destierro? Trabajadores chilenos en el noreste de Chubut (1973-2010)*. Buenos Aires: Prometeo
- Gatica, López, Monedero, Pérez Álvarez (2005) *Patagonia, desarrollo y neoliberalismo* Buenos Aires: Imago Mundi
- Giarraca, Norma (2001) El movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha: protesta agraria y género durante el último lustro en Argentina. En: *¿Una nueva ruralidad en América Latina?*. Buenos Aires: CLACSO
- Gordillo, M. y Brennan, J. (1994) “Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo”. En: *Estudios* (Nº4), Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, pp. 51-74
- Gordillo, Mónica (2010) *Piquetes y cacerolas... El “argentínazo” del 2001*, 1ra ed. Buenos Aires: Sudamericana
- Gramsci, Antonio (2010) *Antología*. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, 1ra ed. 3ra reimp. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores
- Grele, Ronald (1991) “La Historia y sus lenguajes en la entrevista de historia oral: quién contesta a las preguntas de quién y por qué”. En: *Historia y fuente oral* (Nº 5) Barcelona: Asociación Historia y Fuente Oral, pp. 111-120
- Gutiérrez, Florencia (2016) Clase y masculinidad en la construcción de derechos laborales y la división del trabajo azucarero. Tucumán durante el primer peronismo. En: Andújar, Andrea [et.al.] *Vivir con lo justo: estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*. 1ª ed. Rosario: Prohistoria Ediciones

- Gutiérrez, Manuel (2013) *Neoliberalismo, sindicatos y experiencia obrera-textil en el Noreste del Chubut. El caso de los trabajadores/as de "Del Estero S.A.". (1989-1999)*. Tesis de Licenciatura en Historia, Trelew: UNPSJB, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
- Hall, Catherine (2013) "La historia de Samuel y Jemima: Género y Cultura de la clase trabajadora en la Inglaterra del siglo XIX" *Revista Mora* -versión on line- Vol. 19 (N° 2) Ciudad Autónoma de Buenos Aires
- Halperin Weisburd, Leopoldo (dir.) [et.al.] (2009) *Cuestiones de género, mercado laboral y políticas sociales en América Latina. El caso Argentino*. Documentos de Trabajo N° 13. Buenos Aires: CEPED-UBA. En: http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Argentina/cepeduba/20120118105631/DT13-Halperin_et_al.pdf
- Haug, Frigga (2006) *Hacia una teoría de las relaciones de género*. En: Borón, Amadeo y González (comps.) *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*, Buenos Aires: CLACSO
- Herrero, Mariana de Dios (2010) "El empleo doméstico. Continuidades y cambios en el mundo actual del trabajo". En: Actas de 1° Jornadas Patagónicas de estudios de las mujeres y género, Comodoro Rivadavia
- Ibarra, Horacio (2015) *Trelew. Exclusión, inclusión y conflicto social*. En: Blanco, P. [et.al.] (coord.) *Pensar la ciudad y el territorio en Patagonia desde una perspectiva latinoamericana. Relaciones de poder, conflictos y resistencias*. Trelew: Mandala libros
- Ibarra, H y Hernández, C. (2016) *Trelew y su hinterland 1889-1999*. Trelew: Mandala libros. Colección Desde Patagonia
- Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M.C. (1997) *Revuelta, motín y huelga en la Argentina actual*. Documento de Trabajo N° 7. Buenos Aires: PIMSA
- Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M.C. (2006) *Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina*. En: Caetano, Gerardo (comp.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. 1° Ed. Buenos Aires: CLACSO
- James, Daniel (2004) *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. 1° Ed. Buenos Aires: Ediciones Manantial
- Kaplan, Temma (1990) *Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona 1910-1918*. En: Amelong, J. y Nash, M. (comps.) *Historia y género: las mujeres*

- en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Alfonso el Magnánimo
- Lobato, Mirta (2000) Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial. Primera mitad del siglo XX. En: Gil Lozano, F.; Pita, V. e Ini, M.G. (dirs.) *Historia de las mujeres en la Argentina. Siglo XX*. Buenos Aires: Taurus
- Lobato, M. y Suriano, J (2003) *La protesta social en la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Lobato, Mirta (2007) *Historia de las trabajadoras en la Argentina (1869-1960)*, Buenos Aires: Edhasa
- Meiksins Wood, Ellen (1983) “El concepto de clase en E.P. Thompson”. *Cuadernos Políticos* (Nº 36), México, D.F: Ediciones Era, pp.87-105
- Palermo, Silvana (2007) ¿Trabajo masculino, protesta femenina? La participación de las mujeres en la gran huelga ferroviaria de 1917. En: Bravo, Gil Lozano y Pita (comps.) *Historias de luchas, resistencias y representaciones: mujeres en la Argentina, siglos XIX y XX*. San Miguel de Tucumán: Editorial de la Universidad Nacional de Tucumán
- Partenio, Florencia (2010) Las manos, los saberes, las máquinas. Un análisis sobre la organización del trabajo en los elencos productivos de fábricas recuperadas. En: Berger, M. y Cross M. C. *La producción del trabajo asociativo: condiciones, experiencias y prácticas en la economía social*. 1a ed. Buenos Aires: Fundación Centro de Integración, Comunicación, Cultura y Sociedad - CICCUS; Centro de Estudios e Investigaciones Laborales -CEIL-PIETTE
- Partenio, Florencia (2013) “La generización y sexualización de la gestión colectiva del trabajo: cooperativas, fábricas recuperadas y emprendimientos de la economía social en Argentina desde una mirada latinoamericana”. Ponencia para el panel “Alternativas al desarrollo desde la perspectiva de los cuidados, la ecología y la economía social y solidaria”, en el marco de la 2º Consulta Regional “Los vínculos entre la Justicia Económica, Ecológica y de Género en América Latina”. DAWN. Montevideo, del 16 al 18 de Agosto de 2013.
- Passerini, Luisa (1991) Ideología del trabajo y actitudes de la clase trabajadora hacia el fascismo. En: Moss, W. [et.al.] *La historia oral*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina
- Pérez Álvarez, Gonzalo (2012) Historia oral e historia de la clase obrera: los conflictos en las fábricas Modecraft y Aluar, del noreste de Chubut. En: Iuorno, G. y

- Pasquali, L. (comps.) *Resistencias al proceso de embate neoliberal en Argentina: aproximaciones desde la historia oral*. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Pérez Álvarez, Gonzalo (2013) *Patagonia, conflictividad social y neoliberalismo. El noreste de Chubut (1990-2005)*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pérez Álvarez, Gonzalo (2017) “Pioneros, Patrióticos y Patagónicos”. El discurso de la Unión Industrial Patagónica en su etapa fundacional”. En: *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, (Vol. 26, Nro. 47), Buenos Aires, 17 p. ISSN 2313-951X
- Piva, Adrián (2017) “Algunas hipótesis sobre la relación entre acumulación de capital y hegemonía en Argentina, 1955-1975 y 1989-2015”. En: *Revista Despierta*, (Año 04, Número 04), pp. 19-49
- Portelli, Alessandro (2016) *Historias orales: narración, imaginación y diálogo*. 1ª ed. La Plata: Prohistoria Ediciones
- Scott, Joan (2008) *Género e Historia*, México DF: Fondo de Cultura Económica
- Silva Pelossi, Matilde (2006) *Trabajo femenino y relaciones de género*. Tesis de Licenciatura en Sociología, La Plata: UNLP, Facultad de Humanidades y Cs. de la Educación. En: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.660/te.660.pdf>
- Telechea, Roxana (2009) “Rebelión en la chacra. El Movimiento de Mujeres Agrarias en Lucha”, 1995-2008. En: *Anuario Centro de Estudios e Investigación en Ciencias Sociales (CEICS)*, (Nº 3). Buenos Aires: Razón y Revolución
- Thompson, Edward (1981) *Miseria de la teoría*, Barcelona: Crítica.
- Thompson, Edward (1989) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Barcelona: Crítica
- Viano, Cristina (2012) Desarrollos, tramas y desafíos de la Historia Reciente. En: Viano, Cristina (ed.) *Miradas sobre la Historia. Fragmentos de un recorrido*, 1ª ed. Rosario: Prohistoria Ediciones
- Viano, Cristina (2014) “Voces (des-encontradas) en los Encuentros Nacionales de Mujeres en Argentina”. En: *Páginas*. Revista digital de la Escuela de Historia, Universidad Nacional de Rosario, (Año 6 N° 11), Rosario, pp. 49-68
- Weiser Soto, Bernardita (2010) “Mujer y trabajo en Chile: una realidad desafiante” En: *Actas de 1º Jornadas Patagónicas de estudios de las mujeres y género*, Comodoro Rivadavia